SURREALISMO Y ANARQUISMO
"Proclamas surrealistas" en *Le Libertaire*

"Mientras exista una clase inferior, perteneceré a ella.
Mientras haya un elemento criminal, estaré hecho de él.
Mientras permanezca un alma en prisión, no seré libre."

Selección, presentación y notas de

Plínio Augusto Coelho

SURREALISMO Y ANARQUISMO

"Proclamas surrealistas" en *Le Libertaire*

Traducción de Ariel Dilon

Surrealismo y anarquismo: proclamas surrealistas en Le libertaire / Pietro Ferrua...[et.al.].; seleccionado por Plínio Augusto Coelho - 1a. ed. Buenos Aires: Libros de Anarres, 2005. 160 p.; 20x12,5 cm. (Utopía Libertaria)

Traducido por: Ariel Dilon

ISBN 987-22440-0-6

1. Ensayo. I. Coelho, Plínio Augusto, selec. II. Dilon, Ariel, trad.
CDD 864

Terramar Ediciones
Plaza Italia 187
1900 La Plata
Tel: (54-221) 482-0429

© Libros de Anarres
Corrientes 4790
Bs. As. /Argentina
Tel: 4857-1248

ISBN: 987-22440-0-6

La reproducción de este libro, a través de medios ópticos, electrónicos, químicos, fotográficos o de fotocopias está permitida y alentada por los editores.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina / Printed in Argentina

Presentación

La presente obra se inicia con dos importantes ensayos sobre el surrealismo, ensayos que permitirán una mejor comprensión de uno de los acontecimientos más significativos de la vida cultural y política de Francia en la década del 50: la estrecha colaboración entre surrealistas y anarquistas, principalmente a través de la participación semanal de los surrealistas en *Le Libertaire*, periódico de la Federación Anarquista, que se extendió durante quince meses. En este sentido, no podría yo dejar de agradecer a Maurice Joyeaux y a Pietro Ferrua. Al primero –la figura de mayor proyección dentro del movimiento anarquista francés– por haber tenido la amabilidad de escribir a pedido mío, en 1983, momento en que se encontraba realizando una intensa actividad (daba término a su obra *Ce que je crois - Réflexions sur l'Anarchie;* iniciaba la redacción de sus memorias, publicadas posteriormente en dos volúmenes; participaba en debates emitidos por la recién creada *Radio Libertaire*[1]), el breve ensayo editado aquí por vez primera, donde analiza el movimiento surrealista a la luz de la rica experiencia acumulada en sus casi sesenta años de militancia en los medios revolucionarios anarquistas. En cuanto a Pietro Ferrua[2], uno de los principales estudiosos del surrealismo, me autorizó por carta a insertar su esclarecedor ensayo sobre la relación establecida entre anarquistas y surrealistas, de 1951 a 1953. Ese texto es el resultado de un paciente trabajo de investigación realizado a lo largo de los años y fue presentado durante la inauguración del Instituto Anarchos, el 5 de junio de 1982, en la Universidad de Montréal, Canadá. Fue publicado ese mismo año, en París, por *Le Monde Libertaire*.

Plínio Augusto Coelho

Notas

[1] Radio FM de la Federación Anarquista, en París.

[2] Otras obras de su autoría son: *Eros chez Thanatos: Essai sur les romans de Marc Saporta* (París-Portland, Avant-Garde, 1979) y *Gli anarchici nella Rivoluzione Messicana, I: Praxedis G. Guerrero*, Ragusa, La Fiaccola, 1976.

Pietro Ferrua

Surrealismo y anarquismo

La colaboración de los surrealistas en Le Libertaire, *periódico de la Federación Anarquista de Francia*

Surrealismo y anarquismo[1]

La colaboración de los surrealistas en Le Libertaire, *periódico de la Federación Anarquista de Francia*

Introducción

El 12 de octubre de 1951, cuando *Le Libertaire*, periódico semanal de la Federación Anarquista francesa, publicó un manifiesto titulado "Surrealismo y anarquismo: Declaración preliminar", innumerables fueron los anarquistas que se sorprendieron con esta especie de fusión heterogénea que demostró ser –aunque sólo en apariencia– un encuentro pasajero que no desembocaría en ningún sitio, principalmente por falta de comprensión por parte de ciertos militantes anarquistas rígidos, que todavía creían en la necesidad de un arte realista, concreto, participativo y popular, si no directamente populista.

La colaboración regular surrealista en *Le Libertaire* duró apenas unos quince meses (de octubre de 1951 a enero de 1953), y el punto de ruptura se produjo durante una reunión entre André Breton, Benjamin Péret, Jean Schuster, Jean-Louis Bédouin y Adonis Kyrou en representación de los surrealistas, y Georges Fontenis, Serge Nin y Paul Zorkine en representación de los anarquistas[2]. A pesar de ello, los surrealistas continuaron, ya sea participando en las actividades organizadas por los anarquistas, ya sea hablando de anarquismo en sus nuevas publicaciones, e incluso, en algunos casos, militando en el movimiento anarquista, principalmente en la huella de los acontecimientos de mayo de 1968.

Este aspecto de la evolución del pensamiento surrealista y las actividades políticas desarrolladas por ellos son poco conocidos y todavía menos estudiados. Entre los especialistas internacionales del surrealismo, Anna Balakian[3] dice haber evitado tocar ese asunto que ella encontraba delicado, y J. H. Matthews[4], quien no obstante consagró varios volúmenes al surrealismo, se limita a rozar superficialmente ese aspecto.

Lo que es sorprendente, sin embargo, es que esa página de historia del surrealismo no haya sido siquiera mencionada en los importantes "Encuentros" patrocinados por el Centro Cultural Internacional de Cerisy-la-Salle en 1966[5], durante los cuales se consagró una sesión entera al problema de la libertad tal como los surrealistas lo perciben. Será inútil, igualmente, consultar los artículos y las bibliografías de *Les Cahiers Dada Surréalisme* [6] (serie francesa) o *Dada-Surréalisme* (serie norteamericana)[7], que no hacen ninguna mención de esa colaboración. Y Jean-Bédouin (uno de los signatarios del manifiesto arriba mencionado) en sus *Vingt ans de Surréalisme: 1939-1959* [8], quien es sin duda el primero en arrojar un poco de luz sobre el asunto, seguido después por Marguerite Bonnet[9], quien también le dedica alguna atención. Recientemente, José Pierre se puso a compilar los documentos de esa época y anuncia su publicación[10], así como la intención de publicar la treintena de "Proclamas surrealistas" publicadas en *Le Libertaire*. Sólo resta desear que se conforme un equipo y publique los documentos surrealistas (incluso aquellos de la época anterior y posterior) y recoja el testimonio de los sobrevivientes.

La "Prehistoria"

Sería erróneo, entretanto, creer que la colaboración surrealista en las actividades anarquistas sobrevenga bruscamente a partir del 12 de octubre de 1951. Una rápida consulta retrospectiva nos indica que en su número del 6 de julio de 1951, en efecto, *Le Libertaire* había publicado ya un manifiesto surrealista, "Alta Frecuencia" (fechado el 24 de mayo del mismo año). El contenido de éste presagia el encuentro posterior anarquismo-surrealismo, ya sea por el deseo de que "las diferentes manifestaciones de la revuelta no deben estar aisladas las unas de las otras ni sometidas a una jerarquía arbitraria", o bien atacando a la religión judeocristiana y a sus cómplices "trabajo-familia-patria", sobre lo cual volvería a insistir el manifiesto que siguió. En ese mismo año, André Breton ya había hecho la apología del artista Miguel G.

Vivancos[11], quien exponía en la galería Mirador, en estos términos: "uno de los héroes más puros de la guerra de España (es al coronel libertario Vivancos a quien se debe, en diciembre de 1937, la toma del Teruel; fue él quien, al final de esa guerra, en su calidad de comandante militar del Puigcerdà, organizó de manera impecable la evacuación de sesenta mil republicanos)". La adhesión a las tesis de *Le Libertaire*, a propósito, no es indiscriminada. Cuando Maurice Lemaître lanza en las columnas del periódico de la Federación Anarquista su investigación sobre el proceso Céline, André Breton[12] responde severamente fustigando el antisemitismo de Céline y su colaboracionismo, y concluye su carta afirmando no ver "ninguna razón para crear un movimiento en su favor". Fue naturalmente a la redacción de *Le Libertaire* donde, un año antes, Benjamin Péret se había dirigido cuando *Le Figaro* le negó su hospitalidad para un artículo sobre David Rousset y el universo concentracionario[13]. Algunos meses antes, André Breton[14] había aceptado hacer un discurso en una gran manifestación ocurrida en la Sala Mutualité, en favor de los Ciudadanos del Mundo y de los objetores de conciencia. Allí confirma su antimilitarismo de juventud y evoca las banderas rojas y negras de las manifestaciones de antaño. Se declara de acuerdo con la posición de los anarquistas y especialmente con la de Louis Lecoin. Antes, el 22 de mayo de 1947, se ha publicado en *Le Libertaire* un manifiesto que lleva el título "Libertad es una palabra vietnamita". Firmado por Bonnefoy, Bousquet, Breton, Péret, Tanguy y una decena de otros surrealistas conocidos, ese texto condena la aventura imperialista francesa en Indochina. Recordemos que en 1947 Breton acababa de regresar de América, de donde había traído el manuscrito *Arcano 17* en el que expresa todo su pesar por haber seguido, cuando era todavía joven, la vía marxista, en lugar de tomar aquella mucho más pura del anarquismo. Más que de un viraje repentino (la falencia del bolchevismo en tanto que fuerza revolucionaria tiene una cierta importancia), se trata de una lenta maduración que atraviesa innumerables avatares. Sin duda son las purgas y el Proceso de Moscú de los años 1935-1936 los que operan un cambio en su pensamiento político, y es en ese momento cuando hay que

situar el viraje del marxismo al anarquismo (un anarquismo que él nunca ignoró ni perdió de vista –basta remitirse a las confidencias y revelaciones hechas a Marguerite Bonnet sobre este asunto– y la prueba de ello es su defensa de Germaine Berton[15], a semejanza de Emile Henry[16] y muchos otros episodios). Su irradiación en los medios revolucionarios y artísticos es tal que le permite obtener incluso la simpatía de León Trotski. Recuérdese que este último no había sido muy delicado con los anarquistas rusos antes de caer él mismo en desgracia. Es uno de los firmantes, entretanto, del "Manifiesto para un Arte Revolucionario Independiente" (en 1938, en México) en el que se trata, para la revolución (en aquel momento se pensaba principalmente en España), de "establecer y asegurar un régimen *anarquista* de libertad individual". Luego propone, incluso, que los marxistas caminen lado a lado con los anarquistas[17].

Del lado anarquista, por el contrario, había prudencia. Uno de los raros intelectuales anarquistas que se interesaron seriamente por el surrealismo en los años 30 fue sir Herbert Read, que tuvo ocasión de declararme[18] que creía ser el único inglés y el único anarquista que había favorecido la síntesis anarcosocialista. Será preciso esperar hasta 1947 para que los anarquistas se expresen públicamente sobre Breton y el surrealismo. Es André Julien el primero en saludar, desde las columnas de *Le Libertaire*[19], el retorno de André Breton a Francia y quien, a continuación, explica a los lectores la posición política de los surrealistas a partir de obras tales como *Arcano 17*, *Ruptura inaugural*, etc. En las conferencias, destinadas a un vasto público, el Círculo de los Estudiantes Anarquistas de París anuncia en su programa el tema "El surrealismo y la Libertad". También en la Maison Sociétés Savantes, el Círculo Libertario de los Estudiantes organiza, el 26 de mayo de 1948, la conferencia "Surrealismo y psicoanálisis, auxiliares de la liberación". Después de Julien es Georges Fontenis quien rinde homenaje a André Breton, en varias oportunidades, ya sea dando cuenta de sus escritos, o bien comentando sus conferencias públicas. Es en ese momento cuando aparecen algunas nuevas firmas en los periódicos anarquistas franceses, especialmente las de Jean-Louis Bédouin y Jean

Schuster, quienes se convertirán, muy pronto, en los artífices de la *entente*.

El encuentro anarco-surrealista

Firmada por Breton, diecisiete artistas y escritores y un número indeterminado de "camaradas extranjeros actualmente en París", la "Declaración preliminar" corresponde a un tipo de primer manifiesto surrealista-anarquista. Se trata de un documento raro que apareció en un hebdomadario de difusión limitada y que nunca fue reproducido (excepto, hasta donde yo sé, en una edición fuera del circuito comercial, de tirada limitada)[20] en otro lugar. Es tan importante para la historia del surrealismo como para la del anarquismo, para la historia de las doctrinas políticas así como para la historia de las vanguardias en general. Comienza criticando la trinidad "Estado-Trabajo-Religión". Propone con urgencia "una revisión de las doctrinas" con el objeto de "hacer surgir una teoría susceptible de dar un impulso nuevo y poderoso a la Revolución Social". Desea una liberación del hombre también en el plano ético. Condena a todos los regímenes políticos en vigor; sistemas capitalistas, democracias burguesas, colonialismos, totalitarismos (nazi o stalinista). Pregona "la acción autónoma de los trabajadores". La actividad para la que se proponen los surrealistas, "en el terreno sensible" que les es propio, es la de "transformar las estructuras mentales". Se verá más tarde que dos alusiones del manifiesto contienen ya en esencia los elementos de la ruptura posterior. Antes de llegar allí, entretanto, la colaboración fue fructífera. Todas las semanas (con pocas excepciones) *Le Libertaire* publicó una "Proclama surrealista" sobre varios asuntos, pero, por lo general, de naturaleza artística. Fuera de esta rúbrica regular, los surrealistas escribieron en *Le Libertaire* crónicas de otra naturaleza: reseñas de libros, críticas de cine y hasta artículos políticos. Es el caso, en particular, de Benjamin Péret, quien desarrollará interesantes tesis sobre el sindicalismo así como sobre el nacionalismo que fueron, posteriormente, reunidas en volumen[21]. Entre los firmantes de artículos o manifiestos encontramos

los nombres de todos los surrealistas conocidos de la época: Adolphe Acker, Jean-Louis Bédouin, Robert Benayoun, Yves Bonnefoy, Joe Bousquet, Francis Bouvet, André Breton, R. Brudieux, Jean Brun, Jacques-Bernard Brunius, Eliane Catoni, Adrien Dax, Guy Doumayrou, Jacqueline Duprey, Jean Ferry, Guy Guillequin, Georges Goldfayn, Jacques Halpern, Arthur Harfaux, Indrich Heisle, Maurice Henry, Marcel Jean, Adonis Kyrou (utilizando también el seudónimo de Jean Charlin), J. Lambert, Alain Lebreton, Gérard Legrand, André Liberati, Pierre Mabille, André Pieyre de Mandiargues, Jean Mayoux, Francis Meunier, Nora Mitrani, Maurice Nadeau, Henri Parisot, Henri Pastoreau, Octavio Paz, Benjamin Péret, José Pierre, Maurice Raphael, Man Ray, Armand Robin, Claude Rochin, Bernard Roger, Jean Schuster, Anne Seghers, H. Seigle, N. Seigle, Jacqueline Senard, Iaroslav Serpan, Roland Sig, Yves Tanguy, Toyen, Clovis Trouille, François Valorbe, Michel Zimbacca.

Varios de sus artículos o proclamas son circunstanciales o suficientemente anodinos como para haber podido publicarse en otro lugar. Algunos, no obstante, son muy importantes bajo todo punto de vista y merecen los más amplios comentarios. Es el caso, por ejemplo, de la "Proclama surrealista" del 19 de octubre de 1951 sobre "Imperialismo y Nacionalismo", de Benjamin Péret. Al mismo tiempo que execra los varios imperialismos y colonialismos, Péret, con una aguda lucidez que es sorprendente en un poeta, advierte contra la trampa de la independencia nacional contra la cual luchan ciertos pueblos africanos o asiáticos, y nos advierte que "la independencia nacional no es otra cosa sino un ardid presentado por el capitalismo nacional, destinado a enmascararles a los trabajadores la verdadera solución", y presiente lo que en efecto pasó en esos países. Los términos del problema, elocuentemente, han seguido siendo los mismos durante las dos generaciones siguientes: "Si pensamos en la intensidad de las rivalidades que oponen a Washington y Moscú, nos vemos obligados a constatar que todo movimiento de independencia es utilizado actualmente por ellos como una maniobra en la guerra fría, maniobra ella misma en vistas a la próxima guerra". Caso que puede aplicarse a Cuba (ayer), a Irlanda de hoy y de mañana,

quién sabe, a Córcega o a Hong Kong. ¿Pero cuál sería entonces la tarea de los revolucionarios en esos países? Péret propone que "los revolucionarios deben mostrar la oposición real que existe entre las aspiraciones de los trabajadores y la de los capitalistas, aun cuando estas aspiraciones parezcan coincidir en la liberación o en la independencia nacional". Los anarco-surrealistas escucharon e inmediatamente siguieron esa lección de Péret, y cuando se trató de luchar por la independencia de Argelia, no vacilaron en crear redes de apoyo[22], en la Francia metropolitana, aunque subrayando el hecho de que la independencia era apenas un paso en la larga marcha rumbo a la revolución, e incluso procurando oponerse a las influencias paternalistas, chauvinistas, raciales o autoritarias en el propio seno de la FLN que, muy pronto, condujeron a los resultados ya conocidos.

Otra proclama surrealista profética es la de Jean Schuster sobre "el sueño y la revolución"[23], que concluye con esta parábola sorprendente: "Cuando, una noche, todos los explotados, sueñen que es preciso acabar, y cómo acabar, con el sistema tiránico que los gobierna, entonces, tal vez, la aurora surgirá en el mundo entero sobre las barricadas". ¿Fue casualidad que los graffitis de los insurrectos parisinos en mayo de 1968 se hicieran eco de *slogans* surrealistas tales como: "La imaginación al poder", "Soñar lo imposible", etc.? La preocupación por una revolución auténtica nutre también el pensamiento de Jean-Louis Bédouin, que en "Una misma voluntad de acabar"[24] lucha contra "la acción de desmembramiento de las fuerzas revolucionarias, que no data de hoy", y nos invita a saltar ese gran obstáculo mantenido artificialmente entre el militante obrero y el artista revolucionario. En la serie de las proclamas surrealistas, el plato principal es sin ninguna duda el de André Breton intitulado "La clara torre"[25], que más que admitir la simpatía que siente en aquel momento, y que ya había sentido anteriormente por el anarquismo, muestra que es en la tradición y en el pensamiento vivificantes del anarquismo donde el surrealismo hunde sus raíces: "Fue en el negro espejo del anarquismo donde el surrealismo se reconoció por primera vez, mucho antes de definirse a sí mismo y cuando era apenas una asociación libre de individuos, que rechazaban espontáneamente y en bloque

las opresiones sociales y morales de su tiempo". Después de esa "declaración de amor" por los anarquistas, reforzada por citas de Laurent Tailhade y una referencia a Marcel Schwob (dos reconocidos intelectuales anarquistas de la época), Breton insiste en la identidad entre anarquismo y surrealismo: "Los surrealistas vivieron entonces en la convicción de que la revolución social ampliada a todos los países no podía dejar de promover un mundo *libertario* (algunos decían un mundo surrealista, pero es la misma cosa)".

Los críticos de Breton frecuentemente resaltaron su inestabilidad política, su adhesión al Partido Comunista Francés inicialmente, su alianza con Trotski después. Se ha observado que abrazó muchas causas reformistas: la de los Ciudadanos del Mundo, la de la legalización de la objeción de Conciencia en Francia y otras más. Algunas personas se aprovecharon de ese hecho, por lo tanto, para minimizar o directamente silenciar sus convicciones anarquistas. Pero la "Proclama surrealista" arriba mencionada es muy clara a este respecto y especifica la calidad y la unicidad de su compromiso más profundo: "Es en el límite mismo de este movimiento, hoy más necesario que nunca, donde se encontrará el anarquismo, y solamente el anarquismo, no ya la caricatura que nos presentan o la cosa hedionda que hacen de él, sino aquél que nuestro camarada Fontenis describe 'como el socialismo mismo, es decir, esa reivindicación moderna por la dignidad del hombre (su libertad tanto como su bienestar); el socialismo, concebido como la simple resolución de un problema económico o político, sino como la expresión de las masa explotadas en su deseo de crear una sociedad sin clases, sin Estado, donde todos los valores y aspiraciones humanos puedan realizarse'."

El compromiso de Breton no permanece inaplicado; tanto es así que no hay una campaña emprendida por los anarquistas que no lo encuentre activamente a su lado (ya se trate de manifestar solidaridad para con militantes de la CNT-FAI condenados en España, defender a insumisos franceses, protestar contra las detenciones de *Le Libertaire*, etc.). Al cabo de diez meses de colaboración surrealista en *Le Libertaire*, Jean Schuster establece un primer balance. En "El sentido de un encuentro"[26] reitera la adhesión de los surrealistas a los ideales de la Fede-

ración Anarquista, esperando incluso provocar en los anarquistas "una toma de conciencia en relación con un cierto número de problemas que corresponden más particularmente a la competencia de los dominios intelectual, sensible y moral y que demandan una resolución tan radical como la que reclama el problema social". Esta preocupación parece inquietar también a otros surrealistas, y en "Revolución indivisible"[27] (la siguiente "Proclama") es François Valorbe quien vuelve a la carga sugiriendo que, "para que pueda afirmarse de manera irreversible, la Revolución debe ser total", es decir, realizarse en todos los planos. Es en ese momento que un "grupo de militantes"[28] (Paul Zorkine, Roland Breton y Serge Nin se hacían portavoces del grupo) reaccionó ante los dos artículos precedentes que les dieron –con o sin razón– la impresión de que el surrealismo quería autoerigirse como Arte Oficial del anarquismo. Heridos por verse relegados al plano de la praxis (uno de los "errores" de la "Declaración preliminar"), los militantes anarquistas querían mostrar que también tenían algo que enseñar a los artistas. Censurando a los surrealistas por un cierto esoterismo, los invitan a no mantenerse por encima del conflicto y a no contentarse "con aceptar las aspiraciones generales de la ideología anarquista, sino también los métodos de acción coordinada del movimiento revolucionario que es la Federación Anarquista, como lo hacen cada día innumerables simpatizantes".

Aunque los anarquistas hubiesen previsto las objeciones de los militantes y aunque, en "lo que piensan, lo que quieren los surrealistas", publicado ya en *Le Libertaire* del 16 de noviembre de 1951, hubiesen intentado explicar a los militantes el sentido de un encuentro que ellos no siempre comprendían, o no lo suficiente, ese encuentro seguía siendo un encuentro de cuadros mucho más que de militantes (entre los surrealistas, solamente Jean-Louis Bédouin y Jean Schuster participaban en las reuniones comunes, trabajaban en la composición, etc.), y la base se desinteresó rápidamente o nunca comprendió el sentido de esa alianza. Por otro lado, hecho mucho más importante, las disensiones internas en el seno de la Federación Anarquista agravaron la polémica en relación con los surrealistas, que estaban más ligados a Fontenis que aquellos que se sepa-

raron de *Le Libertaire* para fundar, a continuación, *Le Monde Libertaire*. Roland Breton[29], por entonces joven corredactor de *Le Libertaire*, vivo testimonio de aquel momento, nos confía que, exceptuando a Fontenis, los otros colaboradores del periódico veían a los surrealistas más como una curiosidad que como aliados seguros. Cuando la reunión que señaló la ruptura, fue Serge Nin quien, proclamándose una vez más el portavoz de los viejos militantes, suscribió la paralización oficial de la experiencia.

Relaciones anarco-surrealistas posteriores

Exceptuando algunos casos de orgullo herido, los surrealistas, con raras excepciones, no guardaron rencor contra los anarquistas y colaboraron con ellos en otras circunstancias y en otros planos. Louis Lecoin y Maurice Joyeux, que habían dejado *Le Libertaire* y reunido en torno de ellos a los camaradas que seguían su línea, fundaron sucesivamente *Le Monde Libertaire* y *Liberté*, en cuyas columnas continuaron apareciendo las firmas de André Breton (que frecuenta de buena gana el grupo Louise Michel[30] y participa de algunas de sus actividades) y las de los otros surrealistas. En 1956, se presentó la oportunidad de tomar posición sobre los acontecimientos de Hungría, y fue en *Le Monde Libertaire* donde apareció el manifiesto surrealista "Hungría, sol naciente"[31], donde no se vacila en comparar a los insurrectos con los *communards*, y que condensa su posición en la frase LOS FASCISTAS SON AQUELLOS QUE DISPARAN CONTRA EL PUEBLO. Breton firmará después todas las cartas de protesta y todos los manifiestos, y leerá alocuciones en todos los festivales a favor de los objetores de conciencia, en tanto que el estatuto no fuese aprobado y aplicado. La colaboración, de manera elocuente, no ocurre en sentido único, y es J. C. Tertrais[32], desde las columnas de *Le Monde Libertaire*, quien reanuncia la necesidad de una síntesis anarco–surrealista: "En estos días, es más que necesario que los anarquistas se sientan en estrecha comunión con este movimiento revolucionario". Le hará eco, algunos meses más tarde, Jacques Sorel[33], al escribir: "El su-

rrealismo y el anarquismo tienen más de un punto en común que les da un poder detonador preciso y permanente". Cuando la muerte de André Breton, *Le Monde Libertaire* (N°126, noviembre de 1966) publicó en primera plana un comunicado anunciando: "André Breton murió. Aragon está vivo… Es una doble infelicidad para el pensamiento honesto". Después de la desaparición de Breton, el propio movimiento surrealista conoció varias escisiones, pero basta con reunir las publicaciones de ambas partes para verificar que el anarquismo está siempre presente en ellas. Como señal de ello, a partir de entonces han surgido numerosos grupos y publicaciones anarco-surrealistas en Francia, Bélgica, Portugal y los Estados Unidos.

Conclusión

La relación surrealista–anarquista vegeta ya hace medio siglo (o más) entre altas y bajas. Sin duda todavía será así por mucho tiempo. Lo mismo sucedió anteriormente con el simbolismo y posteriormente con el letrismo, sin hablar de los paralelos que se puede establecer episódicamente con el futurismo o con el dadaísmo, e incluso con el existencialismo y el epifanismo. Que las vanguardias artísticas o filosóficas hayan podido prosperar en el seno del anarquismo (o viceversa), muestra a las claras la riqueza y la belleza de su pensamiento. En cuanto a saber "si y por qué" se trató casi siempre de "encuentros" y rara vez de *identificaciones* totales, es una cuestión que requiere ser planteada. André Breton lo hizo al preguntarse: "¿Por qué no pudo operarse en ese momento una fusión orgánica entre elementos anarquistas propiamente dichos y elementos surrealistas? Veinticinco años después, yo todavía me lo estoy preguntando"[34]. Él lo dijo al comienzo de los años cincuenta, en el momento en que yo también me lo preguntaba. Pasaron treinta años sin que haya podido encontrar la respuesta. ¿Alguien podrá darme una que sea satisfactoria?

Pietro Ferrua

P.S.— El señor José Pierre, a quien encontré en París algunos días después de la lectura de este comunicado, me confirmó la aparición del tomo II de *Tracts Surréalistes et déclarations collectives, 1922-1969* (París, Le Terrain Vague, 1982) que contiene la "Declaración preliminar". La obra monumental compilada por José Pierre y sus colaboradores (resultado de una investigación de diez años que les fuera encargada por el C.N.R.S.) es, a propósito, una mina de oro de informaciones y documentos poco conocidos (algunos francamente inéditos), de ahora en adelante una etapa obligada en toda investigación seria en este dominio.

El señor Roger Dadoun, a propósito, me ha señalado también *Anarchia e creatività* (Milán, La Salamandra, 1981) por Arturo Schwarz, una investigación situada en parte en el medio surrealista. En Milán, finalmente, me fue posible conseguir *Breton, Trotskij e l'Anarchia* (Milán, Multhipla, 1980), del mismo Arturo Schwarz, que trata sobre el mismo asunto con competencia y simpatía y reproduce, entre otros documentos, la "Declaración preliminar" en italiano.

Notas

[1] Este trabajo fue extraído de un cuaderno de anotaciones establecido a lo largo de los años. Habiendo participado en los acontecimientos, como firma responsable de *Le Libertaire* desde los años 40, y de las revistas surrealistas en los años 50, tuve posteriormente la oportunidad de consultar a la mayoría de las fuentes del lado anarquista cuando establecí el fichero del Centro Internacional de Investigaciones sobre el Anarquismo, que fundé en Ginebra en 1957. Más tarde, tuve la oportunidad de volver a hablar más ampliamente sobre el tema en cursos sobre las vanguardias que impartí inicialmente en el Centro Brasileiro de Estudos Internacionais y posteriormente en la Alianza Francesa, ambos de Río de Janeiro, en los años 1966-1969. El material reunido debería haber servido como base para una tesis de doctorado, pero tuve que dejar abruptamente el Brasil y el proyecto quedó postergado. Lo retomé, más tarde, en la esperanza de ampliar el estudio, cuando en los años 70 solicité varias becas de investigación a la Fundación Guggenheim, al Social Science Research Council y a la American Philosophical Society, todas ellas denegadas a pesar de las calurosas recomendaciones de J. H. Matthews y de Anna Balakian. La correspondencia mantenida con sir Herbert Read, José Pierre, Maurice Joyeux; mis conversaciones con Jean-Louis Bédouin, Vincent Bonoure

y André Bernard (en París), con Roland Breton (en Portland), con Anna Balakian (en Budapest y en Aix-en-Provence) no hicieron sino enriquecer mi dossier. Una beca del Instituto Francés en Washington, una beca de investigación y una beca de viaje del Lewis and Clark College permitieron que pudiese desplazarme y consultar, microfilmar y fotocopiar algunas raras colecciones de documentos surrealistas o anarquistas. Agradezco a todos ellos.

[2] Confróntese la grabación hecha con Roland Breton, antiguo corredactor del semanario anarquista *Le Libertaire*, y hoy profesor de geografía humana en la Universidade da República dos Camarões.

[3] En una carta personal fechada el 18 de abril de 1978. Véase también su *André Breton: Magus of Surrealism* (New York University Press, 1971).

[4] El autor más prolífico en la bibliografía surrealista: *An Introduction to surrealism* (1965); *An Anthology of French Surrealist Poetry* (1966); *Surrealism and The Novel* (1966); *André Breton* (1967); *Surrealist Poetry in France* (1969); *Surrealism and Film* (1971); *Theatre in Dada and Surrealism* (1974), *Benjamin Péret* (1975); *The Custom House of Desire: A Half Century of Surrealist Stories* (1975); *Towards the Poetics of Surrealism* (1976).

[5] *Entretiens sur le Surréalisme*, bajo la dirección de Férdinand Alquié (París-Haia, Mouton, 1968). *Décades* del Centro Cultural Internacional de Cérisy-la-Salle, nueva época 8. Confróntese particularmente la sesión del jueves 14 de julio, dirigida por Jean Schuster y consagrada a "Le Surréalisme et la liberté", pp. 324-349.

[6] Órgano de la Asociación Internacional para el estudio de Dada y del Surrealismo. Tres números publicados entre 1966 y 1969.

[7] *Official publication of the Associationn for the Study of Dada and Surrealism*. El Nº 1 apareció en 1971. Anual hasta 1977, luego publicación irregular.

[8] Publicado por Denoël en París, en 1961, es una obra muy consultada que sigue siendo la más preciada y la más completa en lo que concierne al asunto aquí tratado.

[9] En su *André Breton: Naissance de l'aventure surréaliste* (París, José Corti, 1975). Principalmente el capítulo II, "Germes".

[10] En una carta personal del 19 de enero de 1982. El tomo II de *Tracts surréalistes et déclarations collectives* (1940-1969), presentado y comentado por José Pierre, está en preparación por la editorial Le Terrain Vague.

[11] André Breton, "La pintura: Miguel G. Vivancos", *Le Libertaire*, Nº 225, 21 de abril de 1950, p. 3. Se trata de la reproducción de fragmentos de la separata publicada por la galería Mirador para la exposición "Visions de France".

[12] En *Le Libertaire*, Nº 212, del 20 de enero de 1950. Maurice Lemaître publicó el dossier Céline en una obra fuera del circuito comercial, archivada en la Biblioteca Nacional.

[13] "Les raisons de l'appel de David Rousset", Nº 206, del 9 de diciembre de 1949.

[14] "Discurso de André Breton en la Mutualité", *Le Libertaire*, Nº 199, del viernes 21 de octubre de 1949, pp. 3 y 4.

[15] Atentó contra la vida de un responsabe de la Acción Francesa. Confróntese *La Revolution Surréaliste*, París, 1/12/1924.

[16] Guillotinado el 21 de mayo de 1894, Henry había lanzado una bomba en el Café Terminus y otra en la sede de la Compañía de las Minas en Carmaux.

[17] Ese documento, fechado el 25 de julio de 1938 en México, lleva las firmas de André Breton y de Diego Rivera. Por razones políticas, Trotski había pedido que su nombre fuese substituido por el nombre del pintor Rivera.

[18] Carta al autor, fechada el 21 de febrero de 1968. Cito: "You are quite correct in assuming thar there was no connection in the country between the Surrealist and Anarchist movements in the 1930s. It may be that a number of British artists had a vague sympathy for anarchim at that time but I think I was the only one who openly associated with the Anarchist Movement". ["Tiene usted razón al suponer que en el país no existía ninguna conexión entre los movimientos Surrealista y Anarquista en los años 30. Puede ser que por aquel entonces un cierto número de artistas británicos tuviese una vaga simpatía por el anarquismo, pero pienso que yo era el único que estaba abiertamente conectado con el Movimiento Anarquista".]

[19] "El retorno de André Breton", *Le Libertaire*, 1952, Nº 74, del 24 de abril de 1947, p. 3.

[20] El manifiesto fue publicado en la página 12 de *Littérature Française Contemporaine*, vol. I, "El siglo XX. Formación de la sensibilidad moderna. Las vanguardias. Manifiestos y Textos diversos para acompañar el curso del Sr. Ferrua. Primera Parte" (Río de Janeiro, Alianças Francesas de Copacabana e Ipanema, 1967).

[21] B. Péret y G. Munis: *Les synducats contre la Révolution*, prefacio de Jean Mayoux (París, Le Terrain Vague, 1968).

[22] La narración de una reunión internacional clandestina de militantes responsables, especialmente consagrada a ese asunto, fue publicada en *Il Libertario* de Milán.

[23] Proclama surrealista publicada en *Le Libertaire*, Nº 286, fechado el 26 de octubre de 1951, p. 3.

[24] *Le Libertaire*, Nº 287, del 2 de noviembre de 1951, p. 3.

[25] *Le Libertaire*, Nº 297, del 11 de enero de 1952. El título del artículo fue inspirado por una balada de Laurent Tailhade, el cual, a su vez, había sido influido por Ibsen. Ese artículo fundamental fue republicado en *La clé des champs* (París, Éditions Pauvert, 1967, pp. 325-328).

[26] Nº 324, del 7 de agosto de 1952, "Proclama surrealista", p. 3.

[27] *Le Libertaire*, Nº 325, del 21 de agosto de 1952, p. 3.

[28] *Le Libertaire*, Nº 327, del 18 de septiembre de 1952, p. 3, "Anarquistas y surrealistas: el verdadero sentido de un encuentro".

[29] Entrevista con el autor, grabada en Portland el 23 de mayo de 1982.

[30] Grupo del cual era y seguiría siendo miembro Maurice Joyeux.

[31] *Le Monde Libertaire*, Nº 23, diciembre de 1956, p. 3. Firmado por Anne Bédouin, Robert Banayoun, André Breton, Adrien Dax, Yves Elleouet, Charles Flamard, Georges Goldfayn, Louis Janover, Jean-Jacques Lebel, Gérard Legrand, Nora Mitrani, Benjamin Péret, José Pierre, André Pieyre

de Mandiargues, Jacques Sautes, Jean Schuster, Jacques Senelier, Jean-Claude Silbermann.

[32] "La libertad, el amor y la poesía", *Le Monde Libertaire*, Nº 88, marzo de 1963, p. 11.

[33] *Le Monde Libertaire*, Nº 103, julio de 1964, p. 10.

[34] André Breton, "La clara torre", véase nota 27.

Maurice Joyeux

El surrealismo en cuestión

Surrealismo y anarquismo

Estaríamos tentados a escribir que el procedimiento intelectual, cuyo fruto será el surrealismo, ha sido un procedimiento clásico en el avance de las ideas, en el discurrir de la historia, si el surrealismo no hubiese escogido, en un determinado momento, romper con el sistema económico, político, social y moral, cuya expresión cultural había sido, incluso él, el prudente apaciguador. Antes del surrealismo, el romanticismo, del cual aquél es el hijo adulterino, había cuestionado un cierto número de principios de la sociedad vigente, colocando sus pasos en los de la Revolución Francesa. Todavía, la diferencia entre las clases que la revolución había respetado, aunque modificando sus relaciones, le parecían un obstáculo infranqueable, y sus contactos con el socialismo incluso en sus comienzos no habían sobrepasado las "acostumbrados condolencias" por la miseria de los pobres y el egoísmo de los ricos con los la madre Sand y el padre Hugo temperaron sus literaturas. ¡Con el surrealismo las relaciones entre la cultura y la sociedad van a cambiar de modo radical! Tradicionalmente, las Artes y las Letras eran el espejo donde las clases ricas se miraban, se pavoneaban por la superioridad de su espiritualidad, consagrándose, en ocasiones, a discernir sus defectos para corregirlos. El romanticismo, con su gusto por la exageración, por la deformidad, por la exuberancia, va a acentuar los aspectos repugnantes de la sociedad burguesa antes de que el surrealismo lance un adoquín contra su vitrina de suficiencia.

El surrealismo habría podido contentarse con ser una propuesta estética diferente, y se habría hablado de su "revolución" como se habló, en su tiempo, de aquella que introdujeron Poussin y Delacroix. Algunos miembros del grupo surrealista soñarán, en sus comienzos, con detenerse allí y, rápidamente, se apartarán del núcleo invocando la anarquía, como si la anarquía fuese simplemente una propuesta estética y no un proyecto de civilización económica y cultural diferente. Esa facilidad que consiste, para la cultura, en contentarse con acompañar a las sociedades vigentes, sobrepasándolas en

ocasiones apenas lo necesario para atraer sobre sí las candilejas, el surrealismo va a rechazarla, y esos jóvenes burgueses de temperamento escandaloso van a dirigirse al pueblo, no para conducirlo o para integrarse a él, sino para proponerle la formación de una sociedad diferente en la que el surrealismo tendría su lugar. No se trataba para la cultura de ser un elemento de acompañamiento que reflejara la sociedad vigente, sino una búsqueda estética de expresión, paralela a la búsqueda de liberación económica del pueblo. El procedimiento era suntuoso. Era preciso darle un marco. El surrealismo escogió el marxismo. ¡Fue un error por el que el surrealismo paga, hoy, el precio!

¿Por qué el marxismo? ¿Por convicción personal? Los jóvenes que formaban el grupo surrealista no debían tener un conocimiento demasiado profundo del marxismo, y sobre todo del leninismo, cuyas obras no habían sobrepasado el marco de los especialistas del partido socialista de la época. Se plantea la pregunta, por lo tanto. Cuando los surrealistas escogieron como compañeros de marcha a los comunistas, ¿esperaban ir rumbo a la facilidad? ¡En 1924, el marxismo es representado por un partido que detestará a los surrealistas y que los surrealistas execrarán! Durante años sus querellas van a alegrar a la burguesía intelectual y pasarán por encima de los trabajadores, a quienes todos intentarán reducir y a quienes esas disputas les parecerán, erróneamente, payasadas. Es probable que esos jóvenes burgueses atiborrados de literatura simbólica fuesen tomados por un *ouvrierisme*[1] de "redención" que proyectará al movimiento obrero hombres tan diferentes como Henri Barbusse y Romain Rolland, quienes conducirán la estética hacia una colaboración clásica con el poder venidero, esto es, el bolchevismo, en tanto que otros, tales como Henri Poulaille, intentarán empujarla hacia la anarquía. Tal vez Breton y sus amigos, en el punto de unión entre el liberalismo histórico y la presión revolucionaria sobre "un sexto del globo", la cual podía esperarse que alcanzase toda la Tierra, hayan sido seducidos por la facilidad que consistía en seguir un camino paralelo a una ideología que tenía el viento en popa. Después, evidentemente, ya será muy tarde, ¡y Breton responderá por ello! Por muy críticos que puedan ser los dos Manifiestos de André

Breton, ellos inscriben al surrealismo en el marxismo, e incluso cuando Breton se oponga violentamente al partido, no es el partido lo que él condenará, sino su contenido. Y sus relaciones con Trotski, así como la *Oda a Charles Fourier* lo apartarán del camino en el que el surrealismo se comprometió en su origen. Esos pasos laterales sólo aumentarán la confusión política del surrealismo.

El grupo surrealista esperaba inscribir su procedimiento intelectual al lado de aquellos que preparaban, con mayor chance de obtener el éxito, la revolución social. Fue un error agravado todavía más por el temperamento de los hombres arrastrados por un paroxismo caricaturesco. Breton no comprendió que su grupo no tenía la estatura del semejante, que la evolución de la cultura y de la economía debían andar a un mismo paso, y que en Rusia, o en cualquier otro lugar, en el estado intelectual en el que se encontraban los pueblos, los comunistas se verían obligados a recurrir a la imaginería de Epinal[2] para resaltar a grandes rasgos su proyecto, que en ese estado no habría más lugar para la búsqueda estética, ¡y que el tiempo de los campesinos de Millet[3] rezando el avemaría había regresado! El semejante ideal del surrealismo en esa época era la anarquía. Pero Breton y sus amigos rechazaban la anarquía y se declaraban a favor de una revolución clásica, en tanto que la anarquía rechazaba al surrealismo y se pronunciaba a favor de una estética clásica. Y esas dos partes de la revolución nunca se unirán. Breton y sus amigos inscriben su procedimiento en una organización centralizada, y los anarquistas recurren a una expresión clásica de las Artes y de las Letras. ¡Ésta es la paradoja del inicio del siglo!

Los surrealistas dejaron escapar una buena oportunidad, y la lucha entre ellos y el partido comunista se tornó despiadada. Evidentemente, una minoría de trabajadores siguió, por un instante, la revuelta del surrealismo contra el partido, por intermedio de los grupúsculos trotskistas, pero su rechazo del stalinismo no será una adhesión al surrealismo, ¡ante el cual los obreros seguirán siempre reticentes! Los surrealistas son intelectuales burgueses, y los pocos trabajadores que los seguirán hasta el final serán atraídos por el carácter provocador de la expresión cultural más que por la ideología marxista. El fun-

cionamiento del pensamiento, la escritura automática, las nuevas relaciones entre la expresión y, en particular, la pintura y el psiquismo les interesarán menos que el cuestionamiento del stalinismo y de la URSS. Y bajo su influencia, Breton y sus amigos volverán a engañarse al jugar la carta trotskista. El trotskismo, sucedáneo del leninismo, así como éste partidario del centralismo jacobino, no tenía ninguna chance de representar un papel político independiente, pues era la otra cara de la misma moneda, a pesar del excelente libro de Trotski sobre las Artes y las Letras en el que reconocía la independencia de la expresión en un socialismo a su manera, pero que no convenció a nadie. El trotskismo, así como el leninismo y el stalinismo en el poder, se veía obligado a recurrir a la imaginería popular, a la de las imágenes santas de los católicos, la de Lenin hablando ante el Comité Central, o la de Stalin, Buda petrificado exponiendo al pintor su mejor perfil.

Lo que esos jóvenes, que nunca pusieron los pies en una fábrica, no comprendieron es que los intereses de la libertad de expresión y de lo económico estaban estrechamente ligados, y que colocar uno de ellos entre comillas sería impedirle al otro desarrollarse. Un pequeño grupo de anarquistas que intentará, después de la Segunda Guerra Mundial, restablecer relaciones con el surrealismo chocará contra los mismos obstáculos: que es imposible ligar una economía marxista centralizada y una ética y estética libertarias, donde la ley del número está excluida. En lo que a mí respecta, yo comprendería muy rápidamente que el trecho de camino posible junto al surrealismo nunca sobrepasaría el día a día y que solamente el tiempo podría tal vez permitir al movimiento revolucionario renunciar simultáneamente al centralismo económico y al clasicismo de la expresión. No seré el único en pensar de esa forma, y entre 1930 y 1940 el surrealismo explotará, deshaciendo el equívoco. Los surrealistas de tendencia marxista dejarán el movimiento para retornar a la expresión clásica en el arte y en la literatura; otros se unirán a la democracia, reinventando una expresión vecina al simbolismo del que Breton había partido, y otros, finalmente, ¡abandonarán incluso el hecho social por la "divina anarquía", la del egoísmo stirneriano!

Ahora bien, ¿qué querían los surrealistas en el campo social? Yo estaría tentado a decir, si el término no fuese demasiado duro, que se trataba de la tranquilidad de su conciencia para continuar con su búsqueda, y finalmente, es lo que su ruptura les traerá. Aragon se tornará un escritor clásico, Sadoul el historiador del cine, Eluard un poeta al alcance del hombre de la calle –con el sentimiento interior de inscribir sus artes en la lucha por la emancipación de los pueblos–; otros, como Vitrac, se introducirán en la buena sociedad literaria; algunos otros, como Desnos, no resistirán la presión intelectual, Prévert inventará una poesía para todos, cuyo barroco seducirá a las multitudes y, finalmente, algunos "viejos" del callejón harán negocios. Los pintores del grupo surrealista resistirán mejor, tal vez porque en la huella de Picasso su Arte seducirá a los esnobs, que, a falta de entender algo, transformarán sus obras en valores "coloreados" como acciones de la Bolsa.

¿El surrealismo es la libertad en la expresión? Se puede estar aproximadamente de acuerdo en cuanto a esta fórmula, aun cuando Breton y sus amigos no siempre han dado el ejemplo de la tolerancia. ¿El surrealismo es el rigor? Vale para el rigor del pensamiento, aunque la bufonada no siempre estuviese ausente de la lógica surrealista. Pero el surrealismo ciertamente no fue una disciplina revolucionaria y Breton y sus amigos nunca pudieron o nunca quisieron librarse del marxismo, procurando en las diversas interpretaciones hechas por los partidos aquella que mejor combinaba con sus preocupaciones culturales.

En realidad, la aventura que le sobrevino al surrealismo en torno de los años veinte es una aventura clásica, la del desfasaje entre la cultura y su marco. Habría sido preciso, en aquel momento, que el surrealismo asociase su futuro al de la anarquía, de manera que creciesen juntos. Habría sido preciso que la anarquía se librase de su actitud ridícula del buen alumno que hace como que le perdonen sus audacias económica y política, comportándose convenientemente en la mesa de la universidad. Hoy, el surrealismo, vaciado de todo contenido revolucionario, tan sólo es señal de una forma de expresión que, por haber enlodado la anarquía y haberse arrojado en los brazos del marxismo, se reduce a seducir al burgués en las galerías de arte, de las que ha desaparecido todo soplo revolucionario.

Entretanto, si el surrealismo pictórico invadió todo nuestro universo plástico, como numerosas escuelas filosóficas, económicas y culturales, fue devorado por su propia conquista. Con todo, ese papel que el surrealismo no supo representar, una escuela de pensamiento sabrá hacerlo un día, no integrada por la revolución social, sino caminando a su lado, *pari passu*, comunicándose sus descubrimientos una a la otra, asociadas ambas en ese trabajo indispensable: ¡destruir la economía capitalista de clase y asegurar el espectáculo de esa obra pía!

Naturalmente, para proponer defender, propagar "el automatismo psíquico… para expresar, ya sea verbalmente o de cualquier otra manera, el funcionamiento real del pensamiento", el surrealismo, que iría a chocarse de frente con el conocimiento y con la cultura de la época, necesitaba de un clima de libertad, o al menos de una tolerancia agradable, que no obstante rechazó, por su aspereza para con viejos nombres de la filosofía y de la literatura tales como el padre France, por ejemplo, y por sus complacencias para con el marxismo centralizador, que podía crear ilusiones alrededor de los años veinte, pero que ya es inexplicable en los años cuarenta, principalmente cuando es comprendido por medio de Trotski, el verdugo de los marineros de Kronstadt. Eso es algo que no se puede comprender, sino por la franqueza de intelectuales fatuos, que adoran broncear sus alas al sol enrojecido de las notoriedades consagradas.

Sesenta años después de la explosión surrealista, todo está por hacerse, a fin de construir la expresión de los tiempos futuros, a partir de un surrealismo liberado de su resaca marxista que lo sofoca, y resituado en la carretera del infinito, después de haberse desembarazarse de su ropaje teórico en el que el Señor Marx lo había encerrado, para juntarse, en las carreteras estrelladas, con la divina anarquía.

Maurice Joyeux

Notas

[1] Sistema según el cual la gestación socialista de la economía debe ser dirigida por los movimientos obreros [nota del compilador].

[2] Ciudad francesa, centro de iconografía popular a partir de finales del siglo XVIII [nota del compilador].

[3] Jean-François Millet, pintor francés cuya obra más importante es el *Angelus*, tela que representa a una pareja de campesinos rezando [nota del compilador].

"Proclamas surrealistas" de *Le Libertaire* y otros escritos

Declaración preliminar

Surrealistas, no cesamos de consagrar a la trinidad Estado-Trabajo-Religión una execración que frecuentemente nos condujo al encuentro de los camaradas de la Federación Anarquista. Esa aproximación nos lleva hoy a expresarnos en *Le Libertaire*. Nos felicitamos más aún porque creemos que esta colaboración nos permitirá extraer algunas de las grandes líneas de fuerza comunes a todos los espíritus revolucionarios.

Estimamos que una amplia revisión de las doctrinas se impone con urgencia. Ésta sólo será posible si los revolucionarios examinan juntos todos los problemas del socialismo con el objetivo, no de encontrar en ella una confirmación de sus propias ideas, sino de hacer surgir de ella una teoría capaz de dar un impulso nuevo y vigoroso a la revolución social. La liberación del hombre no podría, so pena de ser negada inmediatamente después, reducirse únicamente al plano económico y político, sino que debe ser extendida al plano ético (saneamiento definitivo de las relaciones de los hombres entre sí). Está ligada con la toma de conciencia, por las masas, de sus responsabilidades revolucionarias y no puede, bajo ningún aspecto, llevar a una sociedad en la que todos los hombres, como en el ejemplo de Rusia, serían iguales en la esclavitud.

Irreconciliables con el sistema de opresión capitalista, ya se exprese bajo la forma disimulada de la "democracia" burguesa y odiosamente colonialista, ya asuma el aspecto de un régimen totalitario nazi o stalinista, no podemos dejar de afirmar una vez más nuestra hostilidad fundamental para con los dos bloques. Como toda guerra imperialista, la que ellos preparan para resolver sus conflictos y aniquilar las voluntades revolucionarias no es la nuestra. De ello sólo puede resultar un agravamiento de la miseria, de la ignorancia y de la represión. Esperamos exclusivamente de la acción autónoma de los trabajadores la oposición que podrá impedirla y conducir la subversión, en el sentido de transformación absoluta del mundo actual.

Esa subversión, el surrealismo fue y sigue siendo el único en emprenderla en el terreno sensible que le es propio. Su desarro-

llo, su penetración en los espíritus pusieron en evidencia la falencia de todas las formas de expresión tradicionales y mostró que ellas eran inadecuadas a la manifestación de una revuelta consciente del artista contra las condiciones materiales y morales impuestas al hombre. La lucha por la substitución de las estructuras sociales y la actividad desarrollada por el surrealismo para transformar las estructuras mentales, lejos de excluirse, son complementarias. Su unión debe apresurar la venida de una época liberada de toda jerarquía y opresión.

Jean-Louis Bédouin; Robert Banayoun; André Breton; Roland Budrieux, Adrien Dax; Guy Doumayrou; Jacqueline y Jean-Pierre Duprey; Jean Ferry; Georges Goldfayn; Alain Lebreton; Gerard Legrand; Jehan Mayoux; Benjamin Péret; Bernard Roger; Anne Seghers; Jean Schuster; Clovis Trouille y sus camaradas extranjeros actualmente en París.

Le Libertaire, 12 de octubre de 1951

La clara torre

Fue en el negro espejo del anarquismo donde el surrealismo se reconoció por primera vez, mucho antes de definirse a sí mismo y cuando era apenas una asociación libre de individuos, que rechazaban espontáneamente y en bloque las opresiones sociales y morales de su tiempo. Entre las fuentes de inspiración en las que bebíamos, en esa posguerra de 1914, y cuya fuerza de convergencia era inconmovible, figuraba esta final de la "Balada de Solness", de Laurent Tailhade:

Arrebata nuestros corazones en disparada, en harapos
¡Anarquía! ¡Oh portadora de luz!
¡Expulsa la noche! ¡Aplasta a los gusanos!
¡Y yergue al cielo, aunque sea con nuestros túmulos,
La clara Torre que sobre el mar domina!

En ese momento, el rechazo surrealista es total, absolutamente inapto para dejarse canalizar en el plano político. Todas las instituciones sobre las que reposa el mundo moderno y que acaban de resultar en la Primera Guerra Mundial son tenidas por nosotros como aberrantes y escandalosas. Contra todo aparato de defensa de la sociedad es que luchamos, para comenzar: ejército, "justicia", policía, religión, medicina mental y legal, enseñanza escolar. Todas las declaraciones colectivas, así como los textos individuales del Aragon del pasado, de Artaud, Crevel, Desnos, del Éluard de antaño, de Ernst, Leiris, Masson, Péret, Queneau o los míos, testimonian la voluntad común de hacer se los reconociera como flagelos y, como tal, que fuesen combatidos. Sin embargo, para combatirlos con alguna posibilidad de éxito, es preciso atacar su armadura, que, en último análisis, es de orden *lógico* y *moral*: la pretendida "razón" en uso y de etiqueta fraudulenta que recubre el "sentido común" más desgastado, la "moral" falseada por el cristianismo con el objetivo de desalentar cualquier resistencia contra la explotación del hombre.

Un gran fuego se conserva bajo las cenizas –éramos jóve-

nes– y creo mi deber insistir sobre el hecho de que ese fuego se avivó constantemente para liberarse de la obra y de la vida de los poetas:

¡Anarquía! ¡Oh portadora de luz!

No se llamen ya Tailhade, sino Baudelaire, Rimbaud, Jarry, a quienes todos nuestros camaradas libertarios deberían conocer, así como deberían conocer también a Sade, Lautréamont o el Schwob de *El libro de Monelle*.

¿Por qué no pudo, en ese momento, operarse una fusión orgánica entre elementos anarquistas, propiamente dichos, y elementos surrealistas? Todavía, veinte años después, me lo estoy preguntando. No cabe ninguna duda de que la idea de la eficacia que fuera el espejo de toda esa época decidió las cosas de otra forma. Lo que se puede considerar como el triunfo de la Revolución Rusa y la realización de un Estado obrero provocaba un gran cambio de visión. La única sombra del cuadro –que se definiría como una mancha indeleble– residía en el aplastamiento de la insurrección de Kronstadt, el 18 de marzo de 1921. Los surrealistas nunca consiguieron pasar por alto aquello. Entretanto, hacia 1925, sólo la III Internacional parecía disponer de los medios deseados para transformar el mundo. Podía creerse que las señales de degeneración y regresión ya fácilmente observables en el Este todavía podían conjurarse. Los surrealistas vivieron, entonces, en la convicción de que la revolución social extendida a todos los países no podía dejar de promover un mundo *libertario* (algunos decían, un mundo surrealista, pero es la misma cosa). Todos, inicialmente, juzgaban las cosas de esa forma, incluso aquellos (Aragon, Éluard, etc.) que, más tarde, abandonarían su ideal primero hasta el punto de hacer en el stalinismo una carrera envidiable (a los ojos de los hombres de negocios). Pero el deseo y la esperanza humanos jamás podrían estar a merced de aquellos que traicionan:

¡Expulsa la noche! ¡Aplasta a los gusanos!

Es bien sabida la rapiña despiadada que se hizo de aquellas ilusiones durante el segundo cuarto de este siglo. Por una terri-

ble ironía, el mundo libertario con el cual se soñaba fue substituido por un mundo en el que la más servil obediencia es obligatoria, donde los derechos más elementales son negados al hombre, donde toda la vida social gira en torno del policía y del verdugo. Como en todos los casos en que un ideal humano llega a ese cúmulo de corrupción, el único remedio es refortalecerse en la corriente sensible en la que se originó, *remontarse a los principios* que le permitieron constituirse. Hoy más que nunca, en la propia finalidad de ese movimiento se encontrará al anarquismo, y solamente a él, ya no la caricatura que nos presentan ni la cosa hedionda que pretenden hacer de él, sino aquel que nuestro camarada Fontenis describe "como el socialismo mismo, es decir, esa reivindicación moderna por la dignidad del hombre (su libertad tanto como su bienestar); el socialismo, concebido como la simple resolución de un problema económico o político, sino como la expresión de las masa explotadas en su deseo de crear una sociedad sin clases, sin Estado, donde todos los valores y aspiraciones humanos puedan realizarse".

Esa concepción de una revuelta y de una generosidad indisociables una de la otra y, a despecho de Albert Camus, ilimitables *tanto una como la otra*, los surrealistas la hacen suya hoy, sin reservas. Liberada de las brumas de muerte de estos tiempos, la consideran como la única capaz de hacer resurgir, a ojos cada vez más numerosos,

¡La clara Torre que sobre el mar domina!

André Breton
Le Libertaire, 11 de enero de 1952

El sueño y la revolución

El sueño no es el contrario de la realidad. Es un aspecto real de la vida humana, así como la acción; uno y otra, lejos de excluirse, se complementan. Pero este aspecto, descuidado o voluntariamente relegado al plano de las supersticiones peligrosas por la civilización actual (la de los cuarteles, las iglesias y las comisarías) contiene los fermentos de la revuelta más violenta por ser los más violentamente humanos. Se comprende que la voluntad de oscurantismo de los *maîtres à penser* se haya manifestado siempre por un desprecio total en relación con el sueño. Su inteligencia se limitó a tolerar (y tal vez a favorecer) la difusión de las "Claves de los Sueños", obras desnaturalizadas, de carácter puramente supersticioso, fantasioso o idiota. Pero los pueblos que el odioso buen sentido europeo se obstina en denominar "primitivos" (primitivos porque nunca conocieron los secretos de la bomba atómica, o simplemente de la hipocresía diplomática) conceden al sueño un lugar de primer orden.

Freud, al desvelar el mecanismo del sueño, al interpretarlo, demostró que éste constituía el perfecto revelador de las tendencias y de los deseos más secretos del hombre. Se sabe ahora que no existe sueño gratuito, que por el simple hecho de soñar el hombre cambia su destino, aun cuando ese cambio sea imperceptible. Despierto, el hombre aprehende del mundo lo que su razón y sus sentidos le han querido dejar percibir, vale decir, una ínfima parte de lo que realmente es; en el sueño, los objetos, los sentimientos, las relaciones más audaces se tornan lícitas, familiares. Descenso al corazón de sí mismo, al corazón de las cosas.

Esto es válido tanto para las colectividades como para los individuos. Si el sueño es la expresión del deseo, si la explicación del uno puede preludiar, en cierta medida, la realización del otro, el mayor deseo colectivo es la revolución. G. C. Lichtenberg lamentaba que la historia se compusiera únicamente del relato de los hombres despiertos. Cuando, una noche, todos los explotados sueñen que es preciso terminar y cómo terminar

con el sistema tiránico que los gobierna, entonces, tal vez, la aurora surgirá en todo el mundo, sobre las barricadas.

Jean Schuster
Le Libertaire, 26 de octubre de 1951

Pan y diversión

"Nací sobre esta tierra, exijo la admisión en todos los trabajos que en ella se ejercen, la garantía de usufructuar el fruto de mi labor; exijo el adelanto de los instrumentos necesarios para ejercer ese trabajo y de la subsistencia en compensación del derecho de robo que la simple naturaleza me dio"[1] (Charles Fourier, *Asociación doméstica y agrícola*, 1822). Así se encuentra perfectamente esquematizada la solución económica, pero ésta está lejos de agotar el problema:

"Siendo el objetivo conducir inicialmente al *lujo* [2]... es preciso que la educación conduzca al trabajo productivo; sólo ella puede conseguirlo, haciendo desaparecer una tarea muy vergonzosa para la civilización, y que no se encuentra entre los salvajes: es la grosería y la rudeza de las clases inferiores, la duplicidad de lenguaje y de modos. Ese vicio puede ser necesario entre nosotros, donde el pueblo aplastado por las privaciones sentiría muy vivamente su miseria si fuese educado y culto; pero en el estado social en que el pueblo gozará de un mínimo superior al destino de nuestros buenos burgueses, no será necesario embrutecerlo para amoldarlo a los sufrimientos que ya no han de existir" (Charles Fourier, en la misma obra). Queda por ende despejada toda ambigüedad. En una sociedad libertaria, el *trabajo productivo* exigirá el refinamiento de las costumbres y del pensamiento. ¿Cómo ha de ser, por lo tanto, ese trabajo? Antes que nada sabemos que, bien comprendido y bien repartido, desde ya podría ser reducido a un cortísimo tiempo de servicio cotidiano para cada individuo. El automatismo robótico que crea, en el régimen capitalista, los flagelos del desempleo y de la supreproducción no debe ofrecer otra cosa a cada hombre, más allá del derecho al trabajo, sino el *derecho a la pereza*. Además de esto, ese trabajo liberado de la explotación patronal y de las condiciones impuestas por un productivismo de escasa visión, se reduce en la mayoría de los casos a una simple vigilancia de las máquinas, cuya vida íntima conocerá el operario, hombre culto, a ejemplo del antiguo artesano, tan perfectamente como su manejo práctico; ese trabajo, convertido otra

vez en actividad normal como el beber y el comer, será no solamente una necesidad social, sino también *individual*. En otras palabras, el trabajo ya no será esa perpetua esclavización que la religión justifica en tanto que "castigo divino".

En esta perspectiva, ciertas actividades aún hoy consideradas por la mayoría como irremediablemente reservadas a una minoría, van a encontrar una nueva fórmula. Me refiero a la investigación científica y a la creación artística. El *lujo* del cual habla Fourier debe ser, tanto en el dominio del espíritu como en la práctica, accesible a todos. Es lo que debería explicar, cien años después del autor de la *Asociación doméstica y agrícola*, el interrogante formulado por los surrealistas: "¿El surrealismo es el comunismo del espíritu?".

Suponiendo que, bajo un régimen jerárquico, Newton, "si hubiese sido marinero o minero… no habría descubierto la ley de gravitación universal" (Gaston Leval, *Estudios anarquistas*, Nº 6), la sociedad libertaria deberá, por el contrario, dar a todos el tiempo libre para ver cómo caen las manzanas y extraer de ese hecho las conclusiones que se les antojen; en *eso* consistirá su gran victoria.

Como corolario a la reducción masiva de las horas de trabajo, asistiremos a la multiplicación de las posibilidades de satisfacer la necesidad de conocimiento inherente a cada uno de aquellos que no tenían anteriormente tiempo libre para eso. Y se puede pensar que la accesibilidad de la creación artística y poética a todos estaría lejos de ser un empobrecimiento: basta constatar la decadencia de la canción popular en las manos de los "profesionales".

En realidad, la que presenta los problemas más arduos es la aplicación del nuevo régimen, dado que los períodos de transición son los más difíciles.

Se trata, para desembocar en la situación que acabo de evocar, de partir de una organización (si se puede decir así) donde las masas populares están, de manera muy general, insensibilizadas y esterilizadas por un fardo de demagogias contradictorias en sus medios, cuando no en su fin, en tanto que la actividad mental, que debería ser lo esencial para todos, se encuentra monopolizada por algunos especialistas raramente desinteresados.

Durante el período de reorganización política y económica,

que requiere una actividad intensa por parte de todos, no se debe descuidar ni por un instante la delicada tarea de restablecer los todos derechos de todos a la conciencia individual. El ejemplo de Barcelona (1936) no demostró que nada impide, en períodos revolucionarios, el desarrollo de las escuelas y de las universidades populares. Es preciso además que la enseñanza suministrada no lo sea al acaso: sabemos muy bien que el falso conocimiento es peor que la ignorancia, y de buen grado pensamos que una conciencia más clara de las necesidades profundas del hombre, considerado como un todo vivo, cuyos principios materiales y espirituales no cesan de actuar los unos sobre los otros, le habría evitado varios errores fatales de juicio a los revolucionarios del pasado.

Es por eso que pensamos que toda propaganda revolucionaria será ineficaz si se limita al dominio social y económico: la reivindicación humana debe entenderse para bien más allá del pan y del vino cotidianos, como, a pesar de todo, lo expresa tan ingenuamente un romance nacido de la Comuna, el deseo de los hombres, que no se restringe a ninguna época en particular:

"Las muchachas tendrán la locura en la mente…".

Guy Doumayrou
Le Libertaire, 9 de noviembre de 1951

Notas

1 Hegel, por otra parte, declara: "Cuando se puede prolongar la propia vida mediante el robo de un trozo de pan, es cierto que se lesiona la propiedad de un hombre, pero sería injusto considerar ese acto como un robo ordinario" (*Filosofía del derecho*).

2 Evidentemente, no podría tratarse aquí del lujo burgués, sino de aquel que puede concebirse en una sociedad libertaria, *donde las nociones de necesario y de superfluo dejarán de ser contradictorias*.

Evolución

Ya sea en las familias bien constituidas, en las escuelas tristes, en las escuelas dominicales y en las de los otros días de la semana, o en los cenáculos de vejestorios condecorados, las heridas de guerra ya fastidiaron bastante nuestros olvidos con frases del estilo: "Ya lo verán, el mundo evoluciona. Principalmente después de las guerras. Y ustedes evolucionarán con él… Sin choques, sin violencias, todo evoluciona… El progreso…".

Pues bien, hoy podemos imaginar ese progreso. Después de la guerra, y algunos años de lo que los manuales de historia denominarán paz, la evolución marchó a pasos de gigante.

Dejemos que otros se ocupen de la tecnología (bombas atómicas, aviones jet, televisión, iluminación indirecta de las iglesias, etc.) y volvámonos hacia los progresos morales, intelectuales, culturales, sobre "el espíritu", en resumen. Hay que confesar que hubo una bizarra evolución. Antaño, reinaba la más grave grosería, y toda palabra podía ser adivinada de antemano merced a una rápida mirada al uniforme, a los guantes, a la gorra del poseedor de la boca anunciadora. Cuando un cura encontraba a otro cura, se podía apostar que se contarían uno al otro historias de curas, y cuando un militar manejaba su pena a lo *Gringoire*, se podía estar seguro de que el resultado sería un artículo sobre la necesidad de una buena y bonita guerra que sacudiera a los jóvenes de su torpor. Hitler no escondía su odio por los judíos y Chamberlain proclamaba en todas partes su amor por los paraguas, mientras que el Papa no cesaba de elogiar a su compañero Mussolini.

Candide era fascista, *L'Humanité* stalinista y *La Croix*, una cruz. Existía incluso una derecha que estaba orgullosa de ser derecha y de colaborar, llegado el caso, con los stalinistas para golpear a la "izquierda" que luchaba en España. Hoy se acabaron las etiquetas, y si se lo busca bien no se encuentra ni siquiera un gato que ose maullar para mostrar su naturaleza gatuna. El viejo y amable hábito de los canas de civil prolifera. Debe ser la guerra la que tan bien los aconsejó a todos. Comprendieron que para llegar a algo (algo asqueroso, evidentemente) es preci-

so entreverar las cartas, invertir los papeles, decir lo contrario, mezclar los tantos. Los monjes, creyendo desmentir la ridícula "sabiduría de las naciones", rechazan la sotana y bajo falsas vestiduras se camuflan cuidadosamente y se colocan una máscara. Ya no se presenta el rostro desnudo, la mentira se ha convertido en la mejor arma de propaganda y los "falsos" siembran la confusión, gracias a su falsedad, alcanzando, así, su objetivo (siempre el mismo) con mucha más seguridad.

¿Los obreros? Nunca se sabe: tal vez sean curas camuflados.

La gran ambición de los curas es celebrar misas clandestinas en los sanitarios: sin duda ganarán así más fácilmente el reino de los cielos. ¿Y qué decir del camuflaje de los diarios, de las obras de teatro, de las películas de curas? Se ven muchachas desnudas, se leen historias pornográficas y, por su intermedio, se llega sin dificultad a la conclusión de que –idéntico a las imbecilidades evangélicas– se ha vuelto más digestivo. Es lo que se llama "dorar la píldora". Y el Papa habla libremente del amor, da consejos sexuales, como el primer psicoanalista americano, olvidando sus propias aventuras con muchachos cuando todavía era aspirante al trono.

¿La derecha? No existe. ¿Ustedes conocen reaccionarios? De Gaulle es socialista. Herriot un gran revolucionario, Truman apóstol de la reforma social y todos hablan de la paz. Allá se juntan con los otros "grandes sublevados", los stalinistas, que también trabajan por la paz, protegen las libertades individuales, la justicia colectiva y… la creación artística. Diarios que no pertenecen a nadie son dirigidos por los stalinistas o por sus hermanos en la ignominia, los atlánticos, pero esos diarios son todos libres y de tendencia izquierdista porque no pertenecen a nadie.

¿Quién rumorea que los negros eran linchados en los Estados Unidos de la libre América? Vienen negros a asegurarnos que se trata de rumores malévolos. ¿Quién rumorea que en las democracias libres del Este europeo inocentes son condenados a muerte? Los propios acusados nos aseguran que son culpables. ¿Quién rumorea que los pueblos de España, de Grecia o de la Argentina mueren bajo regímenes dignos de Hitler y de Stalin? Hay documentos que nos aseguran que se trata de regímenes más que "democráticos".

Evolución en todos los lugares. Los falsos son estimados y para poder expresarse, en la prensa u otras partes, se es obligado a permanecer extraño a las ideas que se manipulan olvidando sus propias creencias. Los excrementos fétidos de un Dalí son desnudados porque se trata de falsos, mientras que un gran pintor como Toyen vio cerrarse para él las puertas de una galería porque, según le dijeron en lo substancial, "usted es un *verdadero* surrealista, y sólo los falsos nos interesan". La cultura evoluciona, la prensa se encarga de eso: todo lo que es verdadero, sincero, es desterrado, todo lo que no adula a todo el mundo, al burgués y al cura, es malo.

Incluso el amor no osa ya decir su nombre, y las asquerosas aventuras de ricachones, putas en vestidos de noche, príncipes y actores empolvados se convierten en el exutorio de aquellos que deberían comenzar por amar, a fin de poder escupir sobre la descomposición del orden. En síntesis, solamente los pederastas, y al frente de ellos Cocteau, su *prima-cocotte*, serán bien vistos, no solamente por sus cofrades, sino también por los *bien-pensantes*, tipo Sartre, que, por exceso de pantomima, pisotean la libertad.

Los sublevados siguen a Camus, hablan de la revuelta, la analizan, la disecan, y acaban por enterrarla (conscientemente o no) bajo su escalpelo. Todos esos batracios modelan las ideas, las palabras a su imagen y esas ideas, esas palabras en sus manos se vuelven monstruosidades, callejones sin salida, vacíos. Ellos esperan, así, que toda fuerza explosiva deserte de los grandes relámpagos.

Pero no porque Camus viole la palabra "revuelta", la revuelta le pertenece. La revuelta somos nosotros, y la revuelta no sufre contactos impuros, sigue siendo la *revuelta*. El amor somos nosotros, y todos los Jean Cocteau del mundo no mancharán *el amor*. Seguiremos amando y rebelándonos y dejaremos que los perros ladren. Así, forjaremos corrientes que los mantendrán sólidamente presos en sus fétidas perreras.

Y siempre sabremos reconocer a un padre y a un militar y a un político y a un falso pintor y a un falso pacifista, cualquiera sea el aspecto bajo el que se presente. Destruiremos su camuflaje y le diremos: te abofeteo porque soy libertario, porque soy surrealista, porque soy libre. Y clamaremos lo que somos sin escondernos detrás de manos transparentes.

Y les diremos lo mismo a los profesores escrofulosos y declararemos las profecías de los vejestorios buenas para los animales domésticos, y su evolución se desinflará como un globo, con el ruido de un pedo liberador.

Adonis Kyrou
Le Libertaire, 30 de mayo de 1952

En su esfuerzo por dar al hombre, por fin, medios de conocimiento y acción en su dimensión, el surrealismo no podía dejar de agitar las concepciones reinantes en cuanto al papel del LENGUAJE y de la poesía, actividad que él arrebató a lo cuadros de la "literatura" y de todos los conformismos, por muy contradictorios que fuesen, de origen moral o político. De inmediato, la atención de los surrealistas se detuvo en los fenómenos del ocultismo, hacia los cuales lo inclinaba el deseo de devolver sus derechos a la imaginación y al sueño.

El vasto conjunto de ideas, prácticas, imágenes y recetas conocido bajo el nombre de "ocultismo" y, por consiguiente, la forma –compleja hasta rozar, en ocasiones, la incoherencia– de doctrinas herederas de la magia de los pueblos "primitivos". Esta magia aparece en todos los sitios ligados con la religión. Pero los esfuerzos realizados para establecer la anterioridad de una u otra fracasaron. La sociología contemporánea fue llevada finalmente a considerarlas como la expresión de dos tendencias radicalmente diferentes del espíritu, aunque entrelazadas a lo largo de casi todas sus manifestaciones históricas. Ese duelo interior parece estar vinculado con todos los conflictos que marcaron las etapas de la evolución humana. La religión, paralizante por excelencia, en tanto que reposa sobre el culto de los muertos, se emparentaría con la organización familiar rigurosa, el clan, esbozo de la nación. La magia, a la constitución de "sociedades secretas" al margen del clan, a las primeras tentativas de perfeccionamiento técnico. (Debemos a la magia las rudimentarias pero extraordinarias pinturas de las cavernas en donde vivieron nuestros ancestros, y probablemente la escritura.) La actitud religiosa típica es la genuflexión ante las fuerzas sobrenaturales. La actitud mágica es un gesto de mando, en cambio, de revuelta, para con esas mismas fuerzas que se suponen más naturalmente DIFUSAS en el universo material. Así, el mayor de los etnógrafos, racionalista, llegó no obstante a escribir: "Aunque hija del error, la CIENCIA NEGRA fue la madre de la verdad y de la libertad".

Las necesidades de la lucha antirreligiosa no deberían, por tanto, movernos a error, en tanto que ciertos aspectos de la magia y de los mitos continúan correspondiendo a los movimientos más audaces de lo que alguno de nosotros podría denominar LA INCESANTE SEDICIÓN HUMANA. No es necesario decir que no contemplamos sino con desagrado las payasadas de los negociantes de horóscopos, lo que un semanario citado aquí mismo por nuestro amigo J.-L. Bédouin llamaba recientemente "La danza del sol" del payaso Pío XII.

Conviene aplicar la mayor prudencia al examen del ocultismo y recordar, por ejemplo, que las exploraciones psicológicas más profundas podrían hacerse un día con la llave natural de TODOS los fenómenos arbitrariamente etiquetados como "espirituales". Aun así, aquello que no puede dejar de interesarnos en la magia y en el ocultismo, despojados de su telón de fondo metafísico, me parece que debe ser reconducido a estos dos puntos principales de investigación, complementarios el uno del otro:

1. La elaboración de una concepción DINÁMICA del lenguaje, fundada en la ANALOGÍA y que apele a las fuerzas inagotables del inconsciente y de la imaginación;
2. El deseo de un conocimiento universal.

Con respecto a estos dos puntos, constatemos la concordancia del surrealismo con las dos tendencias más interesantes de los enciclopedistas del siglo XVIII, que no pueden ser sospechados de religiosidad: "Toda verdadera poesía es emblemática", dijo Diderot. Y para Condillac: "Una ciencia bien hecha no es sino señal de una lengua bien hecha". Esta segunda proposición debe estar liberada de su contexto demasiado estrecho, pero sigue siendo verdadera en su principio.

Otorgar al simbolismo oculto el interés que merece no es exponerse a recaer en los procedimientos religiosos habituales a los que puede dar lugar. (Señalemos al pasar que el "simbolismo" cristiano está hecho solamente de supersticiones tan evidentemente pobres en forma cuanto en sentido.) Se trata solamente de dotar de todo su alcance a la proposición de Baudelaire: "La imaginación es la más científica de nuestras facultades, puesto que solamente ella nos ofrece la clave de la analogía universal". Proposición cuya aplicación no puede de-

jar de aparecer como urgente, en una época en la que la especialización excesiva de las técnicas, en nombre de la "productividad" capitalista apoyada por los pseudosocialistas, alejó el concepto de una comunidad fundamental de los espíritus, vale decir, de los DESEOS humanos, para resultar en las dictaduras económicas que conocemos. El cristianismo ya había, a propósito, desviado las fuerzas mentales de la humanidad hacia la nada de su "Ciudad de Dios".

Bajo este aspecto, no se podría distinguir muy bien el pensamiento revolucionario de un racionalismo estrecho, todavía hoy habitual en ciertos medios "científicos", racionalismo del cual se supone, sin ninguna razón, que pueda preparar el camino para la emancipación atea. Yendo a la par con una concepción de la lógica cuya esterilizante inanidad mostraron Hegel, Feuerbach[1] y los matemáticos modernos, el racionalismo de un Voltaire, por ejemplo, sólo sirvió de vehículo a la peor reacción pequeño-burguesa, muy en la línea de aquel que decía: "Esas personas (el pueblo) son completamente estúpidas" y tenía su *banc d'œuvre*[2] en la iglesia de Ferney. Las revoluciones que marcaron la Historia desde 1789 no fueron avances contra la tiranía clerical sino a pesar de los voltaireanos. Mediante un estudio sereno y atento del ocultismo, que separaría en éste lo verdadero de lo falso, Gérard de Nerval indicó el camino a seguir, y lo que se puede esperar de él: "Es cierto que estas ciencias están entrelazadas con errores humanos. El alfabeto mágico, el jeroglífico misterioso sólo nos llegan incompletos y falseados, ya sea por el tiempo, o bien por aquellos mismos que tienen interés en nuestra ignorancia: encontremos la letra perdida o el signo borrado, recompongamos la gama disonante, y ganaremos fuerza en el mundo de los espíritus". Ese mundo de los espíritus no es otro sino éste en que respiramos. Más allá de las falsas oposiciones, mantenidas conjuntamente por las religiones y por el positivismo[3], entre el "cuerpo" y el "alma", o entre las diversas funciones psíquicas, este estudio es de una naturaleza tal que en él se prepara el advenimiento de la VERDADERA VIDA.

Gérard Legrand
Le Libertaire, 30 de noviembre de 1951

Notas

[1] Feuerbach, en una época en que la religión y la magia estaban reducidas al simple charlatanismo de los curas, presentó este principio: "Los dioses son la personificación de nuestros deseos".

[2] El "banco de obra" era un banco reservado en una iglesia a las familias importantes del lugar [nota del compilador].

[3] Recordemos a Maurras, discípulo de Auguste Comte; y a Anatole France, rico "escéptico" burgués adepto de la Revolución Rusa… cuando ésta comenzó a tornarse reaccionaria.

En lo que concierne a un cierto "sentido común" en el que los hombres de una misma sociedad procuran satisfacer un idéntico deseo de seguridad mental, existen hábitos de pensamiento sobre cuyo valor no conviene interrogarse. Ellos permitieron constituir un cúmulo de experiencias que deben ser aprovechadas, y ese cúmulo tiende a fijarse de una manera inmutable, según un orden que no podría transgredirse. Se trata de valores experimentados que conviene salvaguardar antes que nada; las leyes sociales, morales o incluso científicas se dedican a eso, así como las convenciones o las costumbres. De las civilizaciones primitivas a ésta de hoy, dicha actitud se perpetúa, reencontrando, a veces, formas idénticas, a través de las cuales se transparenta la eterna abdicación de las individualidades frente al grupo social.

Si hoy podemos alegrarnos con el hecho de que la teología se haya visto obligada, en la explicación del mundo físico, a ceder su lugar a la ciencia, es preciso al menos reconocer que un cambio tan radical en la orientación del pensamiento no parece haber suscitado una modificación sensible del comportamiento humano. Más allá de una realidad habitual, cuyo conocimiento no puede ser separado de la evolución de las técnicas, parece que los hombres de este tiempo confían en la palabra del científico más o menos como los de antaño confiaban en la autoridad del padre. En mayor medida, el crédito otorgado a las verdades científicas habla de una confianza ciega donde el espíritu crítico invocado por el racionalismo, entretanto, tiene pocas chances de poder ejercerse. Dudar de la ciencia o discutir su interés se presenta, a los espíritus de hoy, como un absurdo inconcebible. Aun cuando ya no conduzca a ninguna hoguera, semejante actitud sigue siendo tan escandalosa como podía serlo, en la Edad Media, la de un ateo.

Es verdad, sería inútil esperar de todos una comprensión perfecta o la eventual verificación de lo que forzosamente sigue siendo lo propio de algunos especialistas. Entretanto, podemos preguntarnos qué ventajas representa, para una vida mental

que no se limite solamente a las luces de la conciencia, una comprensión tan superficial y que aún busca un soporte afectivo para sí. Por ese lado, aún queda un gran vacío a ser llenado, y tal vez no sea casual que la creencia se esté reinstalando, justamente allí donde se creía haber triunfado sobre ella.

El espíritu científico alimenta en torno de sí –contra su voluntad, es cierto– una credulidad tan desarmante como las peores demencias de la superstición religiosa. Es así como a ciertos esbozos, más que nada sumarios, fundamentados sobre una analogía dudosa y propagados con una intención vulgarizadora, se les atribuye con frecuencia una realidad literal perfectamente propicia para falsear su entendimiento. Con relación a esto, se podrían evocar los errores significativos que no dejaron de acompañar a algunas "representaciones", al menos aproximativas, del átomo. La necesidad de creer es tan grande que, por medio de las informaciones cada vez más sensacionales, ni siquiera hipótesis muy discutibles dejan de conseguir "maquillarse" con los prestigios de la evidencia. La Luna ya fue loteada y la astronáutica ya no parece presentar ningún problema que los diarios de la tarde no hayan ya resuelto. En otro sentido, allí donde se invocaría más directamente el mismo lirismo extraño, ¡no puede imaginarse a qué bizarras fantasías podrían conducir explicaciones apresuradas sobre la relatividad o sobre las geometrías multidimensionales! Semejantes aberraciones –desde el punto de vista estrictamente científico– sin duda tienden a suplir las carencias del racionalismo frente a ciertas exigencias de la afectividad.

Sobre ese conjunto heteróclito en el que la frontera entre la abstracción matemática y la realidad física es muy incierta, viene a proliferar la apariencia de lo extraordinario, esa misma cuyas indigencias expone la "ficción científica". Ante esas tímidas anticipaciones, fácilmente limitadas por una preocupación de posibilidad –si no de verosimilitud– que paraliza la imaginación, nos ponemos a añorar las alfombras voladoras de *Las mil y una noches*, o el muro invisible de algún castillo de aventuras. Allí, al menos, cuando el hombre procuraba dar cuerpo a determinados sueños en los que sus imperfecciones naturales eran superadas, su creación quedaba en libertad, mucho más allá de todo escenario previamente impuesto. Parece, a propósito, y

esto es sobre todo decepcionante, como si una cierta liberación física permitida por algunos medios mecánicos hubiese satisfecho definitivamente todos los deseos. Elevarse por los aires, explorar el fondo de los mares, trasladarse rápidamente, oír y ver a distancia redujeron considerablemente la parte de lo increíble y agotaron toda una mitología. La ficción científica, aun cuando señale nuevas aspiraciones humanas, da testimonio en primer lugar de una ingenua confianza en el perfeccionamiento ilimitado de algunos ingenios ya conocidos. Si es verdad que en sus orígenes el mito del progreso mecánico pudo tener como ilustración, de un modo aún válido, los libros de Julio Verne, hoy parece, en este sentido, que no se tratara más que de reactualizar el escenario. ¡Éste, a propósito, no termina nunca de vacilar entre el Salón de las Artes del Hogar y las más recientes invenciones de la aeronáutica! Así, parecería que las civilizaciones tuvieran ni más ni menos que lo extraordinario que se merecen, y ésta en la que la bomba atómica es considerada como un progreso sobre la bestia no podía esperarse nada mejor.

Una especie de respeto por lo desconocido, dominado por el miedo ancestral ante el desencadenamiento imprevisible de las fuerzas cósmicas, parece perpetuarse, a despecho de toda evolución, en las conciencias. Para hombres para quienes tales conceptos permanecen con la mayor frecuencia inaccesibles, ¿qué pueden significar palabras como protones, neutrones, átomos? ¿Qué temibles fuerzas consiguen evocar esos vocablos, que se puede imaginar tan misteriosos a oídos profanos como lo eran los afectados nombres angélicos? Se temería poder adivinarlo solamente a través de la repentina destrucción de alguna ciudad del Asia donde se sabe que los más horribles sueños de la leyenda fueron sobrepasados por la actualidad. Si el laboratorio de física de los enciclopedistas todavía conserva, con sus caballetes, sus balanzas, sus microscopios ornamentados, sus espectros de colores del arco iris, una poesía tranquilizadora, la ciencia actual está lejos de ofrecer el mismo aspecto. El universo que ella revela, si no ve puesta en duda su materialidad, no deja de presentar mientras tanto aspectos insólitos. El testimonio de los sentidos se muestra cada vez más recusable; de aquí en adelante, el descubrimiento incesante tiende a conferir a las certezas más tangibles el carácter ilusorio de una apariencia, y

si es cierto que el misterio retrocede ante ciertos puntos, es siempre para reaparecer mejor por todos lados. Ante tal horizonte, no se sabe demasiado bien cuáles son todavía los lazos sensibles que el hombre conserva con el medio que es suyo. Es verdad que siempre se lo puede persuadir –y es, así, la consagración de la mayor esclavitud– de que no existe otra realidad sino la que lo limita y de la cual se sabe que siempre es proporcional a sus cadenas. ¡Un bien conocido "retorno a lo humano" decididamente no daría –abandonando al misterio la misma parte abusiva que le concedían las religiones– una gran importancia a las esperanzas más viejas! Es bien sabido, a propósito, que es siempre en ese canto de la floresta donde, disfrazado o no, el cura nos espera; inútil precisar que se puede preferir un camino mejor frecuentado.

La constatación de ese desorden mental no podría llevar a recusar todo valor a los testimonios de la especulación científica, pero tal vez sea preciso reconocer que no se debe esperar de ella más de lo que ella es susceptible de ofrecer. Reconsiderando constantemente nociones tenidas como inmutables, los propios científicos llegaron a sugerir que el universo podría ser, en último análisis, muy diferente de aquello que concebimos. Sentimientos de certeza, impuestos por el dogmatismo religioso –ya se sabe al precio de qué sujeciones– no dejaron de encontrarse así arruinados. Precisemos que ellos no parecen lamentarlo y que, felizmente, no hay nada que esperar de parte de la ciencia en ese sentido. Inmensos "posibles" ya se delinean, y si frente a ellos el hombre parece arrebatado por el vértigo, parece que es sólo porque no osa abandonar sus hábitos mentales. Por el mismo hecho de que el pensamiento parece, en su estado actual, incapaz de intuir una realidad, no verificable en su conjunto por los datos inmediatos de los sentidos, pero admitida la mayoría de las veces a la manera de una creencia, podría temerse que la ruptura con un mundo tan desestabilizado se fuera agravando. ¿Qué interés puede haber en una comprensión incesantemente más fragmentaria y más profundizada de las cosas si, en contrapartida, éstas se tornan cada vez más extrañas para nosotros? ¿Cuál es, por lo tanto, ese real que ya no sirve para vivir?... Tal vez no sea demasiado arriesgado pensar que nuevas vías de conocimiento conseguirán abrirse a través de las

ruinas de una razón en la que comprender y vivir ya se concilian más.

Adrien Dax
Le Libertaire, 18 de abril de 1952

El lugar del sol

Que una fracción importante del movimiento revolucionario haya adherido, desde la segunda mitad del siglo XIX, a un sistema cuyo enunciado ya debía provocar fisuras en el seno del proletariado, que tenga que comparar los progresos del marxismo[1] en la clase obrera a aquellos de la esclerosis en el cuerpo humano, que se esté listo a atribuir a las insuficiencias doctrinarias el escaso eco engendrado por las ideas libertarias, es lo que nos lleva a interrogarnos nuevamente "sobre una crisis de lo sensible", para retomar los términos empleados hace algunos meses, en estas columnas, por Adrien Dax.

Ahora mismo, me encuentro en presencia de una magnífica obra ilustrada consagrada a la Comuna de París, las páginas que embellecen las fotografías de Varlin, Ferré, Delescluze… Nada impide, de ahora en adelante, que otros retratos vengan a aumentar considerablemente el campo mental: J.-J. Rousseau, Saint-Just, Marat, Fourier, Baudelaire, Rimbaud, Borel, Bakunin… Lo que interesa ya no está en las etiquetas que marcan a esos hombres, ya se lea en los diccionarios que unos fueron poetas, los otros "políticos", pero sí en el brillo *único* de su mirada y que de esa conjunción todos los sistemas sean atacados vivamente. Me pongo entonces a dudar de la sinceridad de la adhesión a los principios revolucionarios de cualquiera, excepto de aquellos que son naturalmente las víctimas de la opresión capitalista, que no se sintiera en ese momento como el foco incandescente de esas miradas, quiero decir, no ardiese espontáneamente al ocupar, así, un lugar privilegiado en su encrucijada.

Ya es hora de dejar que la *teoría* llegue a fundirse aquí en lugar de proyectarla hacia delante como para cortarla mejor de toda ligazón humana y hacerla participar en la edificación de nuevas casernas y de nuevas iglesias.

Ya es hora de admitir que solamente un criterio interno torna esa teoría válida o no *a priori*, y que, en la hipótesis favorable, todavía deberá ser sancionada por un hecho sensible cuya determinación vendrá de mucho más lejos que ella para que sea

objetivamente revolucionaria. En otros términos, ella debe apoyar y no determinar el hecho sensible, su papel no es otro sino el de un vehículo que, en la esfera sensible, asegura el paso de lo particular a lo general[2].

La urgencia está, repito, en una rehabilitación de lo sensible. Frente al destino que le está reservado desde hace diez siglos en Occidente, todas las luchas intelectuales que no se propongan remediarlo dándole, no un lugar bajo el sol, sino EL LUGAR DEL SOL, son vanas. En el gran debate sobre las posibilidades de transformación del mundo es preciso que, finalmente, sean puestos en consideración ciertos mensajes en los que la parte teórica no es otra cosa que infraestructura de una concepción poética cuya naturaleza me parece más que nunca en posición de redimir lo que las doctrinas comportan de aberrante. Pienso en Jean-Jacques Rousseau y en Fourier. Contrariamente a la opinión que prevalece en relación con ellos, esos mensajes deben ser recibidos en una perspectiva revolucionaria más allá y no más acá de la filosofía marxista.

El surrealismo nunca desistió de esta actitud, y si se objeta que caminó, por un cierto tiempo, lado a lado con el marxismo, oí de André Breton que fue más que nada el retrato sorprendente desde el punto de vista sensible que Trotski diera otrora de Lenin lo que provocó esa aproximación.

En 1952, cupo al surrealismo centrar la reivindicación poética registrando los fracasos relativos de los sistemas que sustentó más o menos hasta entonces. Sin negar la importancia histórica del hegelianismo y del freudismo, por ejemplo, y sin rechazarlos en bloque, sería deseable retornar a esas contribuciones con el único objeto de ver si ellas no paralizan, hace una década, la sensibilidad moderna.

Las contradicciones del mundo capitalista, subrayadas por Marx gracias a la doctrina hegeliana, que debían precipitar el advenimiento del socialismo, una vez superadas con la ayuda del agente dialéctico apropiado (la lucha de clases), no son en absoluto generadoras de un tercer término que siempre permaneció en el dominio de las hipótesis. Lo que hoy permanece a salvo es el principio de contradicción, y si el capitalismo subsiste, es porque supo acomodarse a él, mejor aun, supo tornarse su señor[3].

En otro plano, nos estaríamos equivocando si procurásemos una posición sintética procedente de aquellas, perfectamente antinómicas, adoptadas por Saint-Just y Sade, uno codificando el Terror al mismo tiempo que el otro se erguía contra la pena de muerte. Es la pasión la que sirve de crisol a esos acontecimientos. En consideración a lo que se aproxima al absoluto, me siento llevado a examinar las dos actitudes antes citadas como los dos polos de un circuito en el que vienen a recargarse todas las aspiraciones del hombre hacia la libertad, a sentirlas como total, definitiva y felizmente contradictorias y a proponerlas como bases de una moral revolucionaria futura.

En lo que concierne al freudismo, todo conduce a creer que no es extraño, en su concepción inicial, a su utilización en los laboratorios de psicoanálisis, modelo americano. El preconcepto terapéutico que lo anima, corolario de aquel que consiste en no acoger los elementos psíquicos sino en función de lo patológico, probablemente restringió las posibilidades de que pudiese restituir al erotismo, al amor, el lugar que les cabe en la vida del hombre y de la mujer. Es preciso emprender desde ya una localización de los datos fundamentales *actuales* del deseo para desembocar en la revelación de su fuente, la que se puede pensar que se encuentra en una zona desconocida y no-patológica del psiquismo humano[4].

Estas indagaciones, sin perjuicio de otras relativas al objeto, al lenguaje, al mito, muestran suficientemente la voluntad del surrealismo de no vivir de lo adquirido.

Porque es el mundo entero el que debe ser no solamente invertido, sino estimulado, desde todos las partes, en sus convenciones.
Porque no es un pulsador al cual confiarse de una vez y para siempre.
Así como tampoco es un dogmático lugar común que no vacila ante la duda y la exigencia ingenuas[5].

Jean Schuster
Le Libertaire, 4 de septiembre de 1952.

Notas

[1] No confundo, evidentemente, marxismo y stalinismo; en mi opinión el conjunto de la filosofía marxista ostenta, todavía hoy, una marca revolucionaria. Pero Hegel enseña que la esencia y el devenir de todas las cosas son tan sólo una. Para explicar el stalinismo no puedo contentarme, por lo tanto, con la opinión según la cual los elementos marxistas habrían sido pura y simplemente falsificados. O bien, si acepto esa opinión, añado que esa falsificación ya estaba contenida en el marxismo, porque forma parte de su esencia contener en germen todas sus proyecciones ulteriores.

[2] En general, una vez alcanzado, tornándose particular, y el vehículo teórico repartiendo hacia un nuevo punto más general aún, etcétera.

[3] Precisemos, tomando como ejemplo la coyuntura internacional de esa época: la coexistencia de dos bloques de estructuras económicas, sociales y políticas contradictorias torna viable el sistema de opresión que se propaga sobre toda la superficie del globo. No es necesario, para justificar *lógicamente* este sistema, un tercer término, del cual preguntarse, a propósito, qué aspecto concreto podría presentar.

[4] Me limito aquí a levantar sumariamente un cierto número de cuestiones.

[5] André Breton: *Oda a Charles Fourier*.

Gato = Trébol

Si algún tirano, en una noche de marzo, impedido de dormir por el maullar de los gatos, hubiese decretado su exterminio, de ello habría resultado una cosecha de tréboles menos abundante; y es improbable que se hubiese encontrado, entonces, algún Darwin para explicar al tirano por qué cadena sutil el efecto, en el caso en cuestión, estaba ligado con la causa.

Darwin, en efecto, percibió que la presencia de los gatos condicionaba la abundancia del trébol, y de qué manera: en ausencia de los gatos, proliferan las ratas; ahora bien, las ratas aprecian mucho las avispas; pero las avispas fecundan los pistilos transportando el polen de flor en flor; por lo tanto, fin de los gatos = fin de las ratas[1] = fin de los tréboles.

La utilización de las vacunas, las medidas profilácticas y el uso de las medicinas de choque redujeron considerablemente la mortalidad y es así que se percibe que la propagación de la poliomielitis se debe probablemente al hecho de que, liberado de innumerables dolencias relativamente benignas, el organismo, desacostumbrado a la lucha y despojado de ciertos microbios, resiste mal a aquélla, con cuyo germen en estado latente carga.

Es así que, si consideramos las construcciones que balizan el camino del conocimiento y que, falsamente, parecen aumentar a medida que se aproximan a nosotros, podremos preguntarnos lo que aportaron, en último análisis, al hombre, y si no es de temer que un impulso, de origen desconocido, venga a tirar abajo sus edificios apenas terminados. Así es para ciertas especies de peces que, habiendo proliferado exageradamente, son diezmadas de repente, como por un decreto de fuerzas ocultas.

Lo mismo sucede con la especie humana: hambre y epidemias tienden, en ciertas regiones, a restablecer el equilibrio biológico amenazado.

En otro campo, se puede constatar que los descendientes de los revolucionarios restablecieron, en su propio provecho, los títulos abolidos por sus padres, y que no existe director o jefe de oficina que, a ejemplo del "Mi señor" de antaño, no exija

que lo traten de "Señor Director". Las castas tienden incesantemente a reconstituirse, y para destacarse del resto, adoptan un lenguaje de especialista o de iniciado. Cada ramo del saber posee su jerga y, por el amor del latín o del grupo, entorpece una lengua que lo popular había hecho nerviosa, sugestiva y viva. Las grandes escuelas reflejan esas tendencias adoptando entre ellas un saber en el que florecen las claves y no hay siquiera ciertos hábitos del lenguaje y hasta el uso de la gorra que no sean elementos de una actitud de clase.

El hombre es un ser al que se conoce como existiendo en tres dimensiones; el universo admite tal vez una infinidad de ellas. En general, la inteligencia humana proyecta grillas más o menos perforadas, según los seres, sobre el criptograma que el universo le presenta. Todo lo que pasa es inteligible; lo que no pasa es no solamente ininteligible sino que además permanece totalmente ignorado. Y, sin embargo, lo que no pasa a través de la grilla no por eso deja de existir, yacer y actuar hasta en la propia substancia del hombre. De allí un misterio que ningún Darwin podría esclarecer.

Es posible preguntarse, entonces, con inquietud, lo que nos reserva un mundo en el que se establecen innumerables relaciones ciegas. Por ejemplo, entre el hombre y el objeto no realmente deseado, escogido, trabajado, se interpone la máquina estancando la emoción. Las formas tornadas anónimas son proyectadas por un gesto automático que, excluyendo toda intervención, esteriliza hasta el vacío absoluto.

Por otra parte, contactos son suprimidos: el misterio es acosado en cada espacio, en cada objeto, acosado en el propio corazón de la selva arrasada por calles en las que zumban estúpidamente los maníacos de los "*média*", las florestas devastadas con fines mezquinos, despobladas de venados y lobos por la imbecilidad automática de los cazadores. Este mundo actual donde los aprendices de hechicero, envanecidos de sus rudimentos de saber, editan y promulgan para beneficio de un singular esquema y, de ese modo, ignoran extraordinariamente la consecuencia imprevisible de las relaciones suscitadas por sus decretos, seguros como están, por no hablar de lo demás, siempre listos a restablecer el orden en Varsovia.

El hombre, se dice, todavía está muy cerca de la Edad de

Piedra para que los impulsos de lo ancestral no sean como muelles siempre extendidos; y muchos modos de actividad son apenas una evocación, un simulacro de las actividades de otra era. La búsqueda de lucro es la forma actual de la presa y del apetito de poder. Se remedan los combates en los estadios y en los rings que sirven de exutorios a un público fascinado.

¿Pero es imposible no aceptar esa filiación y rechazar los límites de la memoria pensando que es arbitrario estancarse en el tiempo de las cavernas en vez de cualquier otro momento del pasado ilimitado y que, en fin, el pitecantropo tal vez sea solamente un primo?

Sin duda, reconsiderando nuestra ascendencia que, no debemos olvidarlo, se identifica con el infinito y, en consecuencia, encierra todos los "posibles", se encuentran puntos incandescentes en los que yacen las orientaciones que debemos reencontrar.

Jacqueline Sénard-Duprey
Le Libertaire, 23 de mayo de 1952

Notas

[1] El sentido común indica que donde dice "*fin* de las ratas", debería decir: "*proliferación* de las ratas [nota del traductor].

La substitución de los cuervos

A través de las revoluciones, por debajo de las controversias ideológicas, en la propia sombra de las payasadas políticas, vemos que el poder pasa lenta pero seguramente de la peluca empolvada a la pluma polvorienta.

Así como la Iglesia, señora de las conciencias, era señora del mundo, gobernando a príncipes y súbditos, unos por los otros, hoy ha surgido una nueva clase de hombres que no comandan pero que, entretanto, dirigen, detrás de sus mesas, hacia donde todo viene y de donde todo vuelve a partir. Sucesores de la Iglesia, llevados al poder por la Máquina, poseen de esta última la desconcertante facultad, hija de la larga política de oscurantismo llevada adelante por la primera, de haber nacido esclavos y de vivir como tiranos.

Como se sabe, el maquinismo debería generar la Edad de Oro: la liberación económica que prometía sólo benefició a los rufianes. Las profecías de los filósofos generosos fueron desmentidas y la división social tan bien mantenida por la Iglesia cambió de forma pero no desapareció, a tal punto es esto cierto que una alteración económica no acarrea necesariamente una alteración proporcional de las costumbres.

Las primeras máquinas-herramientas fueron rotas por los obreros porque eran instrumentos de opresión, todavía lo son hoy, pero al final de un largo siglo de experiencias trágicas apareció de nuevo el hecho según el cual el progreso técnico, si no suprime al poder, se torna impersonal. Las democracias capitalistas, las tecnocracias, las dictaduras tienden siempre a la burocracia; los grandes dirigentes acaban siendo totalmente esclavos de los engranajes administrativos creados por ellos. Una evolución sigue su curso a través de los más crueles sobresaltos de la historia: la conciencia, atacada por las perfidias de la moral cristiana, se encuentra cada vez más cercada, perseguida, amenazada hoy de muerte por un régimen cuya ambición es transformar el mundo en un mecanismo tan perfecto que todo pensamiento sobre él sea inútil.

Para hacerse señor del determinismo histórico, para abolir el acaso, se combate en la propia fuente de las acciones imprevisi-

bles: la *personalidad* individual. Puesto que las desigualdades y las dependencias económicas, las políticas y las censuras están a merced del espíritu genial que, desde el exilio al que una sociedad hostil lo condena, consigue una penetración fulgurante y revigoriza la llama de la revuelta, la poesía y el amor, que mediante actos de pura locura quiebran todas las cadenas, deben ser abolidos, no solamente en sus manifestaciones, sino incluso como deseos. Es a lo que se dedican aquellos que sumergen la imaginación de esas *pin-ups* sin sexo y sin cerebro que acabarían por desviar de su propio objeto el deseo erótico, los pedagogos cuya enseñanza sofoca la curiosidad desde sus primeras tentativas[1], los arquitectos que ya comienzan a limitar los paisajes con esas fachadas blancas y monótonas como páginas de libros contables, cuadro perfecto de una vida reducida a leyes estadísticas, los psiquiatras que hacen de una ciencia de libertad, el psicoanálisis[2], un instrumento de sumisión, y tantos otros… citemos apenas de memoria la literatura, la prensa, la radio, el cine, ocupados casi por entero en colmar de efervescencias estériles los espíritus que se resignan poco a poco a la esclerosis.

Puede verse claramente que las protestas que desde todas partes se alzan, limitadas, restringidas, si estremecen o incluso derrumban las viejas estructuras, y aun cuando denuncien en todas partes la burocratización, no le impiden a ésta progresar sobre un frente continuo, amenazador como una fatalidad.

Es cierto que la liberación económica es condición necesaria para la liberación moral, pero eso no significa en absoluto que sea condición suficiente. En el punto en el que nos encontramos, es muy fácil concebir un mundo en el que, al precio del más absoluto conformismo, esto es, de la más completa indiferencia intelectual y moral, el confort material, felicidad perfectamente aburrida, sería accesible a todos.

La libertad, que es poesía, que es amor, exaltación de las aspiraciones más profundas del ser, ampliando indefinidamente el conocimiento y el deseo de conocimiento, sólo sobrevivirá a las catástrofes que nos prometen si la revuelta, no dejándose detener por los obstáculos de la necesidad inmediata, levanta al mismo tiempo *todas* las columnas del templo.

Guy Doumayrou
Le Libertaire, 21 de marzo de 1952

Notas

[1] Testimonio de un científico: "Es en vano que se intente en éstas [nuestras universidades] un curso que coloque al estudiante avanzado en contracto con cualquiera de los grandes problemas que enumeramos; con mucha frecuencia los propios elementos son allí enseñados de tal manera que el estudiante tendría que reaprender todo si quisiera ir más lejos; la extrema rigidez de un mandarinato fundado sobre instituciones académicas obsoletas hace que toda tentativa de renovación, si no se limita a lo puramente verbal, parezca destinada al fracaso" (André Weil, en *Les grandes courants de la pensée mathematique*, presentados por Le Lionnais, p. 318).

[2] "Ciencia de libertad" porque, con mucho mayor determinación que las ciencias de la materia, el psicoanálisis se mostró en condiciones de denunciar la hipocresía de las morales tradicionales.

El rostro de la libertad es un rostro de mujer

"Allí donde no existe *tú*, no existe *yo*, y la distinción entre el *yo* y el *tú*, ese fundamento de toda personalidad y de toda conciencia, sólo se realiza de una manera viva en la diferencia del hombre y de la mujer." Esta proposición de Feuerbach bastaría para arruinar las tentativas hipócritas de confrontación entre el *yo* y otro indistinto, verdadero terreno baldío en el que vienen a vaciarse, tranquilamente, las latas de basura del "existencialismo cristiano" o de cualquier otro, del humanismo inoperante e, incluso, del narcisismo literario. Feuerbach abre de par en par todas las puertas a un conocimiento exaltante de las relaciones reales del hombre y la mujer (encuentro del *tú* y el *yo* a partir del "azar objetivo" tal como, por su parte, el surrealismo se aplicó a definirlo) y de sus relaciones virtuales (identidad del *tú* y el *yo*, irreductible a la "identidad" clásica, en una profundización del *ello* freudiano, etcétera).

Sin embargo, ello no alcanzó para que el pensamiento revolucionario tomase conciencia de esas relaciones de una manera siempre tan entusiasmante. Más que de una desconfianza contradecida por otros hechos, en relación con el dominio pasional, pienso que es preciso ver en su relativa timidez un vestigio de situaciones históricas que, por más intolerables que fuesen, a muchos les parecían originarse en la necesidad natural. En la civilización antigua, de origen patriarcal, la mujer es un instrumento de producción inmediata al mismo tiempo que una propiedad feudal: ella enriquece al jefe de familia no solamente en hijos, sino también desempeñando un papel de administradora, o incluso de esclava, en caso de que reinara la poligamia. Así, cuando Platón instaura un comunismo en su *República*, lo extiende a las mujeres, y los heresiarcas que influirá a lo largo del cristianismo oscilarán entre esa utopía inmoral y el oscuro presentimiento de una "revelación" emanada del amor sexual[1]. Habiendo transferido la sujeción de la mujer del plano estrictamente económico al plano sentimental, la Iglesia absorbe en el siglo XIII la herencia de los albigenses y de los poetas occitánicos que, primero que nadie en Europa, habían cantado

la verdadera pasión, y de ella extrae el ridículo "amor cortés" que cada vez más reduce a la mujer a un papel decorativo y sus pretendidas funciones de "reina del hogar". Esta degradación calculada provoca la violenta protesta de Sade, cuya inmensa obra, siempre censurada por *todos* los regímenes políticos del siglo XIX, tiende principalmente a derribar a la mujer del pedestal al que la izó el feudalismo expirante, a humillarla hasta el absurdo, para liberarla y mejor exaltarla en una fase dialéctica ulterior. En fin, la sociedad actual, ya sea capitalista, fascista o "soviética", sigue manteniendo a la mujer como inferior al hombre, aun cuando le conceda la igualdad económica en la esclavitud y el derecho al voto en el seno de sus sistemas en descomposición.

No es al acaso si la *maldición* del amor absoluto sigue siendo el último bastión "moral" de la sociedad. A tal punto es una necesidad, que cada reflujo del ímpetu humano está marcado por una derrota de ese amor: desde 1920, Lenin introducía fatales restricciones administrativas a la libertad de unión sexual, olvidando que Saint-Just había expuesto este principio: "El hombre y la mujer que se aman son esposos".

Se ve sobre qué confusión, cuidadosamente alimentada, entre la promiscuidad y la libertad, reposan los argumentos reaccionarios contra el amor. Para considerarlo en una perspectiva revolucionaria, es preciso barrer esos argumentos, es necesario no esperar su advenimiento como una consecuencia de los progresos sociales, sino ver en él la *fuente* y la *referencia* capitales de esos progresos. Es a partir de la vida sexual que se elaboró la evolución social del hombre, y, por mal encaminada que pueda parecer, no podría inventársele otra base: se sabe cuánta importancia, a propósito, conceden los pueblos primitivos a la sexualidad en sus actividades intuitivas y progresivas, como la magia. No es suprimiendo la prostitución y el aborto como se mejorará el estado moral de la humanidad, sino que es el reconocimiento del amor como principal motor ético el que extinguirá la prostitución, el aborto y un cierto número de otras lacras.

Nunca como hoy, tal vez, fue el amor tan ultrajado, reprimido y rebajado. Es que los cristianos de todos los tipos condujeron a sus "adversarios" burgueses o pseudosocialistas a

su punto de vista esencial: aplastar el amor bajo los golpes conjugados de la miseria, la ignorancia, el ascetismo pretensioso, y hasta del terror policial. La lucha es fundamental: el triunfo del amor sería la ruina de la pseudocultura cristiana, la propia aurora de la libertad. Al pie de la letra, cada uno de esos triunfos parciales que son las uniones de dos seres sinceros y apasionados hasta el punto de apostar su existencia sobre su encuentro estremece ya las columnas de la caserna de oraciones.

En efecto, en esta vida, que la Iglesia procura reducir a un "pasaje" del nacimiento a la muerte, nada puede hacer con que el amor no sea *un momento fuera del tiempo*, el único estado de conciencia, tal vez, en el que la existencia individual se libera de sus límites. Muy lejos de ser "el egoísmo de a dos" de los adúlteros mundanos, la pareja verdadera es la primera manifestación, en el firmamento de la historia, de la comunidad libertaria integral. Cada vez que se forma una pareja, la misma constelación puede nacer, y proyectar la luz, más bella por ser recíproca, de las dos partes radicalmente distintas[2] de la humanidad, y en fin, abandona los marcos conceptuales que encierran a todos sus miembros. "La necesidad de conocer y el deseo de rebelarse", que son para Bakunin el propio substrato de toda vida humana, encuentran aquí su pleno empleo, puesto que la unión amorosa exige que el conocimiento recíproco progresivo se modele sobre la estructura aparentemente intuitiva de lo real[3] y constituya en sí misma una insurrección, una protesta irreductible a todo interés calculable, separando definitivamente lo *necesario* de lo *útil*, lo *moral* de lo *económico* [4]. En el centro mismo de las llamas y de las luces que la antorcha de la revuelta libera, en el nodo de las energías que ella invoca y cristaliza, entre "la Musa verde y la Justicia ardiente" de Rimbaud, el AMOR LOCO, punto extremo del conocimiento y de la realización del ser humano –tal como se inscribe tanto en los *graffitti* de los insumisos[5] cuanto en *Aurélia* de Nerval–, constituye desde ya la más importante justificación interna a la que podamos atribuir el devenir revolucionario.

Gérard Legrand
Le Libertaire, 15 de febrero de 1952

Notas

[1] Confrontar el bello libro de Michelet: *La hechicera*. Para el maestro Eckart, el precursor más inequívoco de Hegel, "el Espíritu se volvió Mujer".

[2] Se sostiene, a veces, que los descubrimientos biológicos que atribuyen a la función hormonal la determinación casi gratuita de los sexos, tornan a estos últimos filosóficamente despreciables. Sin embargo, serían necesarios siglos de evolución para que las estructuras mentales desveladas por el psicoanálisis fuesen modificadas. Incluso la aplicación de esos descubrimientos no sería otra cosa sino un testimonio de la plasticidad de las formas naturales, plasticidad de la cual el arte, en oposición a los cuadros de época en época muy estrechos de la ciencia, muestra la convergencia hacia la unidad particular, la reciprocidad metafórica, evocada más arriba.

[3] Se sabe que La Mettrie, materialista pero no racionalista, atribuyó todo conocimiento a los sentidos interpretados por la imaginación, especialmente la imaginación pasional.

[4] Se ve el contenido latente de la oposición artificial entre "amor" y "libertad".

[5] En argot, *fée* [hada, en francés] significa *chica* y antaño significaba *amor*.

Noticias religiosas

Para insultar la dignidad del hombre, atentar contra su vida en lo que ella tiene de más precioso –el libre ejercicio de su pensamiento–, la propaganda religiosa, en compensación por la pérdida de las hogueras y de las prisiones inquisitoriales, dispone ampliamente, hoy, de la radio y del cine, sin hablar de la prensa y de la industria editorial, donde no cesa de consolidar su imperio.

Paralelamente a esos extraordinarios progresos técnicos, algunos piensan, en altas esferas, que es urgente revisar, con fines de modernización, el armamento ideológico y sensible del que continúan sirviéndose las Iglesias.

Inversamente a la obra de C.-D. Grabbe (1801-1836), *Burla, sátira, ironía y significación profunda*, donde se veía al diablo viniéndose a congelar en la tierra porque se hacía limpieza en el infierno, y al fiel que ahora es desalojado de su prado celeste para enviarlo a fortalecer su fe en medio de los peligros del mundo. Entretanto, a gran costo –y esta vez sin humor– la Iglesia pretende hacer la limpieza de sus nichos y substituir a sus grandes hombres de polvo y yeso por algunos hombres de luz, como aquellos a los que en la Edad Media hacía quemar como heréticos, con la finalidad de apropiarse, en seguida, de su herencia espiritual.

Tales hombres, la Iglesia nunca los produjo. ¿Se ha de objetar el ejemplo del "gran poeta crstiano", Paul Claudel? Según su confesión ("Conversaciones con Paul Claudel", Emisora nacional), lejos de extraer su inspiración de la exaltación mística, él procuraba hacer bien su oficio de poeta (¿?), confiaba a su interlocutor, como habría hecho el de comisario de policía, si hubiese ocupado esa función. Por el lado de las artes plásticas, ¿a quién se hará creer que el gordo Fernand Léger, inventor, en pintura, de la bicicleta, se inspire en otra cosa, cuando decora los vitrales de la capilla de Audincourt, sino en la ganancia?

Todo esto –la frialdad del santuario a despecho de la instalación de la calefacción central, la triste necesidad de tener que

aceptar a precio de oro cristos "abstractos"[1], la ausencia total de algunas cabezas bien pensantes– acaba de ser delicadamente expuesto por François Mauriac, en su editorial de *Le Figaro* del 8 de enero de 1952.

"En un templo desactivado que la selva devora, una horda de macacos no podría ir más alla de las volteretas y de algunas obscenidades que no dependen de ninguna revuelta… (pienso en ciertos excesos de la dialéctica sartreana)", exclama, resumiendo mediante esa imagen exótica la situación de la Iglesia de hoy. Se podría temer que se haya dejado llevar por la pasión, de tan sombrío que es el cuadro y doloroso el grito. Entretanto, ¿con qué derecho poner en duda la información del editorialista de *Le Figaro*? El contexto sería suficiente, a propósito, para convencer al más difícil.

Se trata, en efecto, de demostrar una vez más que la religión –a despecho de esas fachadas en ruinas que Mauriac supone– sigue extrayendo lo más importante de sus fuerzas de los golpes que le son infligidos; que la revuelta, lejos de expresar y, en cierta medida, de satisfacer la necesidad de libertad del hombre, constituye necesariamente la fuente de las grandes vocaciones religiosas. En otras palabras: "Prometeo sólo es Prometeo si los dioses existen", fórmula que ofrece la inestimable ventaja de ahogar al pez, identificando al rebelde moderno con el héroe de un mito griego, confundiendo los dioses antiguos, de disertación de estudiante de retórica, y el aparato de exploración de la cristiandad.

Por lo demás, este tema fue superabundantemente ilustrado desde la guerra. Para el anémico Klosowski, el ateísmo de Sade, por ejemplo, se reduce a la afirmación "dialéctica" de la existencia de la divinidad por la negación de esa misma divinidad. Se reconoce el tipo de argumento que, con análogos fines de domesticación, acaba de retomar Camus en *El hombre rebelde*.

¿Hasta qué punto el contraataque clerical constituye, en este nivel, una amenaza ampliada para las posiciones conquistadas por la lucha revolucionaria? Es cierto que la tentativa de anexión, por parte de la elite de las Iglesias, del mensaje espiritual de algunos de sus mayores enemigos aumenta la confusión actual. Del mismo modo, esa tentativa necesariamente implica la desnaturalización del pensamiento de aquellos a quienes se que-

ría subyugar, la falsificación de los valores subversivos sobre los cuales, en última instancia, el peor de los conformismos intentará apoyarse.

Para concluir, con Mauriac, que blasfemar contra la divinidad sigue siendo afirmar que existe, sería preciso perder de vista que, perfectamente insensibles a toda noción de trascendencia divina, lo que queremos derribar es el aparato de regresión social constituido por las Iglesias. Desde el punto de vista filosófico, es *la idea de un dios* y no, evidentemente, un dios, lo que conviene enterrar. Proferida en ciertos momentos y por ciertas voces, la blasfemia sólo puede ser mantenida por la expresión elíptica y pasional de esa voluntad de lucha, no le puede ser opuesta.

Surgen de ello constataciones tan flagrantes que Mauriac se ve llevado a la obligación de introducir una oposición aberrante entre la revuelta y el ateísmo, la revuelta y la revolución. Su argumento no seduce. Es verdad que el público al cual él se dirige no exige, probablemente, nada más que eso. Es menos cierto que Mauriac esté dispuesto a contentarse con predicar para conversos. Su apelación a la "generación de los 50", los esfuerzos a los que se aplica para convencerla de una nostalgia religiosa ("Cómo les falta, ese protagonista celeste…", etc.) son al mismo tiempo muy sintomáticos y muy vanos. Somos muchos, nosotros los que pertenecemos a esas "clases" de los años 50 para las que preparan tan hermosos campos de batalla, somos muchos, en Francia y en otros lugares, los que sabemos cuáles son realmente, hoy, nuestras razones y nuestras chances de vivir. Gritos de alarma como éste que acaba de lanzar el señor Mauriac consiguen, cuando mucho, arrancarnos una sonrisa. Frente a su auditorio, conquistado de antemano por cobardía y no por adhesión profunda, sin duda comprendemos que el novelista católico se sienta muy solo. ¿Qué podemos hacer?

La revuelta se encuentra en otra parte. Es la aguja magnética que, no importa con cuánta niebla, no deja de marcar el Norte de la revolución, alternadamente rojo y negro.

Jean-Louis Bédouin
Le Libertaire, 25 de enero de 1952

Notas

[1] Referencia a los vitrales de Fernand Léger [nota del compilador].

Poeta, es decir, revolucionario

Si se busca el significado original de la poesía, hoy disimulada bajo los mil oropeles de la sociedad, se constata que ella es el verdadero aliento del hombre, la fuente de todo conocimiento y ese conocimiento en su aspecto más inmaculado. En ella se condensa toda la vida espiritual de la humanidad desde que comenzó a tomar conciencia de su naturaleza; en ella palpitan ahora sus más elevadas creaciones y, tierra siempre fecunda, conserva perpetuamente en reserva los cristales incoloros y las cosechas de mañana. Divinidad tutelar de mil caras, aquí denominada amor, la libertad, en otras partes la ciencia. Ella permanece omnipotente, hierve en la narrativa mítica de los esquimales, hace eclosión en la carta de amor, ametralla al pelotón de ejecución que fusila al obrero exhalando un último suspiro de revolución social, y por ende de libertad, chispea en el descubrimiento del científico, palidece hasta en las más estúpidas producciones que la invocan y su recuerdo, elogio al que le agradaría ser fúnebre, traspasa incluso las palabras momificadas del cura, su asesino, a quien el fiel escucha, buscándola, ciego y sordo, en el túmulo del dogma en el que ella no es más que polvo falaz.

Sus innumerables detractores, verdaderos y falsos curas, más hipócritas que los sacerdotes de todas las iglesias, falsos testimonios de todos los tiempos, la acusan de ser un medio de evasión, de fuga frente a la realidad, como si ella no fuese la realidad misma, su esencia y su exaltación. Sin embargo, incapaces de concebir la realidad en su conjunto y sus complejas relaciones, sólo quieren verla bajo su aspecto más inmediato y más sórdido. Sólo perciben el adulterio sin experimentar nunca el amor, el avión de bombardeo sin acordarse de Ícaro, la novela de aventuras sin comprender la aspiración poética permanente, elemental y profunda, que ella tiene la vana ambición de satisfacer. Desprecian el sueño en provecho de su realidad como si el sueño no fuese uno de sus aspectos, y el más emocionante; exaltan la acción en detrimento de la meditación como si la primera sin la segunda no fuese un deporte tan insignificante

como todo deporte. Antaño, ellos oponían el espíritu a la materia, su dios al hombre; hoy, defienden la materia contra el espíritu. De hecho, es la intuición contra lo que se lanzan, en provecho de la razón, sin que recuerden de dónde brota esa razón.

Los enemigos de la poesía tuvieron siempre la obsesión de someterla a sus fines inmediatos, aplastarla bajo su dios o, ahora, encadenarla a la nobleza de la nueva divinidad negra o "roja" –roja oscura de sangre seca– todavía más sangrienta que la antigua. Para ellos, la vida y la cultura se resumen en útil e inútil, dándose por sobreentendido que lo útil asume la forma de un pico manipulado en su beneficio. Para ellos, la poesía es el lujo del rico, aristócrata o banquero, y si ella quisiera tornarse "útil" a la masa debe resignarse al destino de las artes "aplicadas", "decorativas", "domésticas", etcétera.

Instintivamente sienten, con todo, que ella es el punto de apoyo exigido por Arquímedes, y temen que, una vez levantado, el mundo vuelva a caer sobre sus cabezas. De allí resulta la ambición de rebajarla, retirarle toda eficacia, todo valor de exaltación para darle el papel hipócritamente consolador de una hermana de la caridad.

Pero el poeta no debe alimentar en los otros una ilusoria esperanza humana o celeste, ni desarmar los espíritus insuflándoles una confianza sin límite en un padre o en un jefe contra e cual toda crítica se torna sacrílega. Muy por el contrario, a él le cabe pronunciar las palabras siempre sacrílegas y las blasfemias permanentes. El poeta debe, más que ninguna otra cosa, tomar conciencia de su naturaleza y de su lugar en el mundo. Inventor para el cual el descubrimiento no es sino el medio de alcanzar un nuevo descubrimiento, debe combatir sin tregua a los dioses paralizantes encarnizados en mantener al hombre en su servidumbre con respecto a las fuerzas sociales y a la divinidad que se complementan mutuamente. Él será, sin embargo, revolucionario, pero no de aquellos que se oponen al tirano de hoy, nefasto a sus ojos porque perjudica sus intereses, para vanagloriar la excelencia del opresor de mañana del que ya se constituirán en servidores. No, el poeta lucha contra toda opresión: la del hombre por el hombre, inicialmente, y la opresión de su pensamiento por los dogmas religiosos, filosóficos o sociales. Él combate para que el hombre alcance un conoci-

miento siempre perfectible de sí mismo y del universo. De eso no se deriva que desee colocar a la poesía al servicio de una acción política, incluso revolucionaria. No obstante, su cualidad de poeta hace de él un revolucionario que debe combatir en todos los terrenos: el de la poesía por los medios propios de ésta y en el terreno de la acción social, sin confundir nunca los dos campos de acción so pena de establecer la confusión que se trata de disipar y, por lo tanto, a dejar de ser poeta, esto es, revolucionario.

(Fragmento de *La deshonra de los poetas*)
Benjamin Péret

Le Libertaire, 14 de diciembre de 1951

No apto para el servicio

Solamente la acción revolucionaria y la creación poética pueden confrontarse a la esperanza de dar a la idea de felicidad toda su frescura y hacer de ella una realidad para todos los hombres. Significa decir que una y otra se reducen, en última instancia, a un mismo fin de orden moral. Sin embargo, semejante síntesis sólo puede concebirse en el futuro, como objetivo a alcanzar, y supone antes que nada la coexistencia, en tanto que términos rigurosamente distintos en el plano de la manifestación, de la acción revolucionaria y de la creación poética. En efecto, en la fase actual, en la que el tercer término (moral) todavía está en busca de una estructura, no puede existir la más mínima confusión entre los dos modos de transformación del mundo, so pena de reabsorción definitiva del uno por el otro. Siendo el devenir histórico de la humanidad la reducción en un único foco de los conceptos distintos y contradictorios, reconocer resuelto de antemano el problema es negar su carácter dinámico. Al interior del estrecho marco en el que aún hoy pueden expresarse las reivindicaciones sociales y las reivindicaciones mentales (de las que la búsqueda poética es la fase más elevada), los esfuerzos que tienden a concederles una única voz no hacen otra cosa que retardar indefinidamente las posibilidades de trasponer una nueva etapa hacia la libertad.

La investigación poética, no sometida a las contingencias que limitan la acción revolucionaria y la obligan, por razones de eficacia perfectamente justificadas, a proponer solamente objetivos inmediatos, ilumina y amplía incesantemente el campo de lo posible y torna cada vez más imperiosas las exigencias materiales. Fue en ese sentido que Rimbaud pudo decir: "La poesía ya no marcará el ritmo de la acción; estará por delante"[1]. A despecho de las interpretaciones tendenciosas que no dejan de darse alas toda vez que se trata de Rimbaud, dicha proposición no comporta el más mínimo equívoco. "El poeta", tal como lo proclama en ese mismo texto el adolescente genial, "debe hacerse *vidente*"; depositario del mensaje que su mirada sin par ha sabido develar en ese enigma que el mundo vivo

representa, le cuadra entregarlo a los otros hombres para que saquen provecho de él "cambiando la vida". La poesía por delante de la acción no es establecer una jerarquía en las necesidades; es permitir que una y otra se desenvuelvan lo mejor posible y para el bien de todos.

En esto nos encontramos en el extremo opuesto a las directivas dirigidas a sus adeptos intelectuales por los burócratas de Moscú. Nadie ignora que el "poeta" stalinista debe rechazar los materiales "conformistas" que son el sueño y la imaginación para ejercer sus talentos a partir de hechos controlados, tales como la detención de Henri Martin o el septuagésimo aniversario del jefe ruso. Sin hablar de que los actos de los señores Stalin y Martin son para la revolución lo que los latigazos son a la libertad, podemos preguntarnos si es conveniente bajar así el nivel de la poesía al de la prensa o incluso al del folletín[2].

Una iniciativa tan poco dialéctica como mezclar las cartas de antemano no tiene otros motivos que disimular por el mayor tiempo posible un fin inconfesable; y es debido justamente a que el objetivo moral que procura legitimar los odiosos medios conocidos, sólo tiene de revolucionario el nombre, que conviene provocar la mayor confusión en los espíritus y aniquilar todo aquello que puede pasar por *insumiso* en la expresión poética[3].

Es a ello que se aplican los padres confesores stalinistas[4]. Exaltar hasta perder el aliento a los mártires del Partido y las represas del Dnieper es, sin hablar de las preocupaciones contrarrevolucionarias que ello implica, someter el propio pensamiento, los propios deseos a una configuración circunstancial que consigue reducirlos tarde o temprano a la nada. El realismo socialista, denominado así por esos elementos rastreros, es la rendición integral del poeta a un sistema.

Es lo que la ausencia de toda expresión poética válida revela en las producciones de los regímenes dictatoriales. Una relación de identidad en la indigencia se impone fácilmente cuando se comparan las "obras maestras" hitlerianas y stalinistas.

La poesía auténtica no puede existir allí donde la libertad sólo subsiste en estado de recordación. Ella tiene los mismos enemigos que la justicia y la verdad. Burlándose de las trampas que desearían precipitarla en las alcantarillas de los partidos

políticos, ella, de esencia puramente libertaria, es ese faro que descubre a las conciencias revolucionarias todo lo maravilloso que falta conquistar.

Jean Schuster
Le Libertaire, 29 de febrero de 1952

Notas

1 Carta a Paul Demeny del 15 de mayo de 1871, llamada "del vidente", p. 121 de mi edición Monte Ávila [nota del traductor].

2 El señor Claude Roy presenta en *Libération* del 20 de febrero de 1952 esta frase de Aragon: "Es preciso leer la obra del poeta (Éluard, en el caso presente) como se lee el diario". Y más adelante, el mismo Claude Roy, parafraseando a su maestro, escribe: "La poesía de Neruda exige ser leída como se lee un folletín, como se lee la historia".

3 Véase Benjamin Péret, *La deshonra de los poetas*.

4 Para apoyar esa maniobra, hacen hablar a los muertos. Así, utilizan un fragmento de las *Poesías* de Lautréamont: "La poesía debe tener como objetivo la verdad práctica". Conocemos la construcción muy particular de la obra en cuestión. El conjunto está constituido por máximas o aforismos recogidos de diversos moralistas, poetas, filósofos, y pura y simplemente *invertidos*. Si bien en ese campo no existe ninguna certeza admitida, en lo que concierne a la frase citada podría pensarse que Lautréamont transcribió a su modo el siguiente aforismo de Novalis: "Entre los antiguos, la religión ya era, en cierta medida, aquello en lo que deberá convertirse entre nosotros: una poesía práctica" (dado el significado de verdad general que los románticos alemanes, y particularmente Novalis, atribuían a la religión).

Arte sumiso - Arte comprometido

El arte moderno posee de ahora en adelante el derecho al reconocimiento. Constituye un valor seguro, figura en las antologías, es el capítulo más reciente de la "historia del Arte". El burgués estúpido, aquel que perforaba con su paraguas el *Olimpia* de Manet, aquel que refunfuñaba frente a los primeros cubistas, ha desaparecido, y estaríamos casi tentados a lamentarlos, a tal punto ese personaje odioso podía propiciar la convergencia de las revueltas sociales y estéticas. Hoy el amante del arte es, como debe ser, esclarecido, y desde hace mucho tiempo puede sustituir en sus paredes a Detaille por Picasso, a Bouguereau por Matisse. ¡Así camina el mundo! Pero los distraccionistas cambiaron de comportamiento. Si éste, confesémoslo, presenta mayor interés, se debe, en todo caso, a la continuación misma de la farsa: la de un arte que podríamos perdonar por ser un objeto de lujo, si muy frecuentemente no se hiciese cómplice de una moral y de una religión que justifican la esclavización de los hombres.

Es preciso decir que, si los artistas consiguieran influir en el gusto de su clientela, se aplicarían, en compensación, a darle todas las garantías, y los salones de literatura no dejarían de evocar aquéllos, de discreción muy diferente, de los burdeles. Esos señores está en la academia y se pavonean por los salones. Situación muy humillante, sin duda, en la que eclosiona toda la ilusión de una pretendida independencia social, pero de la que sería muy cruel tomar a las víctimas por responsables, si ellas mismas no le adicionaran el servilismo. Podríamos creer, en razón de su carácter intransigente, que ciertas experiencias del dominio plástico no permitirían reencontrar las utilizaciones habituales del Arte… Del gran arte con una gran A, el Arte que cuenta la vida de los santos y exalta las victorias militares. Hoy es un hecho consumado.

De lo sagrado a lo social, de la capilla decorada por Matisse en Saint-Paul de Vence (para mayor provecho del turismo local) a los *Constructores* de Léger, donde el trabajador de la construcción civil substituye, aunque evocándolos, al manojo

de llaves y la cuerda floja, el arte moderno no cesa de realizar ofrendas de servicio. No dudemos que sea capaz de decorar algún gran predio a su escala: iglesia, cuartel o prisión.

Ningún dominio, desde la religión al mobiliario, le ese extraño. Braque pinta una puerta de tabernáculo, Chagall un ángel, como otro un mosaico o un vitral. Dalí permanece fiel a las carnes estragadas y pasa sin ninguna dificultad del *Gran Masturbador* al *Cristo crucificado*. Mientras espera también él decorar una capilla, Miró concibe las tapicerías destinadas a los asientos de ciertas poltronas lujosas. Así, la "estrella" o el "pájaro cantor" han de encontrarse bajo el trasero de algún privilegiado por la fortuna, y semejante destino de la obra de arte es, por sí mismo, bastante elocuente como para presentarse como una señal de los tiempos.

Frente a los artistas que no pueden ocultar su sometimiento a las potencias del dinero, se afirman aquellos que caminan hacia el pueblo y tienen la intención de exaltar las luchas. Entre ellos no ha dejado de tomar forma, so pretexto de una mayor difusión del arte –y por lo tanto de la eficacia revolucionaria–, un retorno al realismo y a las técnicas tradicionales. Esa tendencia retrógrada, en la medida en que no toma en cuenta el estado actual de las teorías y de las técnicas del arte (resultado de una revolución irrecusable), es, por cierto, bastante sorprendente en hombres habituados a atribuir al mismo factor de evolución técnica, en el campo económico, una importancia determinante. Es preciso ver en ello una consecuencia del estrecho sometimiento a las exigencias de una estrategia política, y ésta tendería en demasía, a través de ejemplos engañosos, a reducir la expresión plástica a los dudosos medios de una propaganda banal. Distribuyendo, según las necesidades de la táctica, los motivos de admiración o indignación, ella no esconde su voluntad de jugar con la afectividad de las masas revolucionarias[1]. Sabemos a qué aberraciones puede ello conducir.

Con toda humildad, debemos confesarnos completamente incapaces de dar una idea de las concepciones teóricas del "realismo socialista". Sería temerario, si nos remitiésemos a algunas declaraciones de Aragon, vernos limitados a una simple apreciación oportunista, bastante sutil, por lo demás, como para

pretender reunir obras tan divergentes como las novelas de Balzac, los poemas de Rimbaud, los cuadros de Picasso.

De cualquier modo, se puede juzgar el realismo socialista por sus obras, y es justamente allí donde la broma deja de ser graciosa.

¿A quién se hará creer que, salido de su pozo, el minero sienta aún necesidad de contemplar las escenas de un trabajo que conoce exhaustivamente? ¿Placer de reconocerse, discutir el detalle que "parece verdadero"? Semejante espíritu de adulación es en sí mismo bastante enojoso, y también se habrá de convenir que es limitar singularmente el alcance de una obra de arte.

Para gustar de un cuadro como *La Trieuse* de Fougeron, a propósito de la cual la crítica puede evocar –lo cual es bastante revelador– a una virgen flamenca, seguramente conviene apelar a consideraciones que remedan las exigencias del arte. Se trata, por lo tanto, de un rostro femenino cuyo valor emotivo debería poder liberarse sin que ello implique sentimientos que supongan antes que nada una toma de posición social. Se podría, a nuestro parecer, sin que ello se parezca mucho a una apuesta, evocar de una forma más sugestiva el valor revolucionario de alguna suntuosa *Venus* de Tiziano. ¿No se apreciaría mejor, frente a ella, la degradación de la mujer en una sociedad que la obliga, a veces, a trabajos que la rebajan?

Olvidemos las obligaciones melodramáticas de una propaganda que llega a verse reducida a las telas del saltimbanqui, donde el comentario de los cuadros es acompañado necesariamente por un organillo. El más grave se refiere, con toda certeza, a algunos retratos oficiales en los que el "jefe bienamado", disfrazado de mariscal y sensiblemente rejuvenecido por las necesidades de la causa, sonríe de modo incansable, bigote en exhibición. Por el lado de Saint-Sulpice no se podría hacer mejor.

Semejante arte, que impone ser asimilado a las más infames producciones religiosas, ya no permite invocar ni el realismo ni el socialismo.

Adrien Dax
Le Libertaire, 23 de noviembre de 1951

Notas

[1] Los surrealistas siempre estimaron que la revuelta más intransigente, aquella que no cesa de oponer los deseos del hombre a sus pretendidos deberes sociales, sigue siendo, por poco susceptible de domesticación que pueda parecer, el único motor afectivo de las revoluciones.

Fougeron o la pintura alineada

Qu'est ce que ça m'fait qu'les Esquimaux aient ravagé l'Afrique?[1]
(Canción del aduanero Rousseau)

Somos completamente libres, a pesar de todo, de preferir que una flor se parezca a una flor, el estiércol al estiércol, y no hay nada que decir con respecto al hecho de que las recientes telas de Fougeron estén llenas de campos, campesinos y herramientas. Sí, pero esa pintura se dice política y social, esa pintura gotea "ideas", esa pintura piensa. Ella se piensa instrumento de acción al mismo tiempo que objeto de arte: deleite de la mirada proletaria y concreción de su conciencia de clase.

No estoy absolutamente persuadido de que si el arte se desprecia, o se niega, fundamentándose en la tierra, se acredite un valor social. Entretanto, realidad segunda y más completa, inspirada por la otra, el arte es una realidad que no tiene ninguna necesidad de pretexto, de disculpa, que, estéticamente, se basta a sí misma. El "realismo socialista" está todo en su pretexto, en su disculpa: esa pintura posee más conciencia. En ella el artista proclama: "No quiero pasar por artista, antes que todo soy hombre, y comunista, no quiero parecer encerrarme en la torre de marfil de los deleites estéticos egoístas, quiero 'servir'…". Y para servir (¿al pueblo?), para hablar (¿al pueblo?), un único lenguaje: el realismo, la fidelidad a las apariencias exteriores. ¿El resultado, aquí? La koljosiana, la lechera, el peón, el herrero, herramientas de trabajo… Olvidemos por un instante la impresionante fealdad de todos esos retratos, pongamos que es culpa de Fougeron. Aun así, pensemos un poco en eso, aparte del placer de que se trata de un cuadro, ¿ustedes ven al ebanista decorando su casa con una naturaleza muerta de cepillos de carpintero y punzones? Es un pleonasmo: la casa ya los tiene, "de verdad". ¿O a la lechera manipulando sus vasijas? ¡Ella lo hace todos los días! Así, terminado su trabajo, ¿le sería todavía necesario verse en el trabajo, allí, en la pared?

¿Ustedes conocen a muchos trabajadores que ornamentarían su cuarto o su cocina con una foto que los representara en pleno trabajo? ¡Antes el calendario del correo! Una imagen de infancia, de casamiento, de vacaciones…, las alegrías que garantizan todavía la vida, las situaciones en las que todavía se es *sí mismo*, libre de las opresiones que lo rebajan. ¿Entonces, esas telas? Terminarán en algún lujoso comedor burgués adonde, a su manera, pondrán una nota insólita, una nota de sorpresa, de exotismo. "Pero sí, querida mía, en lugar de ese señor Cézanne, con sus manzanas, compramos un *Minero* de Fougeron. ¿No es pintoresco?" O bien esa pintura se volverá un medio político de adulación de la masa inicialmente, y luego de exaltación del trabajo, de la productividad, etc. (cualquiera que sea el régimen, ella "servirá"). Observe qué buen tema es usted para un cuadro, se dice al trabajador, observe su imagen; pues bien, se trata de permanecerle fiel: *¡Trabaje!*

¡El bello arte "progresista", que alentando en la masa laboriosa la satisfacción de su situación actual, la mantiene en ella! El obrero, el campesino sufren. Perpetuar (por el arte) la razón esencial de su sufrimiento, el trabajo tal como lo hacen sus condiciones actuales en el mundo entero, es un acto de traición para con la clase obrera. Es colocar el trabajo más alto que la liberación del hombre: regresión social, regresión artística.

El arte, realidad humana, es la expresión de la necesidad, del deseo de superar, por la creación, la sujeción del hombre en la naturaleza y en el tiempo. Crear una obra de arte es vencer las fuerzas de la inercia. ¿Para que soñar con una sociedad más perfecta si nos dan a admirar serviles reproducciones de la nuestra? Al hombre total, cuyo advenimiento deseamos con todas nuestras fuerzas, sólo se le pueden proponer válidamente obras que exalten su totalidad, que no lo condenen a su reflejo superficial, ni tampoco lo mutilen en acciones desprovistas de vida. Los Fougeron de la galería Creuze (¡oh, cuántos!) son apenas un testimonio más de la voluntad de sofocar las aspiraciones más elevadas y reveladoras del hombre.

José Pierre
Le Libertaire, 8 de enero de 1953

Notas

[1] ¿Qué me importa que los esquimales / hayan devastado el África? [nota del traductor].

Gran consumo de opio

Las trompetas de Jericó suenan nuevamente. Su sonido nos llega de la muy democrática y socialista Checoslovaquia, bajo la forma de un librito de 72 páginas, que lleva el siguiente título: EL SACERDOTE CATÓLICO EN LA LUCHA POR LA PAZ (Ediciones de la Caridad Católica Checa, Praga, 1951). En la cubierta (azul, color de la pureza), vemos una paloma blanca, a la que se superpone una gran cruz resplandeciente de salud y diabólicamente amenazadora. En cuanto a la lectura de los textos (discursos y resoluciones pronunciados en el Congreso de la Paz del Clero Católico Checoslovaco en Praga, septiembre de 1951), ella nos reserva algunas bellas perlas dignas del Abate Prout.

Así, en ese país "socialista", curas venidos de todos los países, "socialistas" o no, se reunieron para proclamar su fidelidad a la paz, y a la "formación de un nuevo mundo, de un nuevo hombre cristiano" (p. 57). Como las *pin-up* de un bien formado ballet, levantaron rítmicamente sus sotanas, cantaron pequeñas arias alegres e infestaron la atmósfera con frases e incienso, creyendo sofocar así el hedor de su inmundicia.

Dejémosles hablar, sus discursos son ricos en enseñanzas, sobre todo para quienes pudieran creer, aunque sólo fuese por un momento, que socialismo y religión eran enemigos: "El congreso desea definir asimismo los deberes del sacerdote católico en la edificación socialista de nuestra patria. Agradecemos, Señor Presidente[1], al pueblo trabajador de nuestra patria que, bajo vuestra dirección, garantiza por la vía legal la seguridad de nuestra Iglesia y nos garantiza la completa libertad de culto" (p. 11). "Ninguna época fue tan favorable a la cooperación armónica entre la Iglesia y el Estado, como lo es justamente nuestra época" (p. 32). "La libertad religiosa nunca fue tan amplia en nuestro país como actualmente, bajo el régimen democrático popular. Entre nosotros ya no se habla, hoy, como bajo la primera República, de divorcio entre la Iglesia y el Estado; al contrario, se habla claramente de la más estrecha cooperación y de la coexistencia amigable entre la Iglesia y el Estado" (p. 34). "Solamente a través de un nuevo orden socialista

mundial se hará posible y se desarrollará al máximo el gran ideal del verdadero cristianismo" (p. 35). "Nunca traicionaremos los grandes pensamientos socialistas y el ideal cristiano práctico de nuestra revolución nacional… nuestras oraciones y nuestra actividad se consagrarán al desarrollo bendito de nuestra querida patria" (p. 37).

Para quien todavía no ose comprender, repito: se trata exactamente de palabras pronunciadas por curas durante un Congreso organizado por lo que se sigue llamando, indiscriminadamente, un "Partido Comunista". Esos seres (no digo hombres, porque los hombres no usan faldas, aman a la mujer, no aceptan amo, real o hipotético, no lamen los dedos de los pies de las estatuas, no se arrodillan, no leen durante toda su vida el mismo libro, no se hacen pagar para rogar la sumisión a los más fuertes, beben vino sin tener ideas sanguinarias y no hieden), esos seres, por lo tanto, comprendieron que si el mundo parece estar separado en dos bloques, esos dos bloques sólo presentan diferencias formales. Apoyan tanto a uno como al otro, porque esos dos bloques son igualmente capitalistas. Spellman de un lado, Boulier del otro, repiten las sempiternas palabras que datan del tiempo en que los primeros cristianos perpetuaban sus orgías en las catacumbas, del tiempo de las cruzadas sanguinarias y del tiempo de la muy santa Inquisición. A pesar de algunas peleas (pro forma), unos y otros obedecen al puerco pederasta coronado con el nombre de "papa", y tarde o temprano se han de juntar, como también se juntarán los dos bloques capitalistas para atacar a los revolucionarios, a los hombres libres.

Otra vez del librito: "Somos los sacerdotes de Cristo, somos y permaneceremos siempre fieles a Dios y al Santo Padre, como nos enseña la doctrina católica. Permaneceremos fieles a una única y santa iglesia apostólica católica del Cristo, así como a nuestra nación, al Estado y a su régimen democrático popular" (p. 40).

Los padres atlánticos anuncian el bla bla bla cretinizador cristiano participando de la lucha por la paz del gran Truman, jefe del mundo libre y de los canas de todas las especies, mientras los curas participan del frente de los "edificadores del nuevo mundo socialista y cristiano bajo la conducción del jefe general de todos los hombres de buena voluntad, J. V. Stalin" (p. 38).

Aquí y allá, todo se hace "bajo la palabra de orden del obispo-patriota J. V. Jirsik: DIOS, LA IGLESIA, LA PATRIA" (p. 32).

En cuanto a nosotros, sabemos que tan pronto la mano de un cura toca alguna cosa, esa cosa se pudre y libera un hedor insoportable. La única solución, para que lo podrido no asuma proporciones peligrosas, es la destrucción de la cosa (junto con los curas, es obvio).

Alguien, un amigo, un camarada, dijo: "La religión es el opio de los pueblos". Sobre todo el globo, el tráfico de opio asume proporciones temibles. De Roma a Moscú, y de Nueva York a Praga, los traficantes, en sotana o uniforme militar, se sirven de la misma droga para envenenar del mismo modo al pueblo y para alcanzar el mismo objetivo, que es la esclavización del hombre.

No, gracias. Preferimos el vino tinto, y no el vino de misa.

Adonis Kyrou
Le Libertaire, 5 de junio de 1952

NOTAS

[1] No soy yo, evidentemente, quien coloca las mayúsculas.

Una misma voluntad de terminar

En tanto que la bacanal de los vejestorios guerreros, a cuya discreción son entregados los destinos de los pueblos, está en su punto culminante (actualmente, en el extremo Oriente), todavía falta que aquellos que quieren acabar con el reino de la miseria y de la ignorancia organizadas lleguen a unirse.

Tal es la situación en que se encuentran, los unos en relación con los otros, aquellos que preparan la revolución en el dominio de los hechos y aquellos que la preparan en el de las ideas. Es claro que esta situación, responsable en gran medida por la confusión que afecta hoy a toda expresión y a toda actividad, no puede sino reforzar los diversos regímenes de prisión, declarados o enmascarados, que nos imponen la represión tentacular surgida de la masacre mundial número dos.

Nos encontramos ante una acción de desmembramiento de las fuerzas revolucionarias, que no data de hoy. En el plano de los grupos y de los individuos, esa acción intenta separar mediante una frontera infranqueable al militante obrero y al artista revolucionario. En el plano de las ideas, procura crear una oposición formal entre el pensamiento y la práctica, entre la razón organizadora y el sentimiento de revuelta. En el plano de la acción, finalmente, se esfuerza en hacer admitir la necesidad de un desacuerdo escandaloso entre el fin y los medios, llegando, los medios puestos en práctica, incluso hasta la negación extrema del fin perseguido.

Capitalismo y stalinismo trabajan para ese desmembramiento. Por métodos diferentes, los dos regímenes se encaminan hacia objetivos análogos: sofocar (en la URSS), o al menos contener dentro de estrechos límites (en Europa occidental y los Estados Unidos) el arte y el pensamiento revolucionario, y simultáneamente prohibir a la conciencia obrera la contribución de todo nuevo pensamiento, capaz de arrastrar a un número cada vez mayor de hombres a la revolución, liberándolos de la opresión de los dogmas religiosos y laicos. En efecto, en tanto que en Rusia y en los Estados satélites el arte y el pensamiento son, al igual que todo acto de revuelta, postulantes al campo de con-

centración y la muerte, en Europa occidental y en los Estados Unidos son los trusts editoriales, del cine y de la radio los que, ayudados por los perros policías de la prensa y de la crítica, se encargan de sofocar, poco a poco, todo pensamiento libre.

Denunciemos una vez más la odiosa censura de hecho, si no "legal", que asume el primer gran papel en la comedia de las libertades democráticas. Pero no perdamos de vista que son los fundamentos de la sociedad los que deben ser abatidos y substituidos. Es indispensable atacar las instituciones y las formas de explotación tal como ellas se manifiestan en el momento. Asimismo, es preciso destruir la red de ideas prefabricadas que se inculca en el hombre desde su juventud, no solamente en los establecimientos burgueses de enseñanza sino también en la escuela primaria, no solamente en la escuela sino también en el taller de adiestramiento, en la familia, en el cine, etcétera.

Digeridas por generaciones de guardias penitenciarios, esas ideas, teniendo para todo una respuesta, aparentemente, deben prevenir toda agitación intelectual que amenace poner en peligro los fundamentos "morales" de la sociedad criminal. Verdaderas máquinas de guerra de la represión permanente, esas ideas no son simples, a pesar de su expresión grosera y fácil. Al considerar apenas unas pocas y el papel que ellas asumen en el engranaje social –ideas del bien y del mal, de justicia, de libertad, por ejemplo– es fácil ver que su valor oficial es, en realidad, el trabajo de un largo trabajo de falsificación. Del mismo modo, contra el régimen de envilecimiento y de cretinización al cual esas ideas falsificadas sirven de armadura, es necesario llamar incesantemente a la conciencia a la INSURRECCIÓN.

Es en este terreno donde el surrealismo pretende conducir la lucha. En efecto, no se puede imaginar, tanto desde el punto de vista ideológico como desde el punto de vista social, que se ha de vencer una opresión secular con la ayuda de algunas fórmulas consideradas como probadas, con la ayuda de algunos movimientos tácticos que no se renovaran. Volvamos, para concluir, a la actualidad.

Que por razones de publicidad o por lubricidad profesional, el magnate de la santurronería se ofrezca una pequeña sesión de "danza del sol" (*France-Dimanche*), no significa que haya que azotar a un papa, ya muy bien lo dice nuestro cama-

rada Cavan. Pero no por ello el eco que la gran prensa y los noticieros cinematográficos hacen de las ridiculeces papales –eco cuya amplitud bastaría por sí sola para probar el carácter partidario– es un síntoma, en 1951: 1, del interés demostrado por millones de lectores y espectadores por esas "informaciones" o al menos de su benévola neutralidad; 2, y por consecuencia de un renacimiento de la religión del cual existen innumerables otras señales. Sostenemos que no será con axiomas fundados sobre el dilema de la razón y de la fe –dilema que los católicos, por su propia cuenta, sobrepasaron hace mucho tiempo– como podremos quebrar el nuevo asalto de la tiranía religiosa, sino únicamente oponiéndole, en toda su luz, la conciencia revolucionaria.

Defendamos esa conciencia contra todo lo que tiende, hipócritamente, a limitar el horizonte más inmediato. Que el hombre, en la época de Hiroshima, de Nagasaki, todavía esté dispuesto a creer en los "milagros" o, al menos, que alimente una especie de nostalgia por el tiempo en que se creía en ellos; que en plena guerra de Corea todavía pueda entregarse a la interpretación de los efectos de las nubes, es señal de que el hombre experimenta necesidad de algo que sobrepase la "realidad" cada vez más mediocre, cada vez más pálida, y que lo autorice a vivir. El hecho de que la Iglesia de Roma y la del Kremlin hayan podido drenar hacia sus basílicas, hacia sus campos de trabajo, hacia sus altares y cajas pletóricas de óbolos amplias corrientes de energía humana, desviada de su sentido, se debe a que comprendieron muy bien esa necesidad de compensación inherente a la naturaleza de los hombres.

Anarquistas o surrealistas, sabemos que solamente la revolución puede sobrepasar las miserables condiciones de existencia que se nos han impuesto y transformar, para todos, esa existencia. No necesitamos del pastoreo celestial para el momento de las vacas flacas, ni de la era dorada que nos prometen allá en las minas de oro, ¡en Siberia!

Pero no nos contentaremos, frente a los fenómenos de la psicología colectiva, con repetir "sin demasiada esperanza", como nos confesaba aquí mismo un excelente psicólogo: "cuidado con las ideas delirantes". La aspiración humana fundamental que se encuentra en su fuente no es delirante. Son los

curas y los líderes políticos los que, al pervertirla, le hacen producir siniestros delirios colectivos.

Contra ese fraude, contra ese crimen podemos y debemos luchar, a condición de que no actuemos sin un plan, a condición de poner en marcha todas las fuerzas del pensamiento y todas las fuentes de la acción auténticamente revolucionaria.

Jean-Louis Bédouin
Le Libertaire, 2 de noviembre de 1951

El sentido de un encuentro

Desde hace casi diez meses los surrealistas colaboran en *Le Libertaire*. Durante ese período, no hemos hecho otra cosa que fortalecer los lazos que unen a dos movimientos revolucionarios que necesariamente actúan en dos planos diferentes, el primero en el de la acción directa preparando la revolución social, el segundo en el del espíritu y la sensibilidad en vista de una transformación de las estructuras mentales. El objetivo final que anarquistas y surrealistas se dan a sí mismos es uno y el mismo: restitución integral de los poderes de los cuales el hombre ha sido despojado, tanto por las potencias espirituales como por las potencias económicas y políticas.

Intentamos explicar, en estas columnas, que si la desigualdad social era el fenómeno más inmediatamente comprensible del orden en el que vivimos, su escandalosa perennidad deriva en un conjunto mucho más amplio y complejo que aquel que se define únicamente por las leyes económicas. Es así porque todo está relacionado: al capitalismo del dinero corresponde el capitalismo del pensamiento, y sería inútil querer destruir uno conservando al otro intacto.

Es en ese sentido que varios de entre nosotros combatieron algunos mecanismos mentales que el hecho de constituir la armadura del pensamiento reaccionario no impide hacer pasar por liberadores bajo ciertas miradas revolucionarias. Del racionalismo, ése del que muchos camaradas son tributarios todavía, pretende hacerse una máquina contra el oscurantismo religioso, cuando nada ha contribuido mejor a reforzar la doctrina cristiana. Conocemos muy bien las penas que la Iglesia infligió a aquellos que intentaron escapar a todo poder de la razón, y cómo ésta hace una excelente pareja con la fe en la teoría escolástica.

Le cabía al surrealismo demostrar que otra consecuencia del racionalismo ha sido prohibir al hombre todas las posibilidades de acceso a un mundo mejor a través del sueño, a través de lo fantástico, de la poesía, del amor. Nunca tuvimos la intención de negar la evidencia racional. Tan sólo declaramos que

durante mucho tiempo se puso el énfasis en esa evidencia al punto de expulsar de la representación mental y de la memoria de los hombres otra evidencia que, no obstante, se manifiesta a su percepción, pero ya no sobrepasa este estadio, el irracional. El surrealismo, en su definición específica, no conoce otra causa para sí mismo que no sea una continua revelación de los fenómenos irracionales hasta que se vuelvan, del mismo modo que los fenómenos racionales, de *uso habitual* y que, en última instancia, desaparezcan toda clasificación y toda jerarquía al interior del espíritu. Ese deseo de acabar con la explotación del espíritu se funde con la voluntad generalizada de acabar con la explotación del hombre.

Nuestra revuelta, por ser total (ya sea que eso agrade o no), hace que nos encontremos con los elementos exteriores especializados que nos parecen los más peligrosos para el orden que queremos abatir, y los más próximos a nosotros en la moral para aquel que queremos construir.

Es así que, en un plano donde al surrealismo no le cabe luchar por sus propios medios, hacemos nuestras las aspiraciones de la Federación Anarquista en el sentido de una sociedad comunista libertaria. No obstante, no pretendemos imponer a nuestros camaradas anarquistas que compartan nuestras ideas, sino provocar en ellos una toma de conciencia respecto de un cierto número de problemas que pertenecen de manera más particular a los dominios intelectual, sensible y moral y que exigen una resolución tan radical como el problema social.

Jean Schuster
Le Libertaire, 7 de agosto de 1952

El verdadero sentido de un encuentro

Por un grupo de militantes

Todos nosotros leemos en el número 324 de *Le Libertaire* el artículo de nuestro amigo Jean Schuster, *El sentido de un encuentro*. Sin tener la intención de iniciar aquí una polémica sobre ese asunto, intentaremos simplemente expresar la opinión de un grupo de militantes, opinión que no compromete de ninguna manera a la Federación Anarquista.

Se trata del encuentro entre Anarquistas y Surrealistas.

No creemos que sería falso o pretencioso afirmar que ese encuentro ha venido durando, a pesar de todos los aspectos que ambos movimientos asumieron, desde el nacimiento mismo de las dos ideas. El de los hombres data de diez meses. Precisión: el encuentro de los *responsables*, el de los *militantes*, todavía no ocurrió.

En efecto, cuántas veces los militantes nos hicieron la siguiente pregunta: "¿Qué es el surrealismo?", siempre intentamos responder, mal quizá, pensando que en todo caso era a los surrealistas a quienes les cabía hacerlo, y hacerlo de un modo *simple y accesible* a todos. Pensamos, con Reclus, que la vulgarización no es necesariamente vulgaridad. No se podría describir todo el daño que el hermetismo hace en el arte contemporáneo, haciendo que con frecuencia se pierda el sentido de lo verdadero, de lo auténtico, convirtiéndose en un arte "intelectual" y formal, una búsqueda de la originalidad por la originalidad. Entretanto, nos parece posible superar esa enfermedad del arte contemporáneo, si los artistas tomaran conciencia de las necesidades revolucionarias, si consiguieran escapar a la tendencia al subjetivismo extremo y expresar los sentimientos y las ideas revolucionarias de las masas populares. Jean Schuster tiene razón cuando dice: "El objetivo final que anarquistas y surrealistas se dan a sí mismos es uno y el mismo: restitución integral de los poderes de los cuales el hombre ha sido despojado, tanto por las potencias espirituales como por las potencias económicas y políticas". Sin embargo, esa frase es tan vaga que muchos "re-

volucionarios" podrían reivindicarla... Por otro lado, los surrealistas nos dicen que su revuelta es total. Pero ellos parecen olvidar que el anarquismo, sobrepasando el estadio de la revuelta, lucha por una *Revolución total* y que no se puede considerar a los anarquistas como los "elementos especializados" operando únicamente en el plano político-económico. El anarquismo es un *todo*, pero no es intención de los anarquistas imponer una revolución uniforme en el dominio intelectual, sensible y moral. Los anarquistas, si tienen un objetivo preciso en el plano político y económico, no tienen en otros planos la pretensión de dirigir los espíritus hacia una expresión artística en lugar de dirigirlos hacia otra. Que se nos comprenda bien: nunca dudamos de la sinceridad de nuestros camaradas surrealistas y nunca tuvimos la más mínima sospecha de una "infiltración" de ninguna clase. Entretanto, estamos obligados a constatar que se crea una impresión –que a propósito no se debe a la actitud de los surrealistas– de que el surrealismo es, de alguna manera, el Arte Oficial anarquista, lo cual es un absurdo en sí mismo. Estamos, no obstante, persuadidos de que el encuentro con los surrealistas puede descubrir nuevos horizontes para los militantes anarquistas en el plano intelectual y artístico. Por otro lado, en lo que concierne a los surrealistas, no queremos analizar aquí la espinosa cuestión del compromiso del artista pero, si estamos dispuestos a creer que el artista se compromete en principio en relación con el Arte, pensamos empero que, en tanto que hombre, se compromete en momentos determinados y por causas determinadas con otros hombres, que el artista que se apasiona por una revolución, tomando parte en ella incluso, de ninguna manera se diferencia en esto de su vecino, obrero, campesino, artesano, ingeniero o profesor. Creemos que para que un encuentro traiga algo concreto a la Revolución, para sobrepasar incluso el estadio del encuentro, es necesario aceptar, no sólo intelectualmente las "aspiraciones" generales de la ideología anarquista, sino también los métodos de acción coordinada del movimiento revolucionario que es la Federación Anarquista, como lo hacen cada día innumerables simpatizantes. Es inútil confirmar la simpatía de los militantes anarquistas por nuestros camaradas surrealistas, y todo lo que acabamos de decir ha sido dicho con la única fina-

lidad de presentar nuestro punto de vista para tornar más estrecha y fructífera nuestra colaboración. No tenemos la pretensión de haber elaborado un análisis perfecto de la cuestión. Como decía Antonin Artaud: "No soy André Breton y no fui a Baltimore, pero lo que vi en las márgenes del Hudson…".

Un Grupo de Militantes
Le Libertaire, 11 de septiembre de 1952

¿El rebelde de Camus es de los nuestros?

No podemos dejar de admirar a aquellos que han podido leer de una sola vez o en poco tiempo el nuevo libro de Albert Camus. Es, sin duda, que ya tenían sobre el asunto una opinión bien formada y que podían ver desde arriba –y de lejos– un estudio del que se negaban de antemano a aprender nada. Nosotros nos sentimos más modestos.

Albert Camus no puede dejar de conceder a la opinión de *Le Libertaire* una importancia excepcional sobre un asunto como *El hombre rebelde*. Que sepa que la presente crítica es el fruto de confrontaciones entre muchos de nuestros militantes. Si nos encuentra muy severos, es porque vivimos en un período en el que muchas vidas están en juego como para que podamos ser académicos. Se trata, en definitiva, del Hombre y de su destino, no podemos aceptar callarnos si lo invitan, con toda la buena fe del mundo, a tomar un camino que nuestro análisis anarquista juzga funesto o si salimos mal del equívoco.

Camus constata, inicialmente, que el absurdo no puede proporcionar una regla de acción, pero escribe: "Proclamo que no creo en nada y que todo es absurdo, pero no puedo dudar de mi clamor y me es preciso al menos creer en mi protesta", y así se ve llevado a examinar la revuelta, pero particularmente bajo el ángulo del "orgullo europeo". Sin embargo, es sobre dos siglos de revuelta metafísica o histórica que Camus se inclina. Para él, la revuelta es parte "del hombre informado que posee conciencia de sus derechos" y el hombre encerrado en las sociedades sagradas no puede conocer la revuelta. Así, el problema de la revuelta sólo tendría sentido "en el interior de nuestra sociedad occidental". Esto no nos parece tan evidente. Haremos también a Camus una crítica –y todo se sostiene– de no concebir la revuelta en el momento en que ella se expresa, en el momento en que un límite en el sufrimiento o en la humillación es señalado por el "no" del esclavo. Para nosotros, ya existe revuelta antes de la impaciencia, cuando el esclavo rechaza en sí mismo las órdenes, aunque se calle.

Su distinción entre revuelta y resentimiento no nos conven-

ce. La revuelta puede no ser expresada, el resentimiento puede expresarse, está por debajo de la revuelta: es la revuelta de los corazones mezquinos.

Sin embargo, Camus nos une a su pensamiento cuando muestra que la revuelta es un "sí" al mismo tiempo que un "no", pues manifiesta un *valor*, implica un bien que sobrepasa el propio destino del rebelde, un bien común, algo que hace el precio, la dignidad del hombre. La revuelta no es egoísta, ella expresa una solidaridad, hace renacer una solidaridad, en tanto que la desaparición de lo sagrado había separado a los hombres. La revuelta es colectiva, "ella es la aventura de todos", saca al individuo de su soledad. No podemos dejar de retomar esta fórmula clara y fuerte: "Yo me rebelo, por lo tanto existimos", a través de la cual Camus se junta con Bakunin. Camus parece encontrar, desde el principio de su búsqueda, el camino del comunismo libertario, cuando escribe: "Aparentemente negativa, puesto que nada crea, la revuelta es profundamente positiva, pues revela lo que, en el hombre, debe ser defendido siempre". Comprendemos todavía menos por qué Camus, en medio de su obra, en algunas páginas sobre Bakunin, no ha querido ver en él sino al hombre "de la negación total". Eso equivale a ignorar de manera evidente el aspecto más importante del genio de Bakunin y no es verdad que "a partir del momento en que define a la sociedad del futuro la presenta como una dictadura". Se comprende que Camus haya deseado dar unidad a su capítulo, pero nos cabe protestar cuando mutila a Bakunin o se conforma con afirmaciones mal fundadas. Se podría, a propósito, censurar a Albert Camus varias veces por utilizar citas muy cortas, sin referencias, o de segunda mano. Para una obra como *El hombre rebelde*, más vale remitirse a las fuentes (obras completas de Bakunin o de Coeurderoy) que utilizar una historia de la anarquía, aunque fuese la de Sergent y Harmel, que sólo puede dar una visión muy general de los hombres y de las doctrinas.

El análisis propiamente dicho de Camus comienza por la revuelta metafísica, y después de interesantes desarrollos sobre Prometeo y Caín viene el estudio de la negación absoluta. No se sabe bien por qué, en relación con Sade y sus veintisiete años en prisión, Camus decide que "una reclusión tan prolongada engendra lacayos o asesinos y, a veces, en el mismo hombre, los

dos". ¿No existen, en nuestro movimiento, magníficos ejemplos contrarios? Camus pasa de la revuelta absoluta de Sade, después de la revuelta de los dandis, al Karamazov de Dostoievsky, mostrando que la revuelta, cuando resulta en el "todo está permitido", conduce al nihilismo. Con Stirner, del no absoluto surge la divinización del individuo y del crimen. Con Nietzsche, se pasa a la afirmación absoluta, y aunque Camus separa el nazismo del nietzscheísmo, no deja de concluir a partir de ello que la obra de Nietzsche puede ser utilizada a favor del asesinato. Algo nos choca cuando vemos a Camus condenar a Stirner y Nietzsche a través de aquellos que los interpretan al pie de la letra o seleccionando de manera sumamente extraña en sus obras. Para Stirner, el egoísmo debe manifestarse la mayor parte del tiempo mediante el amor y la fraternidad; sobre eso nada dice Camus. ¿No se podría decir que hay complicidad de Camus con los discípulos abusivos y ello con el objetivo inconsciente de consolidar una tesis seductora?

Siempre persiguiendo el objetivo de mostrar los daños y los horrores de la revuelta absoluta, Camus critica la poesía rebelde, incrimina a Lautréamont, cuyas *Poesías* harían suceder al no absoluto de los *Cantos* un "conformismo sin matices", anunciando "el gusto de la esclavización intelectual que se arrastra en nuestro mundo". Para empezar, Camus no se preocupó por saber si las *Poesías* debían ser consideradas al pie de la letra o si involucraban un juego de palabras. Y nada en la propia vida de Lautréamont parece justificar sus conclusiones. Experimentamos la lamentable impresión de un mal humor, de una querella en la cual no se perciben claramente los motivos.

Para con Rimbaud, parece que Camus es más justo cuando escribe: "grande y admirable poeta, el mayor de su tiempo", pero apoyándose en las cartas desde Abisinia, agrega: "Sin embargo, él no es el hombre-dios, el ejemplo indomable, el monje de la poesía que quieren presentarnos". Faltaría saber quién quiere hacer de Rimbaud ese hombre-dios y si del ejemplo de Rimbaud se puede extraer una ley general. Las páginas siguientes, sobre la evolución del surrealismo, parecen mostrar, por el contrario, que se puede partir del rechazo total del mundo actual para la revuelta positiva y el amor.

Abandonando la revuelta metafísica, A. Camus intenta, en

el estudio de la revuelta histórica, encontrar esa marcha de la revuelta nihilista hacia la voluntad de poder. De Espartaco a Lenin, pasando por Saint-Just, el regicida (a propósito de este tema, grande fue nuestra sorpresa al encontrarnos a Luis XVI presentado por Camus como ¡"flaco y bueno"!), Hegel, y principalmente sus sucesores, como Feuerbach, deicidas, Bakunin, Netchaiev y los terroristas rusos, A. Camus ve al cinismo político surgir del nihilismo o de la revuelta. Y, al mismo tiempo, exceptúa a un Saint-Just o a esos terroristas rusos sentimentales y emocionantes que saben morir. Pero, con el nacimiento del terrorismo de Estado, A. Camus aborda el fondo del problema. Señala, inicialmente, que el espíritu de revuelta es extraño al crecimiento de los Estados modernos, en particular de los Estados fascistas, mientras que observa que Mussolini y Hitler, el primero invocando a Hegel, el segundo a Nietzsche, pertenecen por ello a la historia de la revuelta y del nihilismo. A continuación, en un largo capítulo, A. Camus analiza el terrorismo de Estado basado en el terror racional y comienza por estudiar el pensamiento de Comte y sobre todo de Marx. Ello nos da la oportunidad de resúmenes sorprendentes y críticas fascinantes. En una página[1], Camus resume perfectamente la teoría económica de Marx. Muestra luminosamente el carácter burgués del mesianismo de Marx, la vanidad de su dialéctica en la que se introduce la noción mística de "fin". Parece que estamos lejos, ahora, del nihilismo. No obstante, A. Camus nos recuerda que el nihilismo, no la verdadera revuelta, asumió el aspecto de la fuerza, cubrió sus negaciones con una "escolástica obstinada". La tragedia de la revolución de Lenin es "la del nihilismo, se confunde con el drama de la inteligencia contemporánea que, aspirando a lo universal, acumula las mutilaciones del hombre".

Así, escribe Camus, Prometeo, frente a los hombres flacos y cobardes, quiso comandarlos. "Él ya no es Prometeo, es César". ¿Podemos objetar que eso sólo es verdad para una revolución, no necesariamente para todas, pero el propio Camus no piensa en eso? ¿Va a entregarse él también a una especie de desesperanza o conformismo?

Va a terminar su estudio, justamente, exponiendo de nuevo el problema "Revuelta-Revolución", pero esta vez de un modo general.

Camus, ahora, se apoya en sus propias demostraciones; la revolución de los principios mató a Dios, y el nihilismo, porque niega toda regla moral, recrea al César. Así, los revolucionarios "se precipitan en la historia" contra las enseñanzas de la propia revuelta.

Si la intención del comunismo ruso es muy diferente de la de los fascismos, su cinismo político es idéntico e hijo del nihilismo moral.

Dos observaciones se imponen. Por un lado, aceptamos los puntos de vista de Camus: la revuelta, cuando conduce al nihilismo, lleva al terror o al individualismo furioso, pero no pensamos que todos los ejemplos escogidos por Camus hayan sido felices. Stirner, Bakunin e incluso Lautréamont están esquematizados o desfigurados.

Por otro lado, Camus olvida toda una masa de hechos históricos que demuestran, por el contrario, que la revuelta puede seguir siendo ella misma y vivificar la revolución. Sin duda, Camus acaba diciendo que "la revolución no puede dispensar una regla, moral o metafísica, que equilibre el delirio histórico", evidentemente contra la moral formal y mistificadora de la sociedad burguesa.

Y A. Camus, en las últimas páginas, opone la revolución libertaria de la "mesura" a la revolución totalitaria de la "desmesura". El sindicalismo revolucionario y la Comuna le parecen los puntos de aplicación de la voluntad libertaria, la única fiel a la revuelta por ser respetuosa del hombre. Respiramos, en fin, es esas últimas páginas, las más bellas, a propósito, y extraordinariamente intensas, en las que se siente un soplo. Respiramos, pues vemos a Camus no inclinado hacia la "gracia", sino fiel a la revuelta; respiramos, pues el lenguaje equívoco de ciertos pasajes se apaga: a veces, se podría pensar que Camus opone a la revuelta pura una especie de revuelta "moderada", de radical-socialismo, en cierto modo[2]. Al final de la lectura –y estoy hablando de una lectura seria–, se hace evidente que a la desmesura bárbara que conduce al terror, y que no es otra cosa que *resentimiento* expresado y no revuelta, Camus opone la revuelta auténtica, la revuelta de la mesura o medida (a la medida del hombre, debería decirse), que no es de ningún modo una revuelta limitada, sino una revuelta luminosa, una revuelta

que no desaparece en la revolución, sino que debe animarla. Mesura no es mediocridad o moderación pequeño-burguesa. Camus, en eso, coincide con nosotros. Su mérito es decir admirablemente lo que siempre dijimos, tan mal, cuando hablamos de las relaciones del revolucionario y el rebelde, cuando escribíamos hace algunas semanas que la revolución no puede existir si no está habitada por la revuelta, pero que la revuelta, de la misma manera, es impotente sin la idea revolucionaria.

En cuanto a la oposición mediodía-medianoche, Mediterráneo-Alemania, es muy bonita, muy seductora. En demasía, pues no es absolutamente convincente y corre el riesgo de ser peligrosa.

Nada diremos en referencia al capítulo sobre "Revuelta y Arte", a no ser que está particularmente cargado de reflexiones con las cuales será difícil no estar de acuerdo.

Habiendo terminado la lectura del libro de Camus, no se puede dejar de repensar acerca de las impresiones, a veces penosas, experimentadas durante la lectura. Largos desarrollos, que obligan a pensar, ricos de innumerables observaciones con frecuencia inesperadas, pero en los que el lenguaje lógico a veces fatiga. Impresión de repeticiones, incluso, o de complicaciones de las cuales no siempre se ve la razón. Pienso sobre todo en ciertos pasajes sobre "Revuelta y Asesinato". Allí, una vez más, Camus no desconfía del equívoco. "Basta que un único amo sea, en efecto, muerto, para que el rebelde, en cierta forma, ya no esté autorizado a decir comunidad de los hombres, de la que extraía, sin embargo, su justificación", exclama Camus, cuando, en realidad, admite más frente al asesinato insurreccional, si acarrea la aceptación de la muerte por aquel que golpea y si la revuelta camina hacia el fin de los asesinatos. Vería muy bien que nuestros militantes se sorprendieran con esas sutilezas y si preguntaran simplemente si el amo que oprime de tal forma que el rebelde se ve forzado a matarlo es todavía un hombre o si es solamente el amo. ¿Qué diría Camus de un terrorismo que no fuera ni el de un Estado ni el de un nihilismo, sino el de una liberación, y que no olvidara nada de la revuelta y el valor que ella contiene?

¿Es impensable? En realidad, Camus, que no olvidó la actitud libertaria, sobre todo cerca del final de su libro, silencia muchas cosas. Cuando escribe que la revolución, para ser digna de su nombre, "debe reencontrar la fuente creadora de la

revuelta", expresa un deseo. Habla del sindicalismo revolucionario y cita… las realizaciones escandinavas. Allí, una vez más, da pretexto a aquellos que por "revuelta de la mesura" quisieran entender "del compromiso" o "tibia". Sin embargo, ninguna palabra sobre la acción incontestablemente terrorista (pero de un terrorismo de ningún modo nihilista) de los anarquistas y de los sindicalistas españoles. Ninguna palabra sobre las realizaciones *populares* rusas de 1917, sobre la Makhnovitchna, sobre la España libertaria del 36. ¿Por qué?

Así, toda una vertiente del terrorismo y de la revolución libertaria escapa al análisis de Camus. Francamente, habría sido más importante que las querellas a propósito de Lautréamont y, tal vez, eso habría evitado largas páginas donde la revolución es vista de modo unilateral, porque sólo se pensaba en la Rusia moderna oficial, inclinándose esa visión hacia la desesperanza.

Camus trabajó largamente en su *El hombre rebelde*, sin duda. Entretanto, encontramos en él mucho apuro. Un ensayo sobre un asunto de esa naturaleza debía hacerlo vacilar e informarse mucho más. Y ello porque se trata, a pesar de todo, del drama de nuestro tiempo. Y habríamos deseado no tener que lamentar afirmaciones muy ligeras, tales como aquella que hace de la sociedad de Godwin una "sociedad de inquisición".

El libro contiene, por otra parte, admirables páginas, principalmente en los últimos capítulos, donde el peso que emana a veces de los desarrollos da lugar al fervor, a la tensión, a las imágenes fascinantes.

Sabemos muy bien que Camus no puede estar a nuestro lado sino aplaudiendo las acciones y realizaciones libertarias, sin que para ello se una a nuestros puntos de vista sobre el Estado. Entretanto, por su libro, él descendió a la arena. Le sería necesario precisar más, esclarecer más aún. En todo caso, no podemos creer que esté todo dicho acerca de la revuelta, y dicho de este modo que permite a la burguesía y a sus críticas aprobar sin comprender. Eso puede ser grave.

De cualquier modo, Camus escogió la revuelta. No se consigue salir ileso de semejante compromiso.

Georges Fontenis
Le Libertaire, 4 de enero de 1952

Notas

[1] Página 251.
[2] El equívoco del lenguaje es a veces flagrante: “Todo revolucionario termina como opresor o como herético”.

Carta de Jean Schuster a Georges Fontenis[1]

Mi querido Georges Fontenis,

Su tan aguardada crítica de *El hombre rebelde* no dejará de sorprender a aquellos que saben que si un día debemos acabar con la explotación bajo todas sus formas, si la libertad total, con la que soñaban tanto Sade como Bakunin, es para todos, ella puede convertirse en la única regla del mundo, y gracias a algunas formaciones revolucionarias (y pienso particularmente en la Federación Anarquista) casi privadas de medios de expresión, reducidas a la acción subterránea que presenta apenas magras garantías en el plano actual de la eficacia, pero animadas por tan elevadas exigencias morales que toda la esperanza de los hombres viene a depositarse en ellas para arder con más intensidad.

Tal sorpresa no deriva de opiniones definitivas sobre un libro y un hombre que son, desde hace algunas semanas, objeto de nuestras discusiones. Me rehúso a creer que, al hablar de lectura rápida y, por consiguiente, poco seria, ¡usted nos tenga en mente a nosotros, los surrealistas[2]! No ignora usted que somos algunas de las personas que hemos prestado a *El hombre rebelde* toda la atención merecida, sin ningún prejuicio de antemano, y que, de acuerdo con la actitud anterior de Camus, de haber habido algún prejuicio de nuestra parte, habría sido, sin duda, favorable.

Sin embargo, lo que será recibido entre nosotros de manera más desagradable es ver que usted retoma por cuenta del pensamiento libertario la noción de medida o mesura en la revuelta (y en la Revolución) haciendo oposición a la desmesura stalinista. Es todo lo contrario de mesura en las conquistas de la Revolución que sería necesario hablar, desde el alba del régimen soviético (abrogación de la unión libre, política de prudencia en relación con las insurrecciones húngaras y alemanas, etc.). Esa mesura, siguiendo su curva natural y alcanzando su cúspide, se transforma, en efecto, en una desmesura que ni usted ni yo concebiríamos llamar revolucionaria, lo que

Camus no vacila en hacer. Me parece muy grave, mi querido Georges Fontenis, que califique usted de simple abuso del lenguaje la confusión constante y voluntaria que Albert Camus alimenta entre la Revolución y el régimen stalinista. Usted sabe que esa confusión es la mejor arma reaccionaria, la más eficaz, en todo caso, para apartar del hombre todo deseo de mejorar incesantemente su condición. Es de las que pueden aniquilar el valor de cambio que todavía conserva hoy, entre usted y yo, por ejemplo, la palabra gastada, enlodada, pero siempre maravillosa, que es Revolución.

Cuando la reacción exhibe abiertamente los crímenes stalinistas colgándoles la leyenda: "Esto es la Revolución", nos corresponde decir que eso no es la Revolución y demostrar por qué no puede serlo. Esa tarea, que es la de todos los espíritus libres, era también la de Camus. Él no solamente fracasó, sino que abundó en sentido contrario.

Aunque fuese por esa única razón, es lamentable que usted haya decidido elogiarlo, toda vez que (y esto es tan cierto cuanto que usted mismo lo ha dicho) él "no puede dejar de dar a la opinión de *Le Libertaire* una importancia excepcional".

Acepte usted, mi querido Georges Fintenis, mis sentimientos más fraternales.

Jean Schuster
París, 3 de enero de 1952

Notas

[1] A pesar de que esta carta no fue publicada en *Le Libertaire*, consideré importante insertarla en esta obra para una mejor comprensión de los hechos [nota del compilador].

[2] Esta carta sólo me involucra a mí; de ninguna manera me permitiría presumir la opinión de mis camaradas.

La pintura: Miguel G. Vivancos

Como al regresar de los bellos paseos, el crío a horcajadas sobre los hombros del padre –al cruzárselos, se va de la mirada del uno a la del otro, para componer una única mirada, que sería la mirada misma de la felicidad–, como también esas flores-llamas, los alelíes, nunca tan bellos cuanto fuera de alcance, en lo alto de los viejos muros, la pintura de Miguel G. Vivancos nos es una indiscernible lección de fuerza y candidez. El don que ella manifiesta es mucho más que aquel que nos agrada desvelar únicamente en el arte, es lo que *sacraliza,* a partir de la vida vivida más intensamente, *la más elevada posibilidad de recomienzo de la vida*. El crío para siempre sobre los hombros del hombre, la cima ardiente de un muro que desafía las ruinas, es la mirada de nuestro amigo Vivancos, que fue alternadamente conductor, portuario, pintor de paredes, vidriero, minero, antes de revelarse, al lado de Durruti, uno de los héroes más puros de la guerra de España (es al coronel anarquista Vivancos a quien se debe la toma de Teruel en diciembre de 1937; fue él quien, en tanto que comandante militar de Puigcerdà, organizó de manera impecable la evacuación hacia Francia de setenta mil republicanos). En este 14 de abril de 1950, día del aniversario de la proclamación de la República española, tengo la honra de saludar al hombre a quien la derrota momentánea de sus ideas y cinco años de campo de concentración en Francia no abatieron para nada y cuyo sorprendente destino es saber exaltar, hoy, como ningún otro, lo que supo defender: la simplicidad de un pueblo, la primavera de un castaño, las viejas piedras de la historia, la cúpula en marcha de las naranjas, las tiendecitas que sueñan y el deslumbramiento filosofal de los trigos maduros.

André Breton
Le Libertaire, 21 de abril de 1950

Para salvar a nuestros once condenados a muerte

El discurso pronunciado en Wagram por nuestro camarada André Breton

Camaradas,

Si en algún lugar del mundo el corazón de la libertad sigue latiendo, si hay un lugar de donde sus latidos nos llegan más fuertes que de cualquier otro, todos sabemos que ese lugar es España. Es exaltante pensar que quince años de dictadura no lo abatieron.

Cuando de las huelgas de Barcelona, en marzo de 1951, se puede constatar que no solamente la combatividad de los medios obreros y de los universitarios no había disminuido en nada, sino que, más allá de todo, un magnífico contagio se diseminaba inmediatamente en el conjunto de la población, aislando de una sola vez a los adeptos y aprovechadores del régimen y en condiciones de expulsarlos como a un cuerpo extraño.

Todos aquellos que se dieron cuenta de esas huelgas, incluso sin una profunda simpatía por el largo sufrimiento del pueblo español, se vieron sorprendidos por su propensión extremadamente rápida a extenderse. Manifiestamente, se trataba allí de un fenómeno que desbancaba todos los pronósticos.

No consiguen comprender cómo un simple boicot de los tranvías, decidido en razón del aumento de la tarifa de transporte, pudo haberse propagado a tal amplitud. Iban de sorpresa en sorpresa: la policía había demorado curiosamente en reaccionar, el ejército había permanecido a la expectativa, una huelga que involucraba a centenares de millares de obreros podría haber sido desencadenada por teléfono, bajo las órdenes evidentemente apócrifas de la Falange.

Una mistificación de esa envergadura (los corresponsales de prensa están de acuerdo en atribuirle una importancia decisiva) parece dar cuenta cabalmente del clima de esos días cuasi insurreccionales. Puede decirse que fue el *humor* el que, desde el comienzo al fin del movimiento, le había dado su "unidad de estilo". Así, contrariamente a lo que podía espe-

rarse de los medios de coerción sobre los que reposa una dictadura, dicho movimiento se había revelado posible y, en el camino hacia su generalización, sólo habría podido ser detenido con dificultad.

Cosa todavía más significativa: en esa circunstancia la victoria integral le correspondió a los huelguistas; recordemos que las compañías tuvieron que renunciar al aumento del pasaje de tranvía, que el gobernador y el jefe de la policía de Barcelona fueron destituidos, así como el dirigente provincial de los sindicatos fantoches autorizados por Franco. Y por encima de todo, resaltemos que las sanciones aplicadas en el momento de la revuelta catalana tuvieron que ser anuladas, y los huelguistas consiguieron los pagos al precio de horas extra.

Hay en esto un hecho nuevo que no precisaría de mucha reflexión. Ese hecho no puede dejar de interpretarse como una gran grieta que afecta en su conjunto a toda la estructura dictatorial. De nada sirve matar, dedicarse a rebajar todo lo que puede ser rebajado, blandir alternadamente el crucifijo y la ametralladora, hambrear a un pueblo y despojarlo de lo que le queda de comunidad humana, no se termina, por medio de esos expedientes, con el alma de ese pueblo tal como en mi infancia se encarnó en la persona de Francisco Ferrer y tal como se revigorizó en la bravura legendaria de la CNT y de la FAI[1].

Algunas de las causas inmediatas de las revueltas de Barcelona se desvelarán sin dificultad. Paul Parisot, en la revista *Preuves*, insiste sobre la miseria de las masas, la asfixia económica de España. *Fomento de la producción*, segundo órgano económico español (y el de la patronal catalana) reconocía en noviembre de 1950 que, para alimentarse, el obrero catalán precisaba el 141,5 % de su salario. El corresponsal de la United Press en París señalaba en las últimas semanas de diciembre un aumento del 30 % sobre los productos de primera necesidad tales como el pan, el azúcar y los huevos. A ello, afirma, se suma el exilio masivo de los campos hacia las ciudades, esencialmente a Barcelona, éxodo que aumenta la miseria en las ciudades donde ya reina el desempleo, y provoca una disminución muy sensible de la superficie de las tierras cultivadas. Esas consideraciones totalmente esenciales, en efecto, sólo tienen la falla de dejar de lado esa inquietante llama, específica del genio

español, que, por intermedio de Goya, se transmitió sin merma desde el Cervantes de *Numancia* a Federico García Lorca.

Esa llama es la que siempre me conmueve al reencontrarla en los ojos de nuestros camaradas españoles en el exilio, aquí o dispersos por el mundo. Hubo tantos grandes navegantes en su historia que ese punto hacia el cual no dejaron de divisar, a pesar de los vientos contrarios, estoy persuadido que lo alcanzarán.

Será justicia y reparación para ellos y para nosotros. No olvidemos que el monstruo que, por un tiempo, todavía nos mantiene a su merced, afiló sus garras en España. Fue allí que comenzó a destilar sus venenos: la mentira, la división, la desmoralización, la supresión; que, por primera vez, hizo brillar sus racimos de fusiles al despuntar el día, al caer la noche sus cámaras de tortura. Los Hitler, los Mussolini, los Stalin tuvieron allí su laboratorio de disección, su escuela de trabajos prácticos. Los hornos crematorios, las minas de sal, las escaleras deslizantes de la NKVD, la extensión hasta perderse de vista del mundo concentracionario fueron homologados a partir de allí. Es España de donde parte el indeleble derramamiento de sangre testimoniando una herida que puede ser mortal para el mundo. Fue España donde, por primera vez, el derecho a vivir en libertad fue atacado.

Camaradas, al pronunciar estas palabras, tengo conciencia de no desviarme de lo que nos reúne esta noche. Once de nuestros camaradas de España han sido prometidos a las balas franquistas. Sabiendo que la mayoría de ellos está en prisión desde hace dos años, está muy claro que de esta manera Franco pone a prueba a la opinión internacional para saber si ella tolerará, en una escala mucho mayor, la represión de la revuelta de febrero-marzo de 1951, que se estima que generó miles y miles de prisiones.

Aun cuando desconociéramos la naturaleza del delito que expone a la muerte a nuestros once camaradas, no es necesario decir que en ningún caso podríamos aceptar una sentencia pronunciada por oficiales fascistas, post-simulacro de defensa por fascistas; eso sin hablar del escándalo que existe, dondequiera que sea, en el hecho de que un individuo ridículamente vestido de magistrado solicite y obtenga "la cabeza de los otros".

Pero la naturaleza del delito nos es conocida y sabemos también bajo qué ley facinerosa se encuadra, la "ley de represión

contra el bandidaje y el terrorismo", decretada el 18 de abril de 1947. Basta reflexionar por un instante sobre esas palabras –bandidaje, terrorismo– para reconocer que son abusivamente aplicables a toda actividad de resistencia al orden, por ejemplo, aquella que se opuso aquí al fascismo alemán.

No es menos evidente que los medios para luchar contra esa ideología, a partir del momento en que ella usurpó el poder, tampoco podrían divergir, ya sea que nos situemos hace algunos años en la Francia ocupada u hoy en la España amordazada, amarrada, pero no vencida. Esos medios aprendemos a conocerlos y no tenemos la memoria lo bastante corta como para exigir de ellos que sean pacíficos. Sería éste el momento, o no lo sería nunca, de decir a los jueces de Sevilla y de Barcelona: "Que los señores asesinos comiencen".

Otros aparte de mí se levantarán esta noche contra la serie de iniquidades que marcaron el desarrollo del caso que nos ocupa. La famosa técnica llamada de la "amalgama", que procesos como los de Moscú perfeccionaron, permite, una vez más, reunir bajo el mismo punto capital a camaradas que no niegan los actos de los cuales se los acusa y camaradas que nada de eso cometieron, sin que nos sea posible distinguir a éstos de aquéllos, en las condiciones de sofocación impuestas (proceso a puertas cerradas, informaciones reducidas a cinco líneas en los diarios de Barcelona y Madrid).

Pero ésa no es la cuestión. Nuestra solidaridad debe manifestarse a todos ellos, indistintamente. Como en toda acción de resistencia, sería imperdonable querer disociar a aquellos que actuaron con el mayor coraje de aquellos otros que la acusación mezcla con los precedentes para marcarlos con la simple oposición pasiva al régimen.

Según observa *Solidaridad Obrera*, órgano de la CNT de España en el exilio, la acusación de "bandidaje" cae por sí misma tan pronto nos remitimos a este parágrafo de la primera foja cumplimentada por el juez de instrucción que subraya bastante bien el carácter político-social de la persecución:

"Esos grupos perpetraron en Barcelona, que era el objeto principal de su actividad, con intención de proseguirla, a través de actos criminales –aquí la ocupación nazi no habría hablado de otra manera–, su obra de perturbación del orden social.

"En este lugar, recibieron el apoyo de los miembros de su organización (la CNT) que no solamente colocó a su servicio elementos de agitación y grupos organizados, sino que además les suministró informaciones. Ellos hacían, además, proselitismo para diseminar las ideas anarco-sindicalistas de acción directa y transmitían instrucciones a los grupos de acción".

Se trata, como puede verse, de la forma de resistencia contra el nazismo que fue más respetada aquí.

Sobre todo, Camaradas, evitemos dudar de la eficacia de nuestra protesta. Franco está lejos de disponer de los medios que permiten, tras la "cortina de hierro", la organización de esos procesos de espectáculo grandioso donde los acusados desempeñan el papel de los testigos de la acusación, mejor que éstos y miran con complacencia hacia su verdugo. Él está reducido a operar en las sombras y, como las huelgas de Barcelona lo han demostrado, no es imposible hacerlo recular.

Antes de que sea demasiado tarde, pues las últimas noticias dan cuenta de que los falsos abogados de nuestros camaradas vinieron a advertirles de que serían fusilados, alcemos todos una única voz para exigir la revisión a las claras de los procesos de Sevilla y Barcelona, con abogados verdaderos, que hayan tenido tiempo de estudiar la causa y bajo la garantía de observadores extranjeros. A cualquier precio, y con toda urgencia, encontremos también el medio de hacer llegar a nuestros camaradas un mensaje como éste:

"En nombre de todos los hombres libres y de aquellos que sólo aspiran a liberarse, gracias";

"No abandonen la esperanza, estamos aquí en pensamiento, de corazón, con ustedes";

"¡Vida y gloria a la heroica CNT española!".

André Breton
Le Libertaire, 6 de marzo de 1952

Notas

[1] CNT: Confedración Nacional de los Trabajadores; FAI: Federación Anarquista Ibérica [nota del compilador].

Aclaración de nuestro camarada André Breton

París, 16 de marzo de 1952

Querido camarada,

Varios periódicos (*Combat*, *Paris-Presse*, etc.) reprodujeron la semana pasada el texto de un telegrama dirigido al Papa y formulado así:

"Solicitamos suprema intervención ante Jefe Estado español para impedir ejecución de los sindicalistas de Barcelona condenados a muerte".

Les pido a ustedes que me dejen decir a nuestros amigos de *Le Libertaire* que, aunque la hayan hecho figurar al pie de ese telegrama, nunca expuse mi firma en semejante redacción y que desapruebo formalmente esa iniciativa, que partió de las oficinas de *Franc-Tireur*.

Puesto que se trataba de salvar a cinco sindicalistas españoles, yo me habría abstenido de protestar públicamente si, según me lo aseguraron al día siguiente por teléfono, se había pensado que se podría utilizar, sin su consentimiento, los nombres de todos aquellos que, en el encuentro de Wagram, habían asumido la defensa de los condenados. Entre ellos, los nombres de Georges Altman, Jean-Paul Sartre e Ignacio Silone fueron omitidos; en tanto que hacían preceder a los otros del nombre de un cura que hasta aquel momento no se había manifestado (¡y no había conseguido, al parecer, otro apoyo ante su superior jerárquico!), considero que *abusaron* del mío.

No es necesario decir que yo nunca habría pensado ni consentido en dirigir una súplica al Papa, personaje al que niego toda autoridad espiritual y que, en mi vida, nunca vi que se usaran los poderes que él detenta para realizar el más mínimo acto de justicia o de "caridad".

La ejecución, el viernes último, de nuestros cinco camaradas de Barcelona, muestra una vez más que el recurso en cuestión era totalmente ridículo y resalta, para aquellos que toda-

vía la ponían en duda, la complicidad criminal del Vaticano y de Franco.

Fraternalmente,

André Breton
Le Libertaire, 21 de marzo de 1952

Discurso de André Breton en la Mutualité

Camaradas,

Hace veinticinco años (era 1925) –esto para presentarme a todos aquellos de entre ustedes que no me conocen– mis amigos y yo publicamos un panfleto donde se decía: "las presiones sociales se agotarán… La idea de la prisión, la idea del cuartel son hoy muy frecuentes; esas monstruosidades ya no les sorprenden… ¡Devuelvan a los soldados y a los presidiarios!". Ese panfleto se intitulaba: "*Abran las prisiones. Destituyan al ejército. No existen crímenes de derecho común*". Muchos de aquellos que, a mi alrededor, defendían entonces esa opinión, se retractaron, renegaron de ella más o menos ruidosamente. Yo no lo hice, no estoy dispuesto a hacerlo. Me ha ocurrido homenajear públicamente a cierto amigo mío que había, como se dice, "desertado" en 1914, y a otro cierto amigo que, en uniforme, creó un sistema de *des-servir*, en el sentido en que se dice "servir militarmente". En una obra que publiqué al final de la última guerra, evocando el espectáculo que más me marcó, sin duda, en mi juventud –fue en 1913, la manifestación contra la guerra en el Pré-Saint-Gervais– aseguro que mi propio movimiento me había llevado menos en la dirección de aquellos que se agrupaban en torno de la bandera roja –todavía inmaculada– que en la de aquellos que, febrilmente, agitaban entre ellos la bandera negra. Espero no haber sido demasiado infiel a mi sentimiento de antaño. Es verdad: como muchos de mi generación, pasé por ilusiones relativas a las chances que tenía el hombre –a partir de ciertas leyes económicas bien formuladas y también teniendo en cuenta grandes resultados obtenidos en el plano de la asociación proletaria– de sacudir la opresión secular ejercida por una minoría y establecer, por fin, un mundo justo. La desilusión vino muy rápido: a comienzos de 1937, creo haber sido en París el único escritor "independiente" en levantarse públicamente contra el escándalo de los "segundos procesos" de Moscú.

Establecido esto, Camaradas, tengo necesidad de asegurar que concuerdo desde siempre con la reivindicación que se afir-

ma en nuestro encuentro de esta noche: "Liberación de todos los objetores de conciencia presos. Abrogación del servicio militar obligatorio" o cualquier otro. Son dos puntos sobre los cuales tenemos para nosotros la evidencia: 1. el derecho de no matar en tiempo de guerra es reconocido por países incluso menos evolucionados que éste; 2. en las condiciones de tensión alimentada por dos "Estados" antagónicos no menos acaparadores el uno que el otro –cualesquiera sean las formas en apariencia muy diferentes que el acaparamiento asuma en ellos, "Estados" en posesión de un *arma* que vuelve irrisorias todas las otras–, no vemos, sin desequilibrio mental, cómo alguien se prestaría todavía de buen grado a ejercicios de interés estrictamente deportivo detrás de los muros de los cuarteles. Ya sea que los señores generales y sus subordinados tomen partido o no, existió Hiroshima (véanse algunos detalles concretos, sobre los cuales la prensa pasó muy rápidamente, en el último número de *Le Libertaire*); existió Bikini con su desfile de puercos disfrazados de oficiales superiores, lo cual no dejaría de ser gracioso si el simulador no fuese la muerte. ¡Y nada más que muerte! Lo que pasa en el mundo exterior no debe, a ningún precio, substraernos al espectáculo, no menos aflictivo, que ofrece el mundo interior.

¿Qué no se ha aceptado, o al menos tolerado? ¿Qué pensar, por ejemplo, de esa generación de intelectuales que ocupó el primer plano entre las dos últimas guerras y que se declaró en total decadencia, va a hacer diez años? Pero también es preciso decir que, en el intervalo de esas dos guerras, la conciencia obrera fue mistificada como nunca. ¿Cómo sorprenderse, en estas condiciones, de que el régimen concentracionario se extienda hoy al pensamiento? Cada uno de nosotros, en esta parte de Europa en la que el hombre es prácticamente libre, ¿no vive la angustia de ser llevado a un tribunal donde, mediante una maquinación infernal, lo despojarán de sí mismo para hacerlo acusarse de crímenes que no cometió e implorar la muerte en remisión de una pena desconocida por nosotros, aun mayor? Para aquellos que consideran –yo soy uno de ellos– que, en cada época, lo que es esencial conservar de la herencia cultural es lo que puede ayudar a la emancipación del hombre (fijaremos a Fourier, Proudhon; conservaremos, con reservas, a Marx, a Lenin; in-

vocaremos a Feuerbach, Nietzsche: fijaremos a Sade, Freud y también a Rimbaud y Lautréamont); aquellos que medimos la época presente en la escala de esas aspiraciones, estamos obligados a reconocer que las causas de amargura no pueden faltar. En esta mitad del siglo XX nos encontramos muy lejos de nuestro objetivo. Todavía existe una fe, en mi opinión la única asimilable, que es la fe en el destino del hombre, la certeza semirracional de que una secuencia ininterrumpida de esfuerzos –que implican la necesidad, el desinterés y el coraje– conducirá a la humanidad, cueste lo que cueste, al camino de lo *mejor*. Creo estar de acuerdo, sobre este punto, con todos los verdaderos revolucionarios y, en particular, con nuestro camarada Lecoin, cuando dedica su último libro "a todos aquéllos que luchan por la defensa del hombre… pues", agrega, "si es verdad que en la naturaleza nada se pierde, sus esfuerzos no pueden ser en vano".

Los tiempos en que vivimos tienen de bueno, por lo menos, el hecho de que los grandes infortunios y los grandes males que se abaten sobre nosotros o que nos amenazan son también los que reclaman los *grandes remedios*. Esos grandes remedios debemos confesar que no los poseemos, o, por lo menos, todavía no fueron experimentados por nosotros. Crimen sería dudar de ellos de antemano, y la infelicidad definitiva el seguir prefiriendo, en detrimento de ellos, los pequeños remedios más o menos inoperantes, ésos que hemos adquirido el hábito de recetar –aunque sin éxito– a un organismo incomparablemente menos enfermo de cuanto lo está hoy.

A mi entender, el único gran remedio que se ha propuesto hasta ahora, el único que, en amplitud, es proporcional a la extensión y al agravamiento ultrarrápido del mal actual, forma parte del programa del movimiento *Ciudadano del mundo*, cuyas bases fueron asentadas desde 1947 en publicaciones que llevan el título de *Frente Humano*, y cuyas tesis fueron elaboradas bajo los auspicios del Centro de Investigaciones y de Expresión Mundialistas, que hoy toma por órgano la página bimestral que se inserta en *Le Combat* bajo el título: *Peuple du Monde*. Recuerdo que ese movimiento se dio por objetivo unificar el mundo a favor de una irresistible presión popular que haga explotar el marco de las fronteras nacionales.

Los medios preconizados para alcanzar ese fin son:

1. El establecimiento de un Tribunal de la conciencia mundial.
2. La producción de actos simbólicos, de carácter espectacular, destinados a sacudir la apatía de las masas.
3. El registro de los ciudadanos del mundo en cada país.
4. La creación de comisariados especializados que agrupen, en escala mundial, a los técnicos más aptos para resolver los problemas cruciales de hoy, tales como el de la alimentación, la infancia infeliz, la energía atómica.
5. La elección de una Asamblea Constituyente de los pueblos de toda la Tierra sobre la base de un delegado por cada millón de habitantes.

Estas propuestas no deberían revelarse tan utópicas si pensamos que, casi sin medios financieros, la organización puede reunir casi cuatrocientos mil pedidos de registro emanados de setenta y seis países y que en Francia, por ejemplo, una ciudad como Cahors se ha proclamado ciudad mundial de un movimiento bastante irresistible como para que se pueda esperar, un día u otro, la mundialización de todo el departamento de Lot[1].

Evidentemente, Camaradas, éstos son aún acontecimientos muy limitados, pero es imposible no considerarlos al menos sintomáticos. Lo esencial es que una brecha ha sido abierta, que la estructura estatal tiene posibilidades de ser, en breve, estremecida. Son por lo tanto resultados positivos y de los cuales, sobre todas las cosas, no podemos subestimar las promesas. Esto me lleva a lo que me gustaría, particularmente, decirles esta noche.

Era más o menos fatal que un día u otro una organización del tipo de *Ciudadano del Mundo* manifestase en su seno disensiones que resultan ya sea de iniciativas incontestables de algunos de sus animadores, o sea de la fusión necesariamente imperfecta de los grupos de tendencia "pacifista" que esa organización tiende a amalgamar. Quien haya tomado conocimiento de la última página del *Peuple du Monde* publicado el jueves último, puede constatar que el movimiento mundialista se encontraba en las vísperas de una crisis. Se trata, desde luego, de ver claro lo que sucedió e intentar establecer las responsabilidades.

Esa crisis fue provocada por una serie de movimientos observables en aquel a quien la idea de ciudadanía mundial puso muy particularmente en primera plana. Hablo de Garry Davis. Esos movimientos de su parte se resolvieron finalmente en un acto que tuvo una gran resonancia: su tentativa, por los medios que se conocen, de forzar la liberación de Jean-Bernard Moreau y arrancarle al gobierno francés un estatuto legal de la objeción de conciencia.

A primera vista, nada hay en esto que no sea absolutamente generoso y justo, nada de lo que pudiéramos sentirnos más solidarios. Sin embargo, a la luz de la reflexión, se imponen algunas reservas.

Hasta estas últimas semanas, en efecto, el movimiento *Ciudadano del Mundo*, que en sus inicios no era más que un barquito, para convertirse en toda una flota había conseguido navegar entre los peores arrecifes. Uno de esos arrecifes, y no de los menores, consistía alternativamente en pasar a hacerle el juego al imperialismo americano y al totalitarismo ruso. Puede creerse que la maniobra de conjunto no era ruin, pues no se avizoraba ninguna *encalladura*. La objeción inicial más inquietante –retomada con gran retraso por Jean-Paul Sartre–, a saber, que la propaganda mundialista no sobrepasaba la cortina de hierro, demostró su falsedad (por lo menos, de Europa oriental llegaban numerosos alientos significativos). La aguja apuntaba correctamente, por lo tanto, la proa estaba orientada en dirección al futuro.

En ese momento, ¿qué es lo que vemos? Vemos a Garry Davis, con su chaqueta de bombardero que la prensa declara legendario (para mí, la vestimenta fue mal escogida) extendiendo nuevamente su bolsa de dormir delante de Cherche-Midi, llevado a la comisaría, reincidiendo algunas veces con una provisión cada vez mayor de periódicos publicando su fotografía. Un clima de teatrito de marionetas se fue creando de esa manera, clima de relajación sin duda simpático pero que nos aparta mucho de lo que, en el movimiento *Ciudadano del Mundo*, estaba en juego.

No dejo de observar que, para la mayoría, Garry Davis es la misma encarnación de la ciudadanía mundial, en tanto que esa estúpida idea de encarnación tiende a ejercer devastaciones desde

los primeros días de la cristiandad. No obstante, pienso que no es a ustedes, Camaradas, ustedes, detentores de la tradición anarquista, que puedo enseñarles a desafiar ídolos, incluso en formación. Lejos de mí la intención de querer discutir el primer gesto de Davis, aquel por el cual se hizo conocer, su pureza, su simplicidad y su grandeza. Lejos de mí intentar restringir su alcance. ¡Pero, atención! Cuando Garry Davis, en la pompa que acaba de mostrarse, se instalaba ante el Palais de Chaillot, estaba solo, o al menos eso se presumía. A partir de aquel momento, ríos de incienso rodaron sobre él: no creo que haya hecho una vigorosa oposición a ello. En aplicación del adagio "humano, demasiado humano", todas las evidencias muestran que hoy ya no es el mismo.

Estimo, y no tengo dudas de que son numerosos los que en esta sala piensan como yo, que la última forma asumida por su actividad es gravemente *confusa*. Es paradójico que, en su cualidad de antiguo bombardero, aun arrepentido, se haga campeón de la objeción de conciencia. Es absurdo querer hacerse encarcelar por un "delito" que no se cometió, puesto que, del mismo modo, la ley que reprime ese delito no se puede aplicar a la persona apropiada. ¿Por qué, a propósito, no haberlo percibido antes, toda vez que Moreau está preso desde abril? Era preciso, además, ligar su destino no solamente al de todos los objetores cristianos, "testigos de Jehová" y otros, sino también, de manera muy explícita, al de los ateos insumisos de toda especie. ¿Quién de entre nosotros no habrá observado con total desconfianza que el "relevo" frente a Cherche-Midi haya sido asegurado en gran parte por pastores, habiendo sido el episcopado el único en oponerse a que ellos fuesen relevados de hora en hora por curas? ¿Vale la pena deshacer la cama del Ejército para rehacer la de la Iglesia? Es, convengamos, la misma cosa. ¿Quién de nosotros juzgará interesante que sea el abate Pierre, su diabólica barbilla apuntando a varias hileras de condecoraciones entre las cuales algunas, supongo, por actos de guerra, quien defienda la objeción de conciencia ante la Cámara? Observen, a propósito, que repentinamente estamos, aquí, en pleno *reformismo*. Cuando, junto con Garry Davis, intervinimos en una sesión de la ONU para discutir la legitimidad de esa organización y negarle hasta la *preocupación* de conducirnos a

un mundo pacífico y equitativo, creo que estábamos en plena acción revolucionaria. Ahora bien, es hoy cuando estamos solicitando de un régimen nacional, al que todo nos opone –y eso por intermedio de los curas–, un *estatuto* legal de la objeción de conciencia concebido sobre el modelo (cosa que mal se osa reivindicar) del de Inglaterra, pero, en rigor, del de América, donde prácticamente sólo se admite la objeción por motivos religiosos. Me parece, Camaradas, que se trata de una siniestra burla. Así, los seminaristas podrán proseguir sus estudios *contra nosotros*. De esa forma, los espiritualistas de todo tipo podrán, con mayores medios, concurrir al aplastamiento de todos aquellos que rehúsan dar gracias y pagar tributo a su miserable "Dios". No duden ustedes de que el Ejército, con el cual la Iglesia cerró un pacto inmemorial, saldrá reforzado de ello. Todos aquellos que cayeron bajo las balas de los pelotones porque se rehusaron a atacar o disparar sobre la multitud obrera o sobre los huelguistas serán traicionados.

Lamentamos que Davis no haya venido esta noche para explicarse sobre este punto, pues nuestros afiches lo anunciaban pero él consideró mejor realizar en otra parte, casualmente, el mismo día a la misma hora, otra reunión con finalidades bastante vagas, para confrontar la nueva posición que asumió con la antigua. Incluso si nos favorece, de aquí al final de esta sesión, con una de esas apariciones muy físicas, pero teatrales, de las que posee el secreto, espero que ustedes no lo consideren eximido de toda explicación, que le exijan cuentas de su declaración del 21 de septiembre último, en la que expone que su pacifismo "no significa solamente que se es capaz de ofrecer la otra mejilla, sino amar a su enemigo, puesto que el enemigo, por más desgarrado que esté, forma parte de la humanidad". Comprenderán, Camaradas, ya no basta que el hombre los soporte, es preciso además que se *apasione* por sus explotadores y sus verdugos.

Agregaré aún, en lo que a mí concierne, que mi adhesión al *Frente Humano* –más tarde *Ciudadano del mundo*– se realizó o se expresó el 30 de abril de 1948, cuando su primera reunión pública informativa. Fue una reunión mucho menos alardeada que aquella de Vel'd'Hiv: en aquella época todavía Davis no se había manifestado. Me reconozco más voluntad aún para decir

que a despecho del desvío, de su propia defección (en su comunicado de ayer anuncia su partida inminente para la India; visiblemente el destino de Moreau dejó de interesarle; sólo le importa ahora ir a iniciarse, *in loco*, en la doctrina de Gandhi), mantengo esa adhesión con todas mis fuerzas, descubro razones nuevas para conservarla. La crítica retrospectiva siempre es fácil. Es errado, y en mi opinión muy levemente, que censuren a los verdaderos responsables por el movimiento –Robert Sarrazac y sus más próximos colaboradores– por no haber hecho todo lo posible para que alrededor de la persona de Davis, colocada adelante, en razón del interés de prueba que eso representaba (no podría esperarse un mejor medio de sondear la opinión), para que a su alrededor, decía, no se constituyese un mito sentimental. De ese mito ya pasó la hora de detener la propagación. Una vez tomada esa medida, estimo que lo que fue conquistado por el movimiento de ciudadanía mundial sólo tendrá que ganar en solidez. Repito que no existe otro movimiento que le pueda ser comparado, tanto bajo el aspecto de la atracción que ejerce, y que se ha mostrado casi ilimitada en el espacio, cuanto bajo el aspecto de las reivindicaciones constructivas que realiza, y cuya amplitud, por sí sola, responde a la necesidad de transformación radical del mundo que la amenaza de la guerra atómica, sin hablar de todo lo demás, hoy impone.

André Breton
Le Libertaire, 21 de octubre de 1949

Notas

[1] Departamento del Sur de Francia, en la región de Midi-Pyrénées [nota del traductor].

Imperialismo y nacionalismo

La Independencia de los países atrasados

La Primera Guerra Mundial provocó la desaparición de los imperios centrales como potencias imperialistas y el debilitamiento de Francia, aun cuando ésta haya heredado una buena parte de los despojos de los vencidos. Permanecían frente a frente el imperio británico un poco reforzado y los Estados Unidos en rápida ascensión. El período 1920-1940 vio la eliminación progresiva del capital inglés en América Latina, suplantado por el americano. Con la guerra, Inglaterra tuvo que abandonar toda pretensión a la hegemonía mundial en beneficio de Washington, que ha quedado como el único en disputarla con Stalin. El imperio británico entró en descomposición desde ese momento. Después del cese de las hostilidades, se asiste a su retroceso ininterrumpido, principalmente en Asia. Ayer, era la independencia de la India y de Birmania, que lazos bastante débiles todavía ligan al Commonwealth. Hoy, Persia se apropia de los yacimientos de petróleo que los capitalistas ingleses explotaban y los expulsa, despertando así a una parte del mundo árabe y animando hasta al fascista Dr. Malan, de Sudáfrica. Si las reivindicaciones iraquíes y egipcias pueden ser consideradas como la consecuencia inmediata de la derrota del imperialismo inglés en Persia, la de Sudáfrica marca el punto de partida de una nueva etapa en la descomposición del imperio inglés, la de su destrucción. Los países sometidos a Londres no se contentan con la libertad que les es concedida en el marco del Commonwealth, ya quieren arrancarle a la metrópolis sus posesiones coloniales. Mañana, desearán liberarse de ella totalmente. Ya no les basta estar nominalmente asociados con la Corona, quieren despojarla.

Se está tentado, a primera vista, a dar sentimentalmente razón a los países que procuran liberarse del yugo inglés así como de cualquier otro yugo extranjero, pero si se examina el contenido real de la palabra de orden de independencia nacional *en nuestra época*, se cambia inmediatamente de opinión.

Esa palabra de orden se ve surgir de todas partes en el curso

del siglo XIX, en la época de la ascensión burguesa, generalmente ligada con las aspiraciones democrático-burguesas. La burguesía, sintiendo que ella representa la principal fuerza económica del país, tiende a traducir esa situación en términos jurídicos a fin de subordinar a las otras clases sociales a sus intereses. En el fondo, bajo esa reivindicación, se descubre fácilmente la aspiración de los burgueses a la explotación exclusiva, a través de sus métodos, de la fuerza de trabajo de los obreros. No obstante, no es menos cierto que, en relación con las sociedades anteriores, la democracia burguesa constituye, así, un elemento positivo. Su reivindicación de independencia nacional, oponiéndose al feudalismo que dominaba entonces la mayor parte de Europa, está, por ende, totalmente justificada. En todos los lugares en los que ella pudo triunfar, en ese momento, acompañada de un régimen democrático, provocó una mejoría del nivel de vida y de la cultura de los trabajadores, no sin lucha, evidentemente, pero la posibilidad de esa lucha ya era un elemento positivo.

La guerra de 1914 dio a esa reivindicación una nueva vía, pero su significado ya había cambiado por completo. Desde hacía un cuarto de siglo, por lo menos, el capitalismo se concentraba en trusts y monopolios por los cuales las fronteras sólo tenían sentido en el marco de sus intereses. Éstas se tornaban biombos detrás de los cuales se cerraban los más fructíferos negocios. La independencia de los Estados emanados del Tratado de Versailles era apenas aparente, pues esos Estados creados enteramente para satisfacer intereses capitalistas inconfesos, a veces enmascarados por necesidades de estrategia, estaban sometidos ya sea al imperialismo francés, ya sea a su competidor inglés, y a veces a los dos. Desde luego, no se vio a un solo país conquistar una independencia real. Todos aquellos que se liberaban de una opresión extranjera conseguían hacerlo gracias a la ayuda de otro imperialismo que tomó inmediatamente el lugar del precedente. Desde la Segunda Guerra, se vio entrar en escena al imperialismo ruso, que favorece en su propio provecho los movimientos de independencia, en Vietnam, por ejemplo, en tanto que su rival americano, apoyando a los antiguos imperialismos aunque socavándolos en su provecho, lucha por la "liberación", siempre en su provecho

directo o indirecto, de territorios dominados por Stalin. Un ejemplo de ello es el apoyo que da al nacionalismo ucraniano. Los capitalistas nacionales y los trabajadores que ellos oprimen no hacen, por lo tanto, otra cosa que cambiar de señores, pasándose a Washington, que les deja una libertad relativa en su jardín zoológico, o para Moscú, que los doma en la jaula de su circo. En esas condiciones, la independencia nacional no es señal de otra cosa que de un anzuelo presentado por el capitalismo nacional, destinado a enmascararles a los trabajadores la verdadera solución: supresión del capitalismo y edificación de un nuevo mundo sin opresores ni oprimidos.

No quiero decir con esto en absoluto que las aspiraciones de los pueblos a la independencia sean reaccionarias. Los trabajadores de esos países, doblemente oprimidos por su burguesía (o por la burguesía stalinista detrás de la cortina de hierro) y por el imperialismo extranjero, sienten más que en ningún otro lugar una inmensa necesidad de liberación, y es esa necesidad la que las clases dominantes explotan para sus propios fines. Los revolucionarios deben mostrar la oposición real que existe entre las aspiraciones de los trabajadores y aquellas de los capitalistas, incluso si esas aspiraciones parecen coincidir en la liberación o independencia nacional. Esa coincidencia sólo existe, en realidad, en las palabras a las cuales las clases antagónicos dan un contenido opuesto. Para los de arriba, se trata de explotar en su provecho exclusivo el trabajo de los de abajo, en tanto que los trabajadores procuran más o menos conscientemente liberarse de la explotación capitalista cuyo amo extranjero es apenas el representante más visible.

Puesto que es así, se torna fácil estimar en su justo valor los últimos movimientos nacionalistas de Asia y de África, sobre todo si se observa que, *en todos los casos*, Washington interviene como "mediador", esto es, procura sentar en el trono imperialistas expulsados o amenazados de expulsión, mientras que Moscú espía, apenas disimulado tras su quinta columna. Si se piensa en la acuidad de las rivalidades que oponen Washington a Moscú, se está obligado a constatar que todo el movimiento de independencias es utilizado actualmente por ellos como una maniobra de la guerra fría, ella misma maniobra estratégica en vista de la próxima guerra. Ello torna todavía

más urgente la necesidad de esclarecer a los trabajadores que participan de los movimientos de independencia, pues no se trata de ignorarlos o de desentenderse de ellos, sino de darles su verdadero contenido revolucionario, resituar el problema en sus términos reales: la independencia total de los trabajadores mediante el derrumbamiento del sistema capitalista y no independencia nacional bajo la dirección de los capitalistas o feudalistas, como es el caso en Oriente o en el África del Norte.

Entretanto, el movimiento nacionalista actual estremece la dominación inglesa en Asia y en África podría, en caso de tener éxito, tener serias consecuencias, aunque indirectas, para el futuro de la revolución social en Europa. En efecto, si la guerra se demora, el dislocamiento del Commonwealth, minado por el imperialismo americano que se acomoda perfectamente a la independencia nacional, es inevitable, así como la evicción del capital inglés de las regiones en las que se implantó. A propósito, el retroceso de la guerra supone un retroceso paralelo del stalinismo, que vive en gran parte del temor que sienten los pueblos de un nuevo conflicto. En esas condiciones, se puede esperar que, frente al recrudecimiento de las luchas de clases en amplia escala en Inglaterra y en Francia, los capitalistas de esos países, privados entonces de los superlucros coloniales, deberán intentar compensar sus pérdidas con una superexplotación de los obreros que provocaría, entonces, su protesta general. Son las únicas perspectivas condicionales y tal vez remotas que el actual movimiento de independencia permite entrever.

Benjamin Péret
Le Libertaire, 19 de octubre de 1951

Lo que piensan, lo que quieren los surrealistas

Generalidades

"Es preciso no solamente que cese la explotación del hombre por el hombre, sino que cese la explotación del hombre por el pretendido 'Dios', de absurda y provocativa memoria. Es preciso que sea enteramente revisado el problema de las relaciones del hombre con la mujer. Es preciso que el hombre pase, con armas y equipaje, del lado del hombre. ¡Basta de flores sobre las tumbas, basta de instrucción cívica entre dos aulas de gimnasia, basta de tolerancia, basta de tragar sapos!"

André Breton,
Prolegómenos a un tercer manifiesto del Surrealismo o no,
1942

"No podrá haber nuevo humanismo sino el día en que la historia, reescrita después de haber sido ajustada entre todos los pueblos y limitada a una única versión, consienta tomar como sujeto a *todo* hombre, desde la época más remota que los documentos permitan, y perciba, con toda objetividad, sus hechos y gestos pasados sin consideraciones especiales a la región que éste o aquél habita y a la lengua que habla."

André Breton, *Arcano 17*, 1945

"El verdadero arte, esto es, aquel que no se conforma con variaciones de modelos ya consumados, sino que se esfuerza por dar una expresión a las necesidades interiores del hombre y de la humanidad de hoy, no puede dejar de ser revolucionario, esto es, dejar de aspirar a una reconstrucción completa y radical de la sociedad, incluso si sólo se tratase de liberar a la creación intelectual de las corrientes que la restringen y permitir a

toda la humanidad elevarse a las alturas que solamente genios aislados alcanzaron en el pasado. Al mismo tiempo, reconocemos que solamente la revolución social puede abrir el camino para una nueva cultura. Si, entretanto, rechazamos toda solidaridad con la actual casta dirigente en la URSS, es precisamente porque, a nuestros ojos, ella no representa el comunismo, sino al enemigo más pérfido y peligroso… Los marxistas pueden caminar aquí lado a lado con los anarquistas…"

André Breton y León Trotski
Por un arte revolucionario independiente, México, 1938

"Nuestro atrincheramiento agresivo contra la sociedad delicuescente, nuestra hostilidad en relación con sus ideas degradantes encuentran su corolario… en nuestro deseo de un gran viento ateo, purificador y revolucionario."

Jean Schuster, *Respuesta a una encuesta entre la juventud intelectual*, 1950

Surrealismo o realidad, sentido del prefijo

"Todo lo que amo, todo lo que pienso y siento me inclinan a una filosofía particular de la *inmanencia* según la cual la superrealidad estaría contenida en la propia realidad y no le sería *ni superior ni exterior*. Y recíprocamente, pues, lo que contiene también sería el contenido."

André Breton, *El surrealismo en Pintura*, 1928

"Todo lleva a creer que existe un cierto punto del espíritu en el que la vida y la muerte, lo real y lo imaginario, el pasado y el futuro, lo comunicable y lo incomunicable, lo alto y lo bajo dejan de ser vistos contradictoriamente."

André Breton, *Segundo manifiesto del Surrealismo*, 1930

"Los surrealistas, por su parte, no cesaron de invocar el *libre pensamiento integral*. Concentrando deliberadamente sus búsquedas en torno de ciertas estructuras destinadas, de una manera totalmente abstracta, a evocar el ambiente ritual, intentan no asumir en absoluto el absurdo y el ridículo de procurar promover por sus propias manos un nuevo mito."

André Breton, *Cometa surrealista*, 1947

"Yo no predico aquí la ininteligibilidad. Digo que la necesidad de comprender está limitada en nosotros como el resto, aunque sea por el esfuerzo al que ella nos obliga.

"En esta floresta virgen del espíritu, que rodea por todos los costados la región en la que el hombre consiguió erguir sus marcos indicadores, continúan rondando los animales y los monstruos, apenas un poco menos inquietantes que en su papel apocalíptico."

André Breton, *Flagrante delito*, 1949

Analogía poética y mística

"Nunca sentí el placer intelectual sino en un plano analógico. Para mí, la única *evidencia* en el mundo es comandada por la relación espontánea, traslúcida, insolente que se establece, en ciertas condiciones, entre tal cosa y cual otra, que el sentido común se cuidaría de confrontar…

…La analogía poética difiere profundamente de la analogía mística en que ella no presupone en absoluto, a través de la trama del mundo sensible, un universo invisible que tiende a manifestarse.

…Ella tiende a hacer entrever y valer la verdadera vida 'ausente' y, así como no extrae su substancia del devaneo metafísico, tampoco piensa siquiera por un instante en orientar sus conquistas para la gloria de un 'más allá' cualquiera."

André Breton, *Signo ascendente*, 1948

Sueño y Revolución

"…Desde que la trayectoria meditada y racional de la conciencia sobrepujó a la trayectoria apasionante del inconsciente, vale decir, desde que el último de los mitos se cristalizó en una mistificación deliberada, el secreto parece haberse perdido, secreto éste que permitía conocer y actuar, actuar sin alienar el conocimiento adquirido. Es hora de promover un nuevo mito apropiado para llevar al hombre a la etapa ulterior de su destino final.

Este emprendimiento es específicamente el del surrealismo. Él es su gran encuentro con la Historia.

El sueño y la revolución están hechos para pactar, no para excluirse. Soñar con la Revolución no es renunciar a ella, sino hacerla doblemente y sin reservas mentales."

Ruptura Inaugural, 1947

Religión

En 1931, los surrealistas declaran, en ocasión de las primeras luchas en España: "Todo lo que no es la violencia cuando se trata de religión, del espantapájaros Dios, de los parásitos de la oración, de los profesores de la resignación, es asimilable a esos innumerables gusanos del cristianismo, que deben ser exterminados". (*¡Al fuego!*)

"La religión cristiana, la más evolucionada y la más hipócrita de todas las religiones, representa el gran obstáculo espiritual y material para la liberación del hombre occidental, pues es el auxiliar indispensable de todas las opresiones. Su destrucción es una cuestión de vida o muerte."

Benjamin Péret, 1948

"Es preciso destruir definitivamente la abominable noción cristiana del pecado, de la caída original y del amor redentor… Una moral basada en la exaltación del placer barrerá, tarde o

temprano, la innoble moral del sufrimiento y de la resignación, mantenida por los imperialistas sociales y por las iglesias."

Jean-Louis Bédouin,
Notas sobre André Breton, 1950

Stalinismo

En 1936, los surrealistas declaran: "… esto (el proceso de Moscú) nos esclarece definitivamente sobre la personalidad de Stalin: el individuo que ha llegado hasta este punto es el gran negador y el principal enemigo de la revolución proletaria. Debemos combatirlo con todas las fuerzas, debemos ver en él al principal falsario de hoy –no sólo tiene intenciones de falsear la significación de los hombres, sino de falsear también la historia– y como el más inexcusable de los asesinos".

Declaración en el meeting
"La Verdad sobre el Proceso de Moscú"

"No nos engañemos: las balas de la escalera de Moscú, en enero de 1937, están dirigidas también contra nuestros camaradas del POUM. Después de ellos, será contra nuestros camaradas de la CNT y de la FAI que intentarán algo, con la esperanza de acabar con todo lo que hay de vivo, con todo lo que comporta una promesa de *devenir* una lucha antifascista española.

Camaradas, les diré que sé que los hombres que se presentan irreconocibles en la escena vacilante de los tribunales de Moscú ganaron por el pasado el derecho de continuar viviendo y que tengan total confianza en la vanguardia revolucionaria catalana y española para que ella misma no se despedace y salve, a pesar de Stalin así como a pesar de Mussolini y Hitler, la honra y la esperanza de este tiempo."

André Breton, *Declaración a propósito de los segundos procesos de Moscú*, 1937

"El stalinismo, comprometido en una acción de corrupción general de las ideas y de las conciencias, no necesita de ideas ni de conciencia, sino de adoración religiosa y de sumisión ciega al *führer* del Kremlin."

Benjamin Péret, *Al desagüe*, 1948

Patria, Estado

En 1925, los surrealistas declaran: "Más aun que el patriotismo, que es una histeria como cualquier otra, y no obstante más vacía y más mortal que cualquier otra, lo que nos repugna es la idea de Patria, que es verdaderamente el concepto más bestial, menos filosófico, el cual intentan hacer penetrar en nuestro espíritu."

¡La Revolución primero y siempre!

En 1935, los surrealistas declaran: "Todo sacrificio de nuestra parte a la idea de patria y a los famosos deberes que de ella resultan entraría inmediatamente en conflicto con las razones iniciales más ciertas que conocemos para habernos tornado revolucionarios… Es la inanidad absoluta de semejantes conceptos lo que atacamos y, sobre ese punto, nada nos forzará a redimirnos."

Del tiempo en que los surrealistas tenían razón

Explotación, colonización, guerra

En 1931, los surrealistas declaran: "A los discursos y a las ejecuciones capitales, respondan exigiendo la inmediata evacuación de las colonias y la acusación de los generales y funcionarios responsables por las masacres de Annam, del Líbano, de Marruecos y de África central."

No visiten la Exposición Colonial

En septiembre de 1938, los surrealistas declaran: "La guerra que se anuncia bajo la hipócrita forma de medidas de seguridad repetidas y multiplicadas, la guerra que amenaza surgir del inextricable conflicto de intereses imperialistas por el cual Europa está afligida no será la guerra de la democracia, la guerra de la justicia, la guerra de la libertad. Los Estados que, por las necesidades del momento y por las de la historia, se proponen servirse de esas nociones como de documentos de identificación, adquirirán su riqueza y consolidarán su poder por métodos de tiranía, arbitrariedad y sangre… Declaramos que la única cuestión que interesa al futuro social del hombre, bien constituida para movilizar su lucidez y su energía creadora, es la de la liquidación del régimen capitalista que sólo consigue sobrevivir, superar sus propias paradojas y sus propios derrumbes gracias a las escandalosas complicidades de la II y de la III Internacionales."

Ni de vuestra guerra ni de vuestra paz

"Es la paz a la que aspiran las masas, no la paz bajo la égida de la bandera estrellada o del estandarte moscovita, sino la paz que les permitirá buscar la solución de sus propios problemas. Los 'partidarios de la paz' no son otra cosa que la quintacolumna rusa en Francia, y es la paz rusa la que ellos quieren imponer. Contra ellos tanto como contra los partidarios de la paz atómica, es preciso alzar a los trabajadores y, en general, a todos los hombres que rehúsan escoger. El rechazo de la guerra para Stalin o para Truman es el comienzo de la paz."

Benjamin Péret, *Los traficantes de la verdad y los falsarios de la paz*, 1951

Revuelta, Revolución

En 1925, los surrealistas declaran: "Curas, médicos, profesores, literatos, poetas, filósofos, periodistas, jueces, abogados,

policías, académicos de todos los tipos, todos ustedes, firmantes de ese papel imbécil: *Los intelectuales al lado de la Patria*, nosotros los denunciaremos y los confundiremos en todas las ocasiones… Somos la revuelta del espíritu; consideramos a la Revolución sangrienta como la venganza ineluctable del espíritu por sus obras. No somos utopistas: esa Revolución, sólo la concebimos bajo su forma social."

¡La Revolución primero y siempre!

"El poeta no debe alimentar en los otros una ilusoria esperanza humana o celeste, ni desarmar los espíritus insuflándoles una confianza sin límite en un padre o en un jefe contra el cual toda crítica es sacrílega. Muy por el contrario, le corresponde pronunciar las palabras siempre sacrílegas y las blasfemias permanentes."

Benjamin Péret, *La deshonra de los poetas*, 1945

"Del seno de la terrible miseria física y moral de este tiempo, se espera sin desesperar aún que energías rebeldes a toda domesticación retomen desde la base la tarea de la emancipación humana."

André Breton, *La lámpara en el reloj*, 1948

"La idea cristiana de la vanidad absoluta de los esfuerzos del hombre… no tiene enemigo más irreductibe que la poesía, que es mensaje de esperanza y revuelta. Incluso desesperada, esa poesía *no acepta*, en efecto, la desesperación, sobrepasa el sufrimiento transformándolo en fuente de revuelta. Ella proclama por eso mismo su confianza en el verdadero poder del hombre."

Jean-Louis Bédouin, *Notas sobre André Breton*, 1950

En 1951, los surrealistas declaran: "Sostengamos más que nunca que las diferentes manifestaciones de la revuelta no deben estar aisladas las unas de las otras, ni subyugadas a una jerarquía arbitraria, sino que constituyen las facetas de un único y mismo prisma. Ese prisma permite, hoy, a esas luces diversamente coloridas pero igualmente intensas, reconocer en él un foco común, el surrealismo, con mejor discernimiento aún que en el pasado, dedicarse a los principales conflictos que separan al hombre de la libertad, esto es, del desarrollo armónico de la humanidad en su conjunto y sus innumerables manifestaciones; de la humanidad elevada por fin a un sentido menos precario de su destino, curada de toda idea de trascendencia, liberada de toda explotación" (*Alta frecuencia*).

Le Libertaire, 16 de noviembre de 1951

Índice

Presentación 7
Surrealismo y anarquismo 9
El surrealismo en cuestión 27
"Proclamas surrealistas" de *Le Libertaire* y otros escritos 37
Declaración preliminar 39
La clara torre 41
El sueño y la revolución 45
Pan y diversión 47
Evolución 51
Racionalismo y razones de vivir 55
Interrogaciones sobre una crisis de lo sensible 59
El lugar del sol 65
Gato = Trébol 69
La substitución de los cuervos 73
El rostro de la libertad es un rostro de mujer 77
Noticias religiosas 81
Poeta, es decir, revolucionario 85
No apto para el servicio 89
Arte sumiso - Arte comprometido 93
Fougeron o la pintura alineada 97
Gran consumo de opio 101
Una misma voluntad de terminar 105
El sentido de un encuentro 109
El verdadero sentido de un encuentro 111
¿El rebelde de Camus es de los nuestros? 115
Carta de Jean Schuster a Georges Fontenis 123
La pintura: Miguel G. Vivancos 125

Para salvar a nuestros once condenados a muerte 127
Aclaración de nuestro camarada André Breton 133
Discurso de André Breton en la Mutualité 135
Imperialismo y nacionalismo 143
Lo que piensan, lo que quieren los surrealistas 147